

617
Libro E

MEMORIAS

PRESENTADAS EN CONGRESOS INTERNACIONALES QUE SE
REUNIERON EN ESPAÑA DURANTE LAS FIESTAS
DEL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO
DE AMÉRICA, EN 1892

POR

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Delegada oficial de Colombia, — Miembro de la Academia de la Historia
de Caracas, etc., etc.



CHARTRES

IMPRENTA DE DURAND

1893

L. D. Pedro Maria Paris

Obsequio de la autora

MEMORIAS

MEMORIAS

PRESENTADAS EN CONGRESOS INTERNACIONALES QUE SE
REUNIERON EN ESPAÑA DURANTE LAS FIESTAS
DEL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO
DE AMÉRICA, EN 1892

POR

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Delegada oficial de Colombia, — Miembro de la Academia de la Historia
de Caracas, etc., etc.



OCTAVIO LUQUE C.

CHARTRES

IMPRENTA DE DURAND

—
1893

Compra - Roberto Luis Jaramillo - Nov. 11 / 2004

L
980.461

Q 185

1892

LOS ABORIGENES

QUE POBLABAN

LOS TERRITORIOS QUE HOY FORMAN LA REPUBLICA DE COLOMBIA

EN LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Memoria presentada al IX Congreso Internacional de Americanistas,
reunido en Huelva en 1892.

PREÁMBULO

Desde el estrecho de Bering hasta la tierra del Fuego, toda América estaba más ó menos poblada cuando Colón descubrió ese Nuevo Mundo, desconocido en Europa hasta el fin del siglo xv. Imperios, Naciones, Reinos, Tribus, Familias diferentes, vivian establecidas en aquellos países maravillosos, hermosados por una fauna y una flora en gran parte distintas de las de los viejos continentes. Los aborígenes presentaban todos los razgos del hombre asiático y europeo, pero al mismo tiempo no se le parecía completamente. Segun las regiones en dondè vivian los naturales del Nuevo Mundo, eran en algunas partes casi tan blancos como los Europeos de las orillas del Mediterráneo, y en otras su tez obscurísima no era muy distinta de la de los Africanos. Empero la mayor parte de los Americanos eran de un color cobrizo como el de los Japoneses; muchos tenían los ojos oblicuos como los de los Chinos; pero también había otros cuyas facciones eran parecidas á las de los Orientales: nariz agiuleña y ojos negros y duros. Muchos se encontraron cuya nariz ancha y achatada se parecía á la de los calmuco y otros en que esta facción era bien formada. Veíanse algunos tan pequeños como enanos y en otras tribus abundaban los gigantes. Al lado de Imperios cuya civilización era avanzadísima, — aunque en nada se parecía á la europea ni tampoco á la asiática, — como la de México, del Perú y la de los Chibchas, se encontraban salvajes tan embrutecidos que apenas se diferenciaban de los animales. Pueblos vieron los españoles cuyo carácter era noble y dulcísimo, y otros tan bárbaros, tan crueles, tan viciosos, tan cobardes, que espanta lo que de ellos dijeron los Conquistadores. En fin América era realmente un NUEVO MUNDO, en

el cual se encontraron portentos de toda especie, maravillas que desgraciadamente no comprendieron los Españoles y Portugueses conquistadores del Continente del Sur, ni los Ingleses y Franceses colonizadores del continente del Norte.

Borrada en gran parte la Historia de aquellas naciones por la mano ruda é ignorante de los Descubridores y pobladores del Mundo de Colón, nos vemos hoy en la necesidad de buscar, rebuscar, indagar y muchas veces adivinar á medias la Historia, las Costumbres y el Carácter de aquellas naciones extinguidas y olvidadas y en su mayor parte.

Mucho se ha escrito en los últimos años, muchísimo se ha discutido y también se ha encontrado de ese pasado misterioso de los aborígenes de América. Esta curiosidad, esta ánsia de conocer algo claro y seguro de la situación en que se hallaban aquellas naciones cuando las invadieron los europeos ha ido creciendo de año en año; el deseo de saber lo que eran los Americanos ha bajado del seno de las Academias y Sociedades científicas hasta á las personas más iliteratas, y ha aumentado más con motivo de las fiestas que tienen lugar en éste año en que se celebra el cuarto centenario del Descubrimiento de América.

El Congreso Internacional de Americanistas ha tomado, como era natural, empeño especial en que durante sus sesiones en Santa María de la Rábida cada Miembro lleve á él su contingente de saber; y, entre otros más dignos de esta misión, la Junta organizadora me ha hecho el honor de pedirme algun escrito para incluirlo en las Actas y Memorias del Congreso:

Mi sexo, más pocas luces y ningun mérito científico hará que en estas circunstancias tenga que pedir perdón á los sabios que tienen asiento aquí, por mi atrevimiento al dirigirme á ellos para tratar sin duda de asuntos que conocen mejor que yo.

Mi propósito en ésta ocasión es trazar un cuadro concreto, lo más corto que me lo permita el asunto, de los pueblos aborígenes que poblaban los territorios que hoy constituyen la República de Colombia, mi patria, en la época en que por vez primera entraron á ella los Descubridores y Conquistadores españoles. Estos se sabe que iban á poblarlos enviados por los Reyes de España; pero iban tambien algunos inspirados por la ambición de honores; otros por aquel humor aventurero particular de la época; muchos por la codicia, y cuántos de ellos no irían por amor á la ciencia y sobre todo por el deseo ardentísimo de convertir á los salvajes é ignorantes del Nuevo Mundo á esa fe por la cual muchos de ellos dieron su vida después!

CAPÍTULO PRIMERO.

LOS INDÍGENAS DEL LITORAL DE SANTA MARTA (HOY DEPARTAMENTO DEL MAGDALENA).

La actual República de Colombia, dividida en nueve Departamentos y varios *territorios*, se encuentra entre 5° 8' de Latitud Sur y 12° 25' Latitud Norte, 73 y 85 de Longitud, meridiano de París. Mide una superficie de cerca de 1,400,000 kilómetros cuadrados, y entre sus cerca de cuatro millones de almas, los aborígenes de sangre pura no alcanzan á la décima parte. Limitase la República de Colombia al Norte y Noroeste por el Atlántico y Costa Rica; al O. por el Océano Pacífico; al Sur por las Repúblicas del Ecuador y Brasil y al E. por el Brasil y la República de Venezuela.

El primer Europeo que tocó en las costas colombianas fué el Capitán Alonso de Ojeda, el cual navegaba con el famoso piloto Juan de la Cosa y también, según parece, venía en su compañía Américo Vespuccio. Pero ésta expedición apenas arribó a la Península de la Goajira, que los aborígenes llamaban de Coquibacoa, y de allí resolvió devolverse á principios de Septiembre de 1499.

Al navegante Don Rodrigo de Bastidas se debe el descubrimiento de todo el litoral Colombiano desde la Península Goajira hasta el Istmo de Panamá. Este recorrió aquellas costas en unión del mismo Juan de la Cosa — como piloto, — y Vasco Nuñez de Balboa entre los tripulantes, á fines de 1501; pero no fué hasta 1525 que regresó á la ya descubierta bahía de Santa Marta con el objeto de conquistar la tierra y domar á sus naturales.

¿A qué raza pertenecían aquellos aborígenes? No se sabe, así como se ignora de qué manera fué poblada América en su principio. Lo más natural es que todas aquellas tribus fueran descendientes de ciertas familias arrojadas al Nuevo Mundo unas por el Océano Atlántico, otras por el Pacífico. En el trascurso de los siglos y merced al clima, á los fenómenos meteorológicos y á otras circunstancias desco-

nocidas, aquellos hombres fueron tomando un aire de familia — lo cual han notado siempre tanto los cronistas antiguos como los viajeros modernos, — apesar de ser en mucho diferentes unos de otros. Indudablemente los aborígenes de las orillas del Océano Pacífico fueron en un principio Japoneses, y en prueba de ello refiere el sabio Marqués de Nadaillac que entre 1872 y 1876 cuarenta y nueve embarcaciones japeras fueron arrojadas por las corrientes marítimas sobre las costas de América. Pero esta no es cuestión que pueda yo ni deba discutir en este lugar; tócame apenas hablar de las tribus pré-colombinas que hallaron los Descubridores en los territorios que pertenecen hoy á la República de Colombia; misión será de los sabios dilucidar los misterios que hasta ahora la Historia no ha podido aclarar acerca de los Americanos.

Veamos en primer lugar cuales eran los aborígenes que habitaban las costas llamadas por los Españoles Provincia de Santa Marta — hoy Departamento del Magdalena¹.

En los límites con Venezuela, en aquella hermosísima península de Goajira, entre el lago de Maracaibo y el Océano Atlántico, moran aún los antiguos pobladores de la tierra, de raza sin mezcla, y viven allí independientes y á su albedrío en número de 25,000 poco más o menos, según se ha calculado.

El Ilustrísimo Señor Don Rafael Celedón — nombrado últimamente Obispo de Santa Marta, — docto Misionero é inspirado poeta, se ha dedicado á estudiar durante largos años la lengua y las costumbres de los *Goajiros* y *Arhuacos*, y al mismo tiempo ha trabajado sin cesar en fundar misiones para civilizarlos. A la obra escrita por él y por el malogrado lingüista colombiano señor E. Uricoechéa, debo las siguientes noticias acerca de los *Goajiros*². Parece que los antiguos cronistas no conocieron esta nación indígena ó la conocieron con otro nombre, pues no la mencionan. Los mismos naturales se llamaban *Guayú*, y Goajiro parece corrupción de esa palabra.

Son pequeños de cuerpo, de color bastante obscura; la cara ancha, de un conjunto no mal parecido, y las mugeres bastante hermosas. Tanto éstas como los hombres usan por unico vestido una manta larga, con una abertura en el centro por donde sacan la cabeza, y se la atan á la cintura. Dejan libres los brazos desnudos y se coronan con un tocado de vistosas plumas. Sus armas son arcos, flechas y

1. Tiene cerca de setecientos miriámetros cuadrados de extensión y se encuentra entre el Océano Atlántico, Venezuela, el Departamento de Santander y el de Bolívar, y goza de los climas más variados del mundo, desde los más ardientes hasta los más helados.

2. Esta obra se halla incluida en la publicada en varios tomos: « Collection Linguistique américaine » en la cual se encuentran eruditísimos datos acerca de las lenguas americanas. — Paris, Maisonneuve et Cie, 1878.

lanzas envenenadas. Toman sus apellidos de familia de nombres de animales. No tienen religión ninguna, salvo algunas supersticiones bastante curiosas.

El señor Uricoechéa cree que la lengua goajira es diferente de la de los *Caribes* y de la de los *Arhuacos* de la Sierra Nevada, pues su numeración tiene por base el sistema decimal. El Doctor Celedón dice en la gramática que de aquellas lenguas escribió: « ¿Qué más cumplido elogio podré yo hacer de la lengua goajira que estampar aquí el gran número de palabras griegas que, á pesar de mi ignorancia en ambos idiomas, he encontrado en el goajiro? »

Uno de los primeros cronistas de Indias, que escribió antes de que se poblasen las costas de Santa Marta, Martín Fernández Enciso¹ — en una relación que fué impresa en Sevilla en 1519, — dice que los naturales de aquellas costas eran feroces y belicosos: que usaban arcos y flechas envenenadas con el zumo de una hierba ponzoñosa que causaba una muerte casi segura². Estos indígenas cultivaban el algodón y con él tejían telas que pintaban con colores. Hacían adornos muy vistosos de plumas de diversas aves, sobre todo ciertas coronas que usaban las mujeres, de las cuales pendían cintas de plumas primorosamente labradas que les caían hasta la cintura.

El fundador de Santa Marta — Don Rodrigo de Bastidas — logró en un principio amistarle sin dificultad con las tribus que moraban en las cercanías de ese hermosísimo puerto y en el vecino de Taganga.

Todas aquellas tribus, — desde las Sierras Nevadas y sus fértiles faldas hasta los márgenes del río Magdalena y por toda la orilla del Océano Atlántico hasta los lugares habitados por los *Calamaris*, — en donde despues se fundó la ciudad de Cartagena, — estaban bajo el dominio ó protección de los *Tayronas*, raza fuerte, belicosa y por cierto menos salvaje que otras de la vecindad. La palabra *Tayrona*, dice Don Antonio Julian³, significaba en su lengua *fragua*⁴, por que aquellos indígenas sabían fundir el oro y hacer con él toda especie de figuras; las cuales les iban á comprar ó cambiar por otras cosas las tribus sus vecinas del interior de la tierra.

1. Era Alguacil Mayor de Castilla de Oro en el Darién.

2. He aquí lo que dice de este veneno: « untan sus flechas con hierba, de unas manzanas silvestres que llaman maguillas de la tierra. Luego que un hombre come de una de ellas, se le torna gusanos en el cuerpo, y si se pone á la sombra de un árbol de aquellos, como le dá la sombra le comienza á doler la cabeza ». — *La suma de Geografía del Bachiller Martín Fernández de Enciso*, Véase: Compendio histórico del descubrimiento y colonización de Nueva Granada, por J. Acosta, p. 445.

3. « La Perla de América » Provincia de Santa Marta. Madrid, 1786.

4. La palabra *Tayrona*, ni ninguna que se le parezca, se encuentra en los vocabularios de las lenguas *goajira*, *kóggaba*, *guamaka*, *chimila*, *bentukua* que publicaron los señores Uricoechéa y Celedón, lo que prueba en mi sentir que aquella nación desapareció realmente sin dejar rastro ninguno entre los restos que quedan aún de los antiguos naturales.

Algunos cándidos cronistas españoles creyeron las consejas referidas por los viajeros, los cuales decían que los indígenas ablandaban el oro que querían trabajar por medio del jugo de una planta maravillosa que lo convertía por cierto tiempo en una substancia blanda como la cera.

Cuando los *Tayronas* comprendieron las intenciones que los Españoles tenían de subyugarlos, se defendieron con un brio extraordinario, de manera que los Conquistadores los llamaban *gigantes de Santa Marta*. Como jamás quisieron someterse, y sin cesar salían á combatir á los invasores, al fin fueron casi exterminados. Según Don Antonio Julian, las reliquias de aquellas tribus belicosas se replegaron sobre otras naciones indígenas entre las cuales se mezclaron, y perdieron hasta el recuerdo de su anterior dominio en las costas atlánticas.

En el primer siglo de la Conquista los indígenas de las cercanías de Santa Marta eran tan numerosos que un solo Misionero, San Luis Beltrán, bautizó en una ocasión quince mil indígenas que moraban en un pueblo de la nacion tayrona. Pero en esto, como en otras cosas que refieren los cronistas, debe de haber muchas exageraciones.

Cuando un siglo después — en 1676 — el buen Obispo de Santa Marta, el Señor Piedrahita, escribía su Historia del Nuevo Reino de Granada, ya no quedaba rastro ninguno de los *Tayronas* y hasta las tradiciones se habían olvidado.

En las faldas de la Sierra Nevada y en el Valle Dupar todavía se conservan restos de las tribus numerosas de los *Chimilas*, los *Eupari*, los *Arhuacos*, los *Tupes* y los *Bondas*. El Señor Celedón estudió las lenguas que estos hablan: el *Kóggaba*, el *Guamaka*, el *Bentukua* y el *Chimila*. Dice que el *Chimila* es totalmente diferente de las otras, y lo prueba en la gramática y catecismos que compuso y publicó con el objeto de que se pudieran enviar Misioneros entre aquellos indígenas para convertirlos al cristianismo. La numeración de la lengua *Chimila* es cuartenaria, mientras que la de las otras lenguas es decenaria y quinario.

El Señor Urichochéa (que estudió el *caribe*, el *galibi*, el *cumanagoto* y sus dialectos; el *arhuaca*, el *achagua*, el *guaraní*, y el *tupi*, con el objeto de indagar á qué familia pertenecía el *goajiro*) dice que en todas estas lenguas se nota la carencia de los sonidos castellanos siguientes: la *c* (antes de *e* ó *i*) *f*, *ll*, *x* y *z*, y la *v* falta en todos menos en el *caribe* y el *guaraní*. En el *cumanagoto* y el *goajiro* no hay *b* y en las demás lenguas se confunde con la *p*. La *d* falta en el *goajiro*, como en casi todas las lenguas caribes, así como la *l* y la *rr*. De todas estas lenguas se deferencia el *goajiro* — cuyo sistema es decimal, mientras que en las otras es quinario.

Los *Chimilas* de la época de la conquista estaban sumidos en un salvajismo casi completo; andaban desnudos; usaban flechas envenenadas; asaltaban á las demás tribus para robarles, cosa que continuaron haciendo hasta dos siglos después de la Conquista. Las demás tribus algo menos bárbaros se defendieron con singular ardor de los Españoles y cuando se veían perdidos, más bien que entregarse solían quitarse la vida.

Los restos de aquellas tribus conservan todavía, como en la época de la Conquista, muchas de sus costumbres y entre otras una gran facilidad para suicidarse por cualquier contratiempo. Así lo notaron los primeros cronistas que de ellos hablan; otro tanto aseguran los Historiadores de la Colonia, y también lo cuenta el Señor Celedón en sus peregrinaciones entre los indígenas de la Sierra Nevada, apesar de haber entrado un tanto en el girón de la civilización y considerarse casi cristianos.

Gran parte de estos indígenas hablan la lengua *Kóggaba*, los cuales, cree que son los descendientes directos de las cuatro Naciones que habitaban desde tiempo inmemorial los fértiles y sanos territorios de la Sierra Nevada y pertenecen á la raza especial de los *Arhuacos*. Son estos, dice, pequeños de cuerpo; gruesos y anchos; de toscas facciones, ojos negros y oblicuos; tez muy obscura, pelo negro, áspero y muy crecido. Las mujeres en nada se parecen á las de los *Goajiros*, pues carecen completamente de atractivos. Los matrimonios viven aparte, el marido en una casa y la mujer en otra, separados por una gran piedra á guisa de mesa, sobre la cual la mujer deposita la comida del indio, pues siempre necesitan un intermediario para recibir cualquier cosa, el marido de la mujer y la mujer del marido. Los sexos estan siempre separados en los bailes como en la iglesia; los hombres de un lado, las mujeres del otro.

El Señor Celedón cree que en todos los territorios que componen hoy el Departamento del Magdalena no había primitivamente sino dos Naciones distintas, divididas en tribus numerosas que llevaban ó el nombre de los lugares en que vivían ó el del Cacique que los regia. Estas dos naciones conservan aun gran parte de sus tradiciones, caracteres y costumbres, algunas de las cuales son enteramente diferentes en una y otra nación. El *Arhuaco* es sedentario y agricultor; indómito y belicoso el *Goajiro*; sumiso el *Arhuaco* hasta la abyección, y pacífico siempre; violento el *Goajiro* en todas partes; el *Goajiro* es hospitalario y generoso; el *Arhuaco* inhospitalario y cobarde. Y tan distintos son y tienen tan poco parecido sus idiomas, que tienen que apelar al poco español que han aprendido para comunicarse entre sí.

Sus distintas lenguas sólo se parecen en lo que les falta, dice el docto Misionero, come es el carecer del verbo SER.

Y no muy tarde no sólo les faltará el *verbo ser* en su lenguaje, sino que dejarán de existir en realidad. Estas naciones van disminuyendo paulatinamente, apesar de que hoy gozan de profunda paz; de comodidades de que carecían cuando estaban completamente bárbaras; ya no mueren por centenares como sucedía antes en las guerras que se declaraban los unos à los otros, y después cuando combatían contra los Españoles. Moran en climas sanos y gozan de abundantes comidas, y sin embargo ello es que en lugar de aumentar, como es natural, cada día disminuye en poblacion; ¿Porque es esto? pregunta abismado el Señor Celedón. Como no sabe á qué atribuir este fenómeno, dice que es posible que provenga de que los indígenas están siempre cerca del fogón ó bañandose en agua fría, y que semejante sistema les produce resfrios y por ultimo tisis, enfermedad muy común entre ellos. Pero yo me atrevo á apuntar una causa mucho más seria y poderosa. La verdad es que aquellas razas aborígenes están ya agotadas, y por consiguiente deben extinguirse más tarde ó más temprano.

Cuando llegaron los Europeos á América, no encontraron pueblos jóvenes en vía de formación, como generalmente se piensa, sino razas agotadas, debilitadas, concluidas, que bajaban de la cultura á la barbarie. Los antepasados de esos salvajes, muchos siglos antes del Descubrimiento de Colón, fueron los constructores de aquellos edificios extraordinarios, aquellas ciudades monumentales, cuyos restos asombran hoy día viajero y al sabio.

Con el trascurso de los siglos, esos pueblos civilizados en un principio se corrompieron y volvieron á sumirse en la barbarie: de manera que los indígenas de América más incultos — los habitantes de las islas y de las costas por ejemplo, — eran los más antiguos y empezaban ya á extinguirse cuando llegaron los Europeos. Así pues, su desaparición tan pronto después de la invasión de los habitantes del antiguo continente, no fué tanto por el mal trato de los conquistadores y por la peste de las viruelas que hizo tantos estragos entre los indígenas sino porque la raza estaba próxima á concluir.

La prueba es que de los pueblos que estaban más civilizados, como los *Mexicanos*, los *Peruanos*, los *Chibchas*, aun quedan muchos en los países en que vivían; la hora de la muerte no habia sonado para ellos todavía: pero no por eso aumentan, al contrario tienden á desaparecer ingertándose, amalgamándose con la raza blanca; de manera que, al cabo de tres ó cuatro generaciones, prevalece la sangre más vigorosa, la del blanco, y se elimina por completo la del aborígene americano.

1. Hay quien crea que la peste de las viruelas era ya conocida en América antes del Descubrimiento y que antes habían muerto miles de indígenas víctimas de ésta enfermedad en varias ocasiones.

CAPÍTULO SEGUNDO

LOS HABITANTES DE LA PROVINCIA DE CARTAGENA (HOY DEPARTAMENTO DE BOLIVAR).

La antigua Provincia de Cartagena se extiende entre el Océano Atlántico, el rio Magdalena y el Departamento de Antioquia al Sur y el de Panamá al Norte. Cuenta más ó menos 700 miriámetros cuadrados de superficie y en la época de la Conquista estaba densamente poblado por tribus de indígenas belicosos y audaces.

No lejos de la ciudad de Cartagena los indios *Yurbacos* dieron muerte al insigne piloto, cosmógrafo y viajero Juan de la Cosa, en un asalto que hicieron á los Españoles que capitaneaba Alonso de Ojeda. Aquellas tribus llevaban á la guerra á sus mujeres, las cuales combatían denodadamente al lado de los guerreros¹.

Los pobladores de las costas de Cartagena que llamaban *Calamari*² poseían ciertas fortalezas de madera en forma de estacada, sobre las cuales ponían hileras de calaveras de los enemigos que habían sacrificado.

Aquellos indígenas no aguardaron á ser mal tratados por los invasores para hacerles la guerra: desde un principio los recibieron con odio y mala voluntad.

El Cacique que moraba en la isla de *Codego*, á quien pertenecía todo lo que hoy se llama *Boca chica* y *Boca grande* y cierra el puerto de Cartagena, se llamaba *Carex*. Las tribus que vivían al frente en la Tierrafirme tenían las denominaciones siguientes: *Cospique*, *Malarapa*, *Cocón* y *Bahaire*. Este último tenía, á la llegada de los Españoles, un Cacique que gozaba de grande influencia en el país; así

1. Una india de Yurbaco (hoy Turbaco), dice Florez de Ocariz, dió muerte á 8 españoles sin gastar todas las flechas de su carcaj y otra le dió muerte á diez españoles. (Véase *Genealogías de Nueva Granada*).

2. Significa *tierra de Cangrejos* en la lengua del país.

fué que cuando resolvió amistarlos con los invasores todos los demás le imitaron.

Mas lejos, dentro de la tierra moraban las tribus llamadas *Mazaguapo*, *Guaspates*, *Turipana*, *Mahates*, *Cipagua*, *Pubará*, *Cornapacuas*, los cuales fueron vencidos por los Conquistadores, haciendo estos uso de las guerras que tenían entre sí: ayudando á los unos venecián á los otros, y quedaban todos bajo la autoridad de los Españoles¹.

Cuando por primera vez entraron los Europeos á aquellas poblaciones halláronlas bien provistas de comidas y en algunos *buhios* encontraron figuras de ídolos de oro macizo en forma de animales. En el pueblo de Cipagua hallaron un *puerco-espín* de oro que pesó cinco arrobas y en el de *Cornapaquas* ocho patos — ó algo parecido á estas aves, — también de oro macizo.

En un paseo militar que hizo el Conquistador Heredia desde la recién fundada ciudad de Cartagena hasta las orillas del río Magdalena, en el cual gastó cuatro meses, no solamente logró que se le sometieran todos los indígenas que halló á su paso, — pues á los más belicosos ya había vencido en la costa, — sino que regresó á la capital llevando consigo por valor de millón y medio de ducados en oro: tan ricos en ese metal eran los naturales del hoy Departamento de Bolívar! Sin embargo no sacaban oro de la tierra que les pertenecía, sino que la llevaban del interior del país. Al tener noticia de aquello, los Conquistadores resolvieron ir personalmente en busca del metal favorito. Sedientos siempre de oro y arrojando impávidos todos los trabajos y las fatigas posibles, cometiendo sin remordimiento injusticias y crímenes, si era necesario aquello para conseguir su deseo, emprendieron viaje hácia los lugares en que les decían deberían encontrar los criaderos de aquel precioso mineral.

El mito del *Dorado*, con el cual desde que llegaron á Tierrafirme los Españoles se llenaban de locas ilusiones, parecía como si esta vez debería colmar sus esperanzas. Pensaban que si el oro, entre aquellos salvajes que no lo poseían ellos mismos en sus tierras, era tan abundante, qué no sería en los lugares en donde se encontraba el metal! Habíanles dicho que existía una tribu que poseía tesoros inagotables desde el tiempo de sus antepasados: tribu que se llamaba *Finzenú*, Hácia ésta se dirigieron en primer lugar. Contáronles que los primeros Caciques de *Finzenú* habían sido tres espíritus malignos llamados *Finzenú*, *Panzenú* y *Zenufaná*, los cuales antes de volverse al infierno, en donde moraban, para vengarse de sus súbditos sin duda,

1. Véase J. Acosta, obra citada.

habían mandado que en adelante debería ser mujer quien los gobernase.

La riqueza de la tribu de *Finzenú* estaba toda enterrada, pues no consistía sino en las tumbas de sus antepasados. A ella estaba encomendado el cementerio general de toda esa región desde tiempo inmemorial¹.

Efectivamente los Españoles encontraron en los sepulcros que saquearon, á despecho de los naturales que se afligieron mucho con semejante profanación de los huesos de sus mayores, grandísima cantidad de oro en ídolos, joyas y adornos de toda especie. Era costumbre en todos los pueblos aborígenes de América — con pocas excepciones, — enterrar siempre á los muertos con todo cuanto poseían de algun valor. Cavaban un hoyo (suficientemente hondo para que el muerto cupiese de pié algunas veces, encogido, como entre los Egiptios otras), cuya entrada debería mirar hácia el Oriente, y tapaban ese hoyo con una loza de piedra. Al lado del cadáver depositaban sus armas, sus joyas, sus tesoros; y si era rico hacían el hoyo más grande para que cupiesen una ó dos de sus mujeres y algunos esclavos junto con la piedra de moler el maíz y las ollas para que le hiciesen de comer.

La primera vez que saquearon los sepulcros de *Finzenú*, sacaron los Españoles más de cuatrocientos mil pesos en oro, después de pesar los ídolos, las joyas y arrancar las chapas de oro con que adornaban los ídolos de madera. Estos hallábanse de dos en dos sosteniendo hamaeas llenas de joyas de oro, en torno de un cercado en medio del cual estaba el templo (es decir una casa de paja más grande que las otras) y rodeado todo por corpulentos árboles de los cuales colgaban campanillas de oro. Los sepulcros estaban más ó menos distantes del pueblo y en breve los invasores las conocieron desde lejos porque sobre cada tumba habían amontonado tierra para formar un cerrito más ó menos bajo. Uno de estos era tan alto que desde una legua lo alcanzaban á ver. En aquel país (hoy llamado Zenú) así como en Antioquia y Panamá, etc., las figuras que encontraban dentro de los sepulcros representaban siempre diferentes animales.

Acosta dice que en algunas de estas sepulturas, los objetos que contenían debieron de ser obra de alguna raza más civilizada que la que encontraron los españoles, pues ya no eran capaces de labrar esculturas que eran verdaderos objetos de arte. Esto me ratifica todavía más en la creencia de que los indígenas americanos eran los descen-

1. Hoy se encuentra en aquel lugar cerca del río San Jorge, una pequeña villa que se llama San Benito-Abad. Se halla en un clima delicioso y extraordinariamente fértil, pero las riquezas de su suelo han desaparecido.

dientes degenerados de razas más civilizadas, las cuales habían ido decayendo y se hubieran extinguido al fin, aunque no fuera invadida la América por los Europeos.

Aquel saqueo no contentó aun á los invasores : en breve abandonaron el pueblo de *Finzenú* con el objeto de seguir adelante en busca de las minas mismas que producían el oro, y se dirigieron á las serranías que dividen hoy el Departamento de Bolívar del de Antioquia. Aprovecharon entonces los naturales la tregua que les daban para sacar prontamente los tesoros y los huesos de sus antepasados y trasportarlos á otro santuario que tenían en una montaña oculta que llamaban *Faraquel*¹. Sin embargo, como jamás se encontró el tesoro ni rastros de otro santuario, algunos cronistas piensan que nunca existió tal cosa y que los compañeros de Heredia agotaron en realidad las riquezas que contenían los sepulcros de *Finzenú*².

Para no repetir siempre las mismas cosas, como las costumbres indígenas en todo este litoral hasta el Cauca, eran muy semejantes, segun dicen los cronistas de la Conquista, he preferido tratar largamente de ellas en algunos capítulos, cuando he logrado obtener las suficientes noticias para hacerlo, y no hablar en otros sino de lo que sea característico de algunas tribus.

Los aborígenes descendientes de los que conquistó Heredia y que aún se conservan en las orillas del río San Jorje, dice M. Streffler², han llegado al límite de la barbarie. » Son (dice), los últimos restos de grandes nacionalidades de otras épocas, que la acción del tiempo y de los acontecimientos han roído hasta el punto de no haber quedado ninguna reminiscencia de ellas. Nada tienen, nada hacen, nada apetecen. Los indios del alto San Jorje son seres que no han adoptado de nuestra civilización más que el aguardiente, licor traicionero que piden á todos los que pasan por allí. A esta palabra se reducen sus nociones de la elocuente lengua castellana : pues ellos han conservado su idioma, el cual les sirve para entenderse entre sí, y que, sin duda, está ya muy alterado y corrompido. »

1. Probablemente en la serranía de *San Jerónimo*, que separa las hoyas del río Sinú y del de San Jorje. Aquellas montañas aun no han sido exploradas con cuidado, así es que nada de extraño sería que allí se encontrase todavía el resto del tesoro de *Finzenú*.

2. Este que ha visitado aquellos lugares dice que los que han penetrado en las montañas en donde nace el río San Jorje han visto monumentos antiquísimos que se encuentran por allí. Pero éstos sin duda no fueron obra de los aborígenes que vieron los españoles que descubrieron aquellas tierras, sino de aquel pueblo desconocido y misterioso que ha dejado su huella en toda América.

CAPÍTULO TERCERO

INDÍGENAS DEL ISTMO DE PANAMA

Cuando los primeros Descubridores y Conquistadores del Istmo de Panamá llegaron á aquellos territorios (*Colón, Bastidas, Enciso, Ojeda, Nicuesa, Balboa, Pedrarias etc.*) hallaron allí muchas tribus indígenas que no todas se parecían unas á otras, aunque en el fondo sus costumbres y lengua eran muy semejantes.

Las tribus que poblaban la parte Norte del Departamento de Panamá, y los que vivían en los límites de Costa Rica, eran, segun los historiadores más fidedignos que de ellos se han ocupado, muy parecidos á las naciones de Centro América y por consiguiente hijos de una raza indudablemente oriunda del Japón, así como las que poblaban las márgenes del Océano Pacífico.

Entre tanto, los habitantes de las orillas que baña el Océano Atlántico parecen pertenecer á la belicosa raza Caribe que poblaba las Antillas y las costas de Tierra firme. Éstos tenían la piel más morena y eran por lo general más robustos y más fuertes, más belicosos y más inteligentes que los del otro lado del Istmo. El historiador J. Acosta cree que no había menos de 300,000 habitantes desde el Golfo de Urabá hasta las Bocas del Toro, límite de la República de Costa Rica. La lengua que hablaban parece haber sido la *cueva*, pero cada tribu habia variado la forma y el acento de ella, dividiéndola en muchos dialectos diferentes.

Las tribus del Norte que descubrió Colón y allanó Pedrarias se llamaban *Urracá, Bulabá, Musá, Chicacotia, Natá, Chame, Pariza* (o *Paris*), *Tabor, Cherú, Penonomé, Turacurí, Escolia, Chame, Tatacherubí, Totomagua, Tutibar, Tunaco, Chiriquí, Buricá, etc.* Mas al Sur hallábanse los *Comagres, Quarecas, Ponizas, Catoches, Bonobiamá, Pacorá, Pocorosa, Secativá, Chepo, etc.* En las orillas del Golfo de San Miguel y de Panamá, los *Teraquis, Chochamas, Panamás*. Cerca ya del Golfo de Urabá los súbditos de los Caciques *Carite, Ponca, Urirás, etc.*

Mentira

Cada población obedecía á un Cacique diferente, el cual casi siempre estaba en mala inteligencia con sus vecinos, menos cuando se unian dos ó tres para atacar juntos á otros enemigos.

Salvo que los habitantes del Istmo de Panamá no eran antropófagos, sus costumbres eran muy semejantes á las de todo el litoral hácia el Sur hasta el Cauca. En los límites con Costa Rica, aún existen tribus bastante numerosas de indios llamados hoy *Guaimies*; las cuales M. Pinart estudió prolijamente hace algunos años y ha presentado acerca de sus costumbres interesantes Memorias á la Sociedad de Geografía de París¹ y en la reunión del Congreso Internacional de Americanistas que tuvo lugar en París en 1890².

Segun M. Pinart, existen todavía 4,000 *Guaimies* de pura sangre; la mayor parte de los cuales viven en el Valle Miranda. Estos son pequeños de estatura pero fuertes, robustos, con tendencia á la corpulencia; su color es entre amarillo y moreno, casi negros los que viven cerca del mar; tienen el cabello negro, liso, la cabeza grande, la nariz ancha abajo y prominente, la boca ancha también, los labios gruesos. Son por lo general indolentes, pero en caso necesario se manifiestan ágiles y caminadores; son supersticiosos en extremo y cada familia posee algún animal tutelar.

M. Pinart cree que las antiguas poblaciones del Istmo y regiones adyacentes pertenecen: 1° á la raza *Caribe* continental, de la cual son ramas los *Chontales* de Nicaragua (así llamados por que se servían de la chonta ó bodoquera como la mayor parte de los habitantes de Centro América) y los *Guataros* de Costa Rica, asimilados un tanto á los conquistadores mexicanos.

2° á las últimas colonias *nahuatlacas* que se encuentran hacia el Sur, con la isla del Rey ó Jurarequí (grupo de las Perlas) como sitio extremo y el territorio de los *Guaimies* como centro civilizador importante.

3° los indios *Cunas* del Darien, que han permanecido refractarios á toda influencia civilizadora tanto del Norte como del Sur.

4° la nación *Chocoe*, la cual bajo los nombres de *Baude*, *Citarare*, *Noanama* se encuentra desde el Cauca hasta el Ecuador.

Los indígenas insumisos del Istmo de Panamá se pintan el cuerpo con betún de colores vivos — rojo y azul, — y en la cara forman muchas figuras fantásticas; usan un delantal de cáscaras ó cortezas de árbol y se cubren la cabeza y la espalda con pieles de oso y de tigre, llevando la cabeza de estos animales sobre la frente, y la cola

1. Chiriquí y Bocas del Toro.

2. Aperçu par ordre géographique des questions anthropologiques et ethnographiques traitées au Congrès international des Américanistes. 8^e session.

sobre la espalda. Usan aún arcos, flechas, macanas y bodoqueras, pero saben manejar el machete, el cuchillo y cuando pueden las armas de fuego.

En el norte del Istmo los indígenas hablan la lengua *cuna*, diferente en mucho de la *cueva* usada en el Sur. Sin embargo se cree que ambos idiomas son de un mismo origen. Los pueblos indígenas de raza pura que aún existen en el Sur del Istmo fueron visitados en 1887 por el señor Ernesto Restrepo y en la publicación que hizo después, encontramos datos muy interesantes acerca de ese idioma, restos del precolombino¹. « Es, dice, de una monotonía desapacible y sobre todo muy pobre... En sus discusiones proceden por alegoría y comparación... Cuentan por decenas, pero pocos son los que pueden contar más allá de ciento ».

Segun Bancroft, que cita los principales cronistas españoles, los Istmeños costaneros tenían la tez sumamente morena, y los del interior eran más pequeños y más blancos. Usaban el pelo derramado sobre la espalda y corto sobre la frente. Se pintaban los dientes de negro, y se los recortaban en forma de sierra en algunas tribus. Convertían los prisioneros en esclavos — como les Griegos y Romanos, — y á éstos llamaban *pacos*.

Las mujeres trabajaban en las sementeras (mientras que los hombres guerreaban) y se colgaban narígueras, se agujereaban el labio inferior y las mejillas para incrustarse plumas, pedazos de oro y garras de tigre.

Tanto M. Pinart, M. Zeltner como el señor Restrepo encontraron en las chozas de los indígenas de Panamá asientos y figuras en forma de animales. El señor Desiré Pector, en un interesante estudio acerca de la población precolombina en el Nicaragua, hace la misma observación acerca de los indígenas de aquella República en tiempos pasados.

Los indígenas que habitaban las márgenes del magnífico golfo de *Urabá*, en extremo belicosos y más atrasados y salvajes que los demás, eran sumamente numerosos. En las orillas del río Atrato vivían como los monos en lo alto de los árboles, en donde habían construido toscamente sus habitaciones, y desde allí se defendían con sus arcos y sus flechas de la invasión europea, sin lograr otra cosa que hacerse exterminar.

Sin embargo, aún se conservan restos de estas tribus, que cada día disminuyen apesar de que viven soberanas é independientes y protegidas por el Gobierno de la República².

1. Repertorio Colombiano. Diciembre de 1887.

2. « Hoy todavía los Indios *Cunas* y *Caimanes*, que así se llaman ahora los que habitan

Cuando el historiador Acosta visitó en su juventud (1820) las orillas del Golfo de Urabá los indígenas de aquellos lugares se manifestaron partidarios de la causa de la Independencia, pues aun guardaban hondo resentimiento á los Españoles y por ese motivo sin duda habían permanecido alejados de la civilización de los blancos².

el golfo, tienen sus sacerdotes que son médicos y adivinos, y aún se pintan el cuerpo de diversos colores, hombres y mujeres; pero han reemplazado casi enteramente el arco y las flechas con las escopetas inglesas que adquieren en cambio del carey que con el cacao forman los artículos indispensables de su comercio. De todas las palabras que el autor de este Compendio oyó á los Indios durante una residencia de algunos días en aquellos parajes en 1820, ninguna ha encontrado en los pocos nombres propios de que hacen mención los cronistas. Con excepción de *Careta*, nombre que se conserva á un río y á un cacique en la costa occidental del golfo, las demás dominaciones son posteriores á la época del Descubrimiento». (Véase Compendio histórico, etc. Obra ya citada, p. 31).

2. *Biografía del General Joaquín Acosta*, obra inédita por Soledad Acosta de Samper.

CAPÍTULO CUARTO.

INDIGENAS DEL DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA.

De los antiguos habitantes de Antioquia tenemos muchas é interesantísimas noticias que nos han legado los cronistas españoles, y además existe una Historia de aquel Departamento escrita por el laboriosísimo hijo de esa sección de Colombia, el Doctor D. M. Uribe Ángel, y también las labores de otro caballero antioqueño el señor D. Ernesto Restrepo, el cual ha escrito bastante acerca de las razas aborígenes de Colombia y particularmente de las de Panamá¹ y de Antioquia.

Segun el señor Uribe Ángel los habitantes pré-colombinos de Antioquia pueden dividirse en tres grandes naciones distintas, á saber: los *Tahamies*, los *Nutabes*, y los *Catios*, los cuales se descomponen á su vez en gran número de tribus distintas, cada cual gobernada por un Cacique independiente.

Los *Tahamies* ocupaban todos los territorios al Oriente entre los rios Magdalena y Cauca y se derramaban por las laderas de los empinados cerros y en las cuencas de los valles. Las partes ardientes y malsanas estaban menos pobladas que las tierras de clima medio y alturas de las Cordilleras. Estos indígenas tenían un carácter suave y eran hospitalarios y bastante inteligentes. Cultivaban (así como todos los aborígenes intertropicales de América): el maíz, la yuca, la batata, en los climas calidos, así como el ají, el palmacristi, el suculente aguacate, el *ananás* delicioso, y en los climas templados tenían la *arracacha*, las *curubas*, los *pepinos* y otras frutas y raíces alimenticias².

Los *Nutabes*, que moraban entre el Cauca y el Porce, tenían tam-

1. Véase Repertorio Colombiano, Diciembre de 1877, y *Revista Literaria* de Bogotá, desde Mayo á Diciembre de 1891.

2. El señor Uribe Ángel añade á esta lista el *plátano*; pero ésta es una equivocación, pues el plátano no existía en América, y se propagó despues del arribo de los Españoles, que lo llevaron de las islas Canarias y del Africa con los esclavos negros.

bién sementeras y sabían tejer mantas con hilo de algodón, y aun las teñían de colores. Como los anteriores usaban — pero con menos frecuencia, — armas envenenadas: flechas, lanzas y también macanas.

Cuando por primera vez entraron allí los Españoles, salieron los *nutabes* á recibirlos de guerra, dicen los cronistas. Contaron hasta 20,000 guerreros feroces y valientes, pero los invasores los derrotaron con solo 39 hombres de infantería y 13 de acaballo. ¡Era tal el terror que ocasionó entre aquellos salvajes el estruendo de las armas de fuego y la vista de los caballos!

Los *Catios* moraban en la hoya del Atrato, se extendían hasta la costa Atlántica por la orilla oriental del Golfo de Urabá y poseían gran parte de la serranía de Abibe. Eran estos muy bárbaros y muy pobres. Dormían en las copas de los árboles para escaparse de las plagas terrestres; no construían casas y mucho menos tenían poblaciones. Se mantenían con el fruto de la caza, con las raíces de los árboles y los peces que hallaban en los ríos. No sembraban, no tejían, no tenían más vestido que un escaso delantal de corteza de árbol. Eran los *Catios* los aborígenes más salvajes de toda Colombia, y quizás de toda la América del Sur, salvo los Fueguinos, los cuales aún se hallan en el mismo estado de barbarie.

Sin embargo, algunas tribus pertenecientes á ésta familia, que vivían en climas menos malsanos y ardientes, poseían algunas nociones de cultura; á saber: labraban mantas para cubrirse del aire fresco de la noche, y sus armas eran menos bruscamente construidas.

Todos los naturales de Antioquia eran antropófagos, y con frecuencia declaraban la guerra á otras tribus, nada más que con el objeto de devorar en los campos de batalla á los que morían, y llevarse los demás, para alimentar los festines mientras que duraban los prisioneros. Comenzaban por engordar las víctimas con succulentos manjares, y cuando los consideraban suficientemente apetitosos, los iban sacando uno á uno del cercado en donde los encerraban; les hacían volver la cara hacia el sol naciente y entonces les daban un golpe sobre la nuca que los dejaba muertos en el sitio.

Como todos los naturales de América, con excepción de los que habitaban las tierras frías y eran más civilizados, los Antioqueños se pintaban con achiote ó *bijua* (familia de las *Bixaceas*) árbol de cinco á seis varas de alto, de corteza blanquecina, hojas acorazonadas, pecioladas, alternas, flores rosadas en macetas, fruto en forma de cápsulas que contienen los granos que dan una substancia de un color amarillo rojizo¹.

1. Según el señor Aristides Rojas, la palabra *achote-achote*, *achotai* viene del vocablo azteca *achiottl*. Los Haitianos lo llaman *bixa*; los caribes *caituco*, *anato* u *onoto*;

Los aborígenes de Antioquia creían en un Dios, creador del Universo, que algunas tribus llamaban *Abirá*, que significa *muy bueno*. Creían también en un espíritu muy malo, enemigo de *Abirá*, á quien llamaban *Canicubá*. Algunos cronistas aseguran que también adoraban el Sol y la Luna y que conservaban una ténue idea del Diluvio universal mezclada con absurdas supersticiones. Tenían como casi todos los Americanos de uno y otro hemisferio, la noción de una vida futura y por eso se hacían acompañar por sus mujeres favoritas. Decían que cuanto sabían había sido enseñado á sus mayores por una mujer muy bella y muy docta que llamaban *DABEIBA*.

Algunos de los historiadores que se han ocupado particularmente de esta sección de América piensan que aunque parezcan algo distintas éstas naciones, las tres grandes familias que poblaban á Antioquia pertenecían todas á la raza *Caribe*. Su color moreno cobrizo, su pelo duro y negrísimo, frente baja, ojos negros y pequeños, pómulos salientes, nariz no muy achatada, el talón prolongado hácia atrás, cuerpo delgado y bien conformado, todo esto forma un conjunto de caracteres que los coloca entre los *caribes*, dejenerados si se quiere, sumidos en la más completa barbarie es verdad, merced á circunstancias y por motivos y causas que pertenecen á la incógnita historia de sus antepasados.

Creo que en el estudio que se haga de los aborígenes de Antioquia y el Cauca se debe de tomar por guía principal al cronista-soldado, Pedro Cieza de León. Este visitó personalmente aquellos lugares en la época de la Conquista, y así es que mejor que los demás cronistas, que sólo escribían lo que habían oído decir, pudo estudiar y describir las costumbres de aquellos indígenas que aún conservaban frescos sus usos. « Yo, dice el Conquistador, anduve todo por tierra (desde Panamá hasta el Perú) y traté, ví y supe las cosas que en esta historia trato¹. »

Nos referimos á él en las siguientes noticias.

Los habitantes de los territorios que dividen el Golfo de Urabá del Océano Pacífico decían que no eran naturales de aquel país, que sus antepasados habían llegado allí de otras tierras. Habitaban ramadas largas y angostas; dormían en hamacas; cultivaban árboles frutales; cazaban dantas, zainos y hermosos pavos; se colgaban del cuello muchos sartales de canutillos de oro (que llamaban *habas*), se ataban planchuelas de oro sobre el pecho; comerciaban con los naturales del interior cambiando sal y pescado por joyuelas de oro; usaban

los Guaranis llamanlo *urucú*. En la última edición del Diccionario de la Academia española viene ya admitido el verbo *embijar* por pintarse el cuerpo de color.

1. Crónica del Perú.

flechas envenenadas y macanas; heredaba el cacicazgo el hijo de la primera mujer, pues tenían muchas, siendo la poligamia costumbre del país, como de todo pueblo bárbaro; casábanse con frecuencia con sus sobrinas. Las mujeres andaban vestidas con mantas que las cubrían desde el pecho hasta los pies; pero los hombres estaban siempre desnudos. Los españoles no vieron en aquellas tribus templo ni lugar ninguno de adoración.

Enciso (Conquistador á quien ya nos referimos al tratar de los indígenas de Santa Marta), dice que embalsamaban aquellos naturales á los muertos — en todo el litoral desde el Zenú hasta el Darién, — y para conservarlos los envolvían en paños que se adherían al cuerpo por medio de cierto unto (ó bálsamo) y después los ponían á secar al fuego. Los demás cronistas dicen simplemente que secaban los muertos al fuego cuando deseaban conservarlos.

Algunas tribus de Antioquia esquivaban usar flechas envenenadas; lo cual hacían sin duda para que no se dañase el alimento que después de los combates devoraban.

En el valle de Nore (en donde después se fundó la ciudad de Antioquia), los habitantes decían que antes que ellos habían vivido allí tribus más ricas, las cuales después desaparecieron.

Para pasar los rios fabricaban con mucha arte puentes de bejucos fortísimos que resistían perfectamente grandes pesos.

Al sur del Antioquia los aborígenes no habían caído hasta la extrema barbarie en que se hallaban los más cercanos á las costas y al rio Magdalena. Algunas tribus tenían ciertas romanas en que pesaban el oro, pues lo apreciaban mucho y sabían extraerlo de la tierra y trabajarlo con bastante maestría.

Sus ídolos eran de madera esculpida, de barro cocido y de oro.

Eran tan amantes de su independencia que los indígenas que habitaban el valle de Aburrá (en donde después se fundó la ciudad de Medellín) viendo que los Españoles los vencían en todas partes y que eran ya dueños del país, en lugar de rendirse resolvieron suicidarse: hombres, mujeres y niños, todos se ahorcaron¹.

En la parte que los Españoles llamaban Provincia de *Arma* (así llamada, dice Piedrahita, porque sus habitantes iban armados con armaduras de oro) los aborígenes tenían fortalezas de talanqueras hechas con gruesas *guaduas* (*bambú*) en las alturas en donde hacían sus sacrificios sobre tabladillos bien contruidos. Ataban á los prisioneros en aquel lugar para sacarles el corazón que ofrecían á sus dioses

1. Esto prueba una vez más que la extrema barbarie y la extrema civilización se tocan: hoy en Francia el suicidio es generalísimo; por cualquier motivo se matan, hombres, mujeres y hasta niños.

junto con hierbas olorosas que quemaban en incensarios de oro ó de barro cocido.

Poseían casas grandes que dividían en estancias separadas por medio de esteras de paja. Sus sementeras eran bien labradas y cultivaban árboles frutales. Sin embargo tenían la pasión del canibalismo, la cual llegaba á tal grado que cuando encontraban algunas mujeres ó niños indefensos por los campos se arrojaban sobre ellos para devorarlos, con una furia que ni entre las fieras se ha visto jamás. Eran estos más morenos, mas pequeños y más feos y repugnantes que sus vecinos, y dicen los cronistas que eran de caracter doble, de mala fe y llenos de malicia y de crueldad.

Cieza de León dice que las tribus que moraban al Sur de Arma eran menos numerosas y parecían pertenecer a otra raza, pues su lengua era diferente. Allí adoraban un enorme ídolo de madera, el cual habían situado sobre una altura que miraba hacia el oriente. Esta figura tenía los brazos abiertos, y parecía siempre aguardar los sacrificios humanos que le hacían varias veces en el mes. Lo curioso es que los señalados para el sacrificio nunca exhalaban una queja, sino que cuando llegaba el momento iban por sus pies al sitio acostumbrado, se inclinaban en silencio delante del ídolo y aceptaban la muerte con resignación.

En otra tribu vecina el cronista-soldado entró á la casa de un Cacique en donde encontró hasta veinte ídolos tan grandes como un hombre, cuyos rostros eran de calaveras humanas.

Todos estos naturales eran tan belicosos que cuando salían á trabajar en sus sementeros llevaban la lanza en una mano y la azada (de madera) en la otra.

A sus guerras llevaban bocinas, atambores y destempladas flautas, con lo cual procuraban imponer espanto en el ánimo de los enemigos.

Los cercados que rodeaban sus mansiones estaban coronados con calaveras pintadas de *bijua* ó *achiote*, y estas con sus largas cabelleras que se movían impulsadas por el viento y el lúgubre rumor que hacía la brisa dentro de las calaveras, formaba un cuadro y una música fantástica capaz de infundir temor en el pecho del mas valiente. En torno de sus poblaciones sembraban puas envenenadas, cubiertas con hierbas y tierra, de manera que los Españoles tenían que ser muy cautos para acercarse á ellas.

He aquí los nombres de algunas de estas tribus que moraban hasta el norte del Departamento del Cauca, cuyas fronteras se confundían: *Noanamás*, *Citaras*, *Tatabes*, *Guacuná*, *Quinchuá*, *Tapuyas*, *Guaticas*, *Nacores*, *Quillancingas*, *Irocas*, *Coris*, *Naratupes*, *Cori*, *Cartamo*, *Pirza*, *Ocuzco*, *Guarinas*, *Couí*, *Curacas*, etc.

Los idionas de los indígenas de Antioquia eran poco más ó menos iguales á los del Cauca. Los pocas palabras que nos han quedado de esos dialectos pueden dar una idea escasa de su lengua, naturalmente pobrísima, como la de todos los salvajes, y según el señor Uribe Angel, carecían completamente de palabras de sentido moral y metafísico: solo tenían expresiones para las cosas materiales.

Según el autor que citamos muchas de estas lenguas, así como algunas asiáticas, la *k*, la *l* y la *b* se pronuncian apoyando la lengua contra el paladar en las dos primeras y para pronunciar la *b* se deja percibir al fin una *e* explosiva. La *p*, *t*, *d*, *m* se confunden al hablar. Apesar de que se ha creído que el origen de esta lengua debió de ser *caribe*, en los dialectos de las tribus antioqueñas encontraron los Españoles palabras de origen *quichua*; por ejemplo: *guasca*, *guaca*, *quingo*, *chácara*, *tola*, etc.

Casi todas las vocales al fin de palabra llevan acento en la lengua que conservan aun los indígenas antioqueños.

CAPÍTULO QUINTO.

LOS ABORÍGENES DEL DEPARTAMENTO DEL CAUCA.

Como hemos visto ya los habitantes del sur de Antioquia se confundían con los aborígenes que moraban en los territorios que hoy se llaman del Cauca. Eran igualmente antropófagos, y las costumbres idénticas entre los que moraban en las empinadas sierras de Antioquia como entre los que vivían en las fértiles vegas del valle del Cauca.

Sin embargo, si los moradores de Antioquia en su salvajismo, viviendo por lo general en tierras áridas ó mal sanas, se veían muchas veces casi en la necesidad de devorarse unos á otros para alimentarse, los antropófagos del Cauca, que vivían en un país abundante y fertilísimo, en donde las sementeras de maíz producían al cabo de cuatro meses de sembradas, no tenían por cierto disculpa ninguna en su canibalismo.

Cuatro leguas al Occidente de Ancerma encontraron los Españoles una tribu cuyo Cacique era llamado *Caricha*, el cual parecía inteligente y despierto así como sus súbditos; pero éstos, como sus vecinos los *Zopiás*, tenían las mismas costumbres y el vicio horrible de comer carne humana. No poseían ídolos ni adoratorios, ó los ocultaron á los invasores. Casaban las más de las veces con sus sobrinas y á falta de un hijo de ésta, heredaban los hijos de las hermanas. Los Caciques salían á las guerras cargados en andas, y en sus días de fiesta se cubrían con mantas de colores enchapadas con adornos de oro macizo. Las mujeres se cubrían el pecho con sartaes de cuentas de oro y se colgaban pesadas narigueras del mismo metal.

Aspesar de sus costumbres bárbaras y crueles uno de los pueblos más ricos de aquellos parajes era el *Quimbaya*. Imperaba en todos los territorios que median entre los nevados de Santa Isabel, el Ruiz y los ríos Tacurambi y Zegues.

Hace unos dos años que ciertos *guaqueros*¹ encontraron en las cer-

1. Lllaman en Antioquia y en el Cauca *guaqueros* á los que se dedican á buscar *guacas*

canias de la ciudad de Cartago un tesoro extraordinario por la riqueza de sus armas, utensilios domésticos y adornos de oro. Halláronlo en el fondo de un sepulcro de algún cacique précolombino. Tuvo el gusto la que esto escribe, de examinarlo detenidamente en Bogotá. Se comprendía que entre los muchos objetos que habían enterrado con el cacique estaban sus dioses tutelares¹, representados por seis figuras de oro de 30 centímetros al altura. Eran estas estatuitas de hombres y mujeres en diferentes actitudes, las cuales aunque de tipo tosco y feo demostraba mucha habilidad de los artistas indígenas. Además veíanse allí urnas y vasos primorosamente labrados con tapas perfectamente ajustadas á su base, y otras con cuellos largos y de forma elegante imitaban frutas del país y animales. Había allí pebeteros en forma de cabeza humana, bocinas, cetros hiérmoseados por aves bien delineadas ó serpientes enroscadas, todo aquello labrado con oro de diferentes colores y quilates; varias planchuelas de armaduras con sus agujeros para atarlas al cuerpo desnudo, cintas de oro para envolverse en las muñecas, en los tobillos y la cabeza, y sartales de cuentas para formar collares muy pesados. Dícese que la parte de este tesoro que llevaron á Bogotá — después de deducir varios objetos que los dueños guardaron para sí, — pesaba más de cincuenta libras de oro puro en su mayor parte². Esto dá idea de la riqueza de aquellos aborígenes, pues hace más de tres siglos y medio que sin cesar se buscan y se encuentran tesoros de esta clase en el Cauca y en Antioquia.

ó huacas, sepulcros y oratorios de los indios. « Los individuos dados á este oficio, y á veces familias, pues familias enteras se dedican á él, llevan una vida excepcional: forman especie de tribus nómades, con sus jefes, sus hábitos y sus costumbres aparte. Provistos de herramientas y de víveres, cambian de domicilio, se retiran de sus hogares, por épocas á veces dilatadas, y hacen de sus exploraciones, investigaciones y trabajos una existencia enteramente peculiar. Como todo el que anda rastreando riquezas, su vida es rica de ilusiones, con frecuencia desvanecidas y reemplazadas por una realidad tormentosa.... Hasta ahora el guaquero no busca más que oro, todo lo demás le importa poco; pero si las ciencias llegasen á ponerse en armonía con el lucro, estamos seguros de que en medio de hallazgos importantes por su riqueza, la arqueología tendrá ocasión de agregar á sus anales valiosos descubrimientos.... Por lo general los indios se hacían sepultar en lugares muy altos, ó cuando menos en las colinas, habiendo demostrado la observación que en los valles y en los terrenos bajos hay muy pocas huacas ».

Véase para mayores detalles la « Historia de Antioquia » del señor Dr. Manuel Uribe Ángel, pag. 496 y siguientes.

1. El señor Don Vicente Restrepo dice en su informe al Gobierno acerca de este tesoro de los Quimbayas que estas figuras no son ídolos sino retratos de sus Caciques. Pero esto no me parece probable, pues entre la gente inculta se ha observado que siempre rinden culto á toda figura que conservan en su poder. Si Cieza de León asegura que los Quimbayas no tenían religión, aquello solo significa que no tenían culto público, pero eso no impide que lo tuviesen privado, y que rindiesen culto á los dioses tutelares que llevaban consigo á todas partes.

2. El Gobierno colombiano compró la mejor parte de este tesoro para enviarlo á la Exposición de Madrid con motivo del Centenario del Descubrimiento de América, y obsequiarlo á la Reina Regente de España.

Según las noticias que de ellos dá Cieza de León los *Quimbayas* eran altos, robustos, de rostros largos y cabeza aplanada. En las juntas solemnes de la tribu usaban vacijas de oro puro para tomar la *chicha* y embriagarse hasta perder el juicio, como hacían todas las tribus americanas. El vicio de las bebidas fuertes y el amor á la embriaguez era característico general de los aborígenes del Nuevo Mundo; vicio que han conservado los moradores de casi todas las Repúblicas americanas, no solamente entre las tribus semi salvajes que aún se conservan, sino que también entre los criollos mezclados de indio y blanco; vicio que los Españoles no llevaron á América, puesto que no lo tienen en la Península hispánica.

Cada indígena *Quimbaya* llevaba á la guerra todas sus riquezas, pues, era costumbre que los enterrasen con ellas. El Cacique de ésta tribu regaló al Conquistador Jorje Robledo un vaso de oro que pesaba cerca de 300 pesos y una bandera en forma de ancha faja de tela de algodón muy fina, cubiertra con piecicillas de oro, redondas unas, en forma de estrella otras. Con su propio cabello hacían rodela que llevaban á la guerra. En sus bacanales bailaban y cantaban al son de sus instrumentos, y se entusiasmaban al oír referir las hazañas de sus antepasados; los cuales, decían, que no eran de aquellas tierras sino que habían llegado allí de otros lugares y se habían apoderado de ellas después de matar á los anteriores habitantes. Apesar de ser menos bárbaros que los que moraban al Norte, los *Quimbayas* eran también antropófagos. Gozaban de un clima delicioso; regado el país por cristalinas corrientes, hermozeado por abundantes arboledas, la tierra fertilísima de aquel valle les daba alimento más que suficiente; y sin embargo para ellos el mejor bocado era un fragmento de carne humana!

Los pobladores del Valle del Cauca eran más feroces é indómitos que los *Quimbayas*; aquellas tribus resolvieron no entregarse jamás á los invasores, así se propusieron morir todos más bien que perder su independencia. El valle llamado propiamente del Cauca, es una extensa llanura cortada de un extremo á otro por el río del mismo nombre. Limítanlo á uno y otro lado dos inmensas Cordilleras de los Andes: á saber la Central qui divide este Departamento del llamado hoy del Tolima, y la Occidental que atraviesa también el Departamento de Antioquia.

Aquella rica y fertilísima llanura, aquellas hermosísimas vegas estaban densamente pobladas y en gran parte cubiertas de sementeras de maíz, yuca y otras plantas del país. Pero como arriba hemos visto los aborígenes resolvieron morir, y para llevarlo á cabo, vengandose al mismo tiempo de los invasores, se negaron á sembrar, para que ellos también murieran de hambre, y refugiandose en los cerros

vecinos permanecieron allí ocultos. De aquella manera murieron miles de indígenas, y los de los alrededores de *Lili* (Hoy Cali) sirvieron además de pasto á la tribu de los *Gorrones* que cayeron de improviso sobre los que quedaban, mataron á gran numero, y á los demás se llevaron prisioneros para devorarlos. Así, poco después de la llegada de los Españoles al Cauca todos los habitantes del valle habían perecido, salvo los que se refugiaron en las vecinas cordilleras, y se ocultaron en los bosques. Los *Jamundis*, *Calambos* y *Bugas* fueron hasta perecer siempre indómitos y belicosos. Numerosísimas son las tribus diferentes que moraban en aquellos territorios y que llevaban el nombre de los lugares que ocupaban¹. Los habitantes de *Barbacoas*, los de las orillas del Pacífico, los *Coinzas* y los *Timbes*, por ser sus tierras anegadizas, vivían sobre las ramas de las árboles en chozas cubiertas con techos pajizos, formando curiosísimos caseríos aéreos, frescos y desde los cuales se defendían con sus flechas envenenadas.

En un sitio elevado á 3,050 metros sobre el nivel del mar, llamado *Pupiales*, los Españoles encontraron unas ruinas monumentales que creyeron serían palacios de los Incas; pero lo más probable es que fueran obra de aquella raza extinguida que dejó sus huellas en ruinas monumentales en toda la América. Lo que causa extrañeza es que estuvieran en un país tan frío (12 gr. cent. por término medio) y en sitio que no parecía adecuado para formar una población. Tal vez sería algún lugar de recreo al cual los habitantes de las tierras cálidas irían á buscar clima más sano y fresco.

Refieren los cronistas que la mayor parte de los pobladores del valle del Cauca y de sus inmediaciones eran robustos, bien formados, algunos tan altos, que dice Cieza de León que parecían «pequeños gigantes». Tenían la cabeza achatada por medio de ligaduras que hacían á los niños recién nacidos — como lo hacían otras tribus americanas, — pues decían que el hombre de cabeza redonda era cobarde.

Los moradores de *Lili* (Cali) tenían la costumbre de envolver á los muertos en tiras de algodón burdo muy largas, y en seguida los ataban con cuerdas — dice el mismo Cieza — de docientas brazadas de largas, de manera que quedaban perfectamente enfardelados. Entre este punto y el de Popayán moraba el Cacique *Pelecuy* en cuyo caserío encontraron ciertas casas redondas, más grandes que las otras, dentro de las cuales reposaban los cuerpos de los guerreros que el Cacique había matado en los combates con sus enemigos, y en el número de estos consistía la mayor ó menor gloria del Señor del país. Los cuerpos

1. He aquí los nombres de algunas de estas tribus: *Cocomicos*, *Guambias*, *Cotares*, *Piendamó*, *Guamzas*, *Palacés*, *Polindaras*, *Palacés*, *Tembíos*, *Zotaras*, *Guanacas*, *Guachicones*, *Cochesquios*, y *Quilichaos* (que significa tierra de oro en la lengua del país).

estaban de pié, henchidos con ceniza, con dardos y macanas en las manos y las caras cubiertas de cera.

El Señor de *Popayán* era tan poderoso que tenía bajo sus órdenes á otros Caciques inferiores y en caso necesario podía poner bajo las armas hasta tres mil guerreros¹.

Los aborígenes del sur del Cauca eran más susceptibles de recibir la civilización y aceptar la dominación europea; así fué que muchas tribus se convirtieron en breve al cristianismo y aprendieron pronto á vestirse como los invasores. Se notó que los que no eran antropófagos se domaban con más facilidad, mientras que los caníbales, más bárbaros siempre y más crueles, eran también más independientes y preferían morir antes que cristianizarse. Los *Pastusos* y *Patianos*, así como todas las tribus vecinas ya de la hoy República del Ecuador, no tenían templos ni adoratorios, pero sí dioses *penates* de oro, de barro y de madera enchapadas de oro. Estos creían que las almas de los que morían penetraban en los cuerpos de los recién nacidos. Siempre que se trata sin embargo de las creencias íntimas de aquellas tribus hoy extintas, se siente una grande desconfianza de lo que acerca de aquello dicen los cronistas; pues los Conquistadores muchas veces se equivocaban, no compendian lo que los interpretes les decían y daban por sentido lo que se les imaginaba.

En las partes de aquellas sierras en donde hacía frío los indígenas — tanto hombres como mujeres, — se envolvían en mantas de algodón de la cintura para abajo, y se cubrían la cabeza y las espaldas con otra más pequeña. Éstos tenían sementeras de maíz, patatas, *arracachas* y otras raíces alimenticias, y aunque numerosos, como eran poco guerreros, los Españoles allanaron todo el país. Con el tiempo se fueron amalgamando con los blancos y los negros, formando hoy día una población laboriosa, honrada, humilde, pero poco adicta a novedades; así fué que difícilmente recibió la idea de la Independencia y fueron los últimos que la aceptaron en el país. En su carácter son muy diferentes de los habitantes actuales del valle de Cauca que no pueden ser más turbulentos, belicosos, en extremo inteligentes y de ideas avanzadas.

1. E. Restrepo. Tribus que habitaban el territorio « Revista Literaria » Junio, p. 123.

CAPÍTULO SEXTO.

LOS ABORÍGENES DE LOS LLANOS DEL CAQUETÁ, CASANARE Y SAN MARTÍN.

Se ha calculado que la mitad de los territorios que forman la República de Colombia se encuentra á espaldas de la cordillera Andina, detrás de los departamentos llamados hoy de Boyacá, Cundinamarca, Tolima y Cauca y sirven de límites con las Repúblicas del Brasil, Venezuela y Ecuador. Hay allí 24,000 leguas cuadradas de tierras compuestas en su mayor parte de extensísimas llanuras, regadas por tres ríos de los más grandes de la América del Sur, á saber: el *Orinoco*, el *Meta*, el *Caquetá*, enlazados por el canal natural del Casiquiari, lo cual permitirá navegar cómodamente por en medio de aquellas llanuras interiores, y comunicarse sin mayores dificultades al través de ese territorio inmensísimo.

En las faldas de las Cordilleras que descienden hácia los Llanos; en los seculares bosques que tachonan aquellas llanuras; en los márgenes de los innumerables ríos que alimentan los más grandes, se encuentran todas las plantas, todos los animales que producen las regiones intertropicales de América. Además se hallan en esos territorios riquezas minerales de todo género: sal, hulla, plomo, hierro, cobre, plata, oro, piedras preciosas, etc. ¹.

Hanse dividido aquellos Llanos en tres territorios distintos: el del Caquetá, el de Casanare y el de San Martín.

El primero de estos, el del *Caquetá*, se halla hasta el día casi exclusivamente habitado por los descendientes de los aborígenes que encontraron los conquistadores allí en el siglo XVI, los cuales al cabo de cerca de cuatro siglos no han dado un paso en la vía de la civilización europea. Aquel territorio mide más de 5,000 miriámetros cuadrados de extensión; pero la mayor parte de él está despoblado y por esos desiertos vagan innumerables fieras y crece un mundo de vegetales

1. Véase Emiliano Restrepo: « Una excursión al territorio de San Martín ». Bogotá, 1870.

preciosos, muchos de los cuales no han sido examinados por los hombres de ciencia, que aún no conocen sus cualidades.

Las tribus indígenas de aquel país, más grande que muchas naciones europeas, están divididas en diversas parcialidades, las cuales no tienen ni la más leve noción de cultura, y se cree que alcanzarán á 50,000 almas. Entre estas se deben contar unos pocos miles de blancos, negros y mulatos, que viven allí como de prestado, sin cesar temiendo ser acometidos por los indígenas, devorados por las fieras, picados por los animales venenosos que pululan en todas partes, ó perecer víctimas de alguna de esas fiebres palúdicas que son tan comunes en aquellos climas, mortíferos siempre para todo ser humano que no sea indígena ¹.

En medio de las tribus de los Llanos, estacionarias desde hace siglos, puesto que en nada han cambiado desde que por primera vez llegaron los Españoles, se podría estudiar con toda seguridad las costumbres de los antiguos salvajes de esa parte de América. Pocos han sido los viajeros que se han atrevido á visitar á esos indígenas, muchos de los cuales son enemigos declarados de los blancos y además antropófagos. Empero, de las relaciones de los que — desde el Descubrimiento hasta el día y en diferentes épocas — han logrado penetrar en las selvas en que moran, hemos sacado en limpio algunas nociones de sus costumbres, apariencia y carácter ².

Codazzi dice que éstos aborígenes parecen fuertes y musculosos, pero en realidad son débiles, aunque ágiles y sufridos. Su color es cobrizo y su tez no se arruga, ni sus cabellos encanecen, de manera que entre los 20 y 50 años casi no se distingue la edad de los hombres (ésta observación la hemos hallado en casi todos los que se han ocupado de las razas americanas); tienen los ojos pequeños y sin brillo; la cabeza grande, la frente estrecha; se arrancan las pestañas y las cejas lavándose con el jugo de una planta venenosa; tienen la nariz bien formada, casi aguileña; la boca grande; los cabellos muy negros y caídos sobre la espalda. Se pintan el cuerpo con *achiote*, formando rayas caprichosas con pintura azul.

Pero si los hombres no parecen envejecer, en cambio las mujeres no tienen juventud; muy en breve, con los trabajos del campo y el maltrato que las dan los maridos, se arrugan, se ajan, se convierten en seres horribles y repugnantes.

1. Un español, el señor Gutierrez de Alba, viajero y literato, visitó aquellos territorios ahora algunos años, y escribió sus viajes.

2. Humboldt. « Viaje á las regiones equinoxiales ». 1799. — Emiliano Restrepo. « Una excursión al territorio de San Martín ». 1870. — Codazzi y Felipe Perez. « Geografía de Colombia ». Estos han tomado la mayor parte de las noticias de los Indios de los Llanos de las obras de Humboldt y del P. Gumilla. « El Orinoco Ilustrado ».

La vida de estas gentes se pasa en cacerías y guerras con otras tribus: viven errantes, levantando su triste choza aquí y allí en diferentes partes en donde encuentran pescado en los ríos ó animales en los bosques. Las mujeres se encargan de cuidar y coger el maíz que siembran de prisa en algún rincón del bosque que desmontan, y una vez recogido el fruto de sus faenas abandonan el lugar y se alejan.

Tanto hombres como mujeres sólo usan un delantal de cortezas de árbol, sartales de frutas aromáticas colgadas del cuello, collares de dientes de caimán ó de otras fieras, plumajes vistosos en la cabeza y narigueras de oro y plata, cuando logran hacerse á ellas.

En cuanto á su ser moral, tienen estos como todos los indígenas, desde la bahía del Hudson hasta el estrecho de Magallanes (observa Humboldt ¹) en todos los climas la misma inflexibilidad moral y perseverancia en sus costumbres. Taciturnos, desprovistos de alegría, graves siempre se nota en los indígenas cierta dignidad natural que encubre una imposibilidad natural de adquirir nuevas ideas. ¿Todo esto no probará que es la aborígene americana una raza agotada, incapaz de comprender otra civilización que la suya propia que ya no existe?

Por lo demás, ¿qué mayor prueba que el estado completo del salvajismo á que han vuelto los indígenas del Paraguay y de las Misiones del Orinoco y Amazonas, una vez que se suprimieron esas Misiones? Sin embargo allí habían vivido varias generaciones aprovechándose de todos los beneficios de la civilización europea y de la Religión cristiana, pero apenas se vieron libres volvieron á su estado natural ².

Estos indígenas de los Llanos y de las orillas del Orinoco conservan todos la tradición del Diluvio — dice Humboldt, — como lo conservan los pobladores de las islas del Océano Pacífico, salvo que en su ignorancia dicen que los que lograron salvarse de la inundación siempre fué sobre el cerro más cercano á su campamento.

Los *Maypures*, los *Tamanaques* se pintan no solamente con *achiote* ó *bijua* sino con el grano de otras substancias vegetales llamadas *onoto* y *chica* mezcladas con grasa de cocodrilo ó caimán, y de negro con *carato* (genipa americana).

Las tribus de la nación *Saliva* parece que vivían antiguamente entre el río *Vichada*, el *Guaviare*, el *Meta* y el *Paute*, y los Misioneros

1. Voyages aux régions équinoxiales. V. I, p. 463.

2. Hase echado la culpa de este hecho extraño al estado de dependencia en que tenían los Jesuitas á los indígenas; cuando la verdad es que si así los trataban, como á niños crecidos, era porque los religiosos habían comprendido la incapacidad en que estaban los indígenas de valerse por sí, y para obviar la dificultad que tienen los indígenas para hablar español les enseñaron lenguas americanas, como el quichua y el guaraní, las cuales aprendieron á fondo (Véase Humboldt, obra citada, p. 476).

podieron domesticarlos con más facilidad que á las otras tribus del Orinoco. Son amantes de la música y poseían trompetas de barro de cinco ó seis piés de longitud que tocaban con sonidos lúgubres, como es toda la música indígena americana. Los Misioneros les habían enseñado varios instrumentos, los cuales han olvidado después completamente al alejarse de nuevo de la luz de la civilización.

Estos indígenas, después de que sus mujeres daban á luz, se acostaban ellos en sus hamacas y las mujeres los cuidaban. — Costumbre, dice Humboldt, — de todos los naturales de los Llanos y la tenían igual los antiguos europeos de Iberia y Galia.

Los *Quaquas* — aliados de los Caribes y cuyas tribus se extienden desde el Cumaná hasta la Cordillera á espaldas de Popayán — hablan la lengua saliva.

Los *Mituas*, los *Churuyes* y los *Guaiguas* que han morado siempre entre el *Guaviari* y el *Ariari* hablan un dialecto que se cree es derivado del Saliva; son algo más industriosos que sus vecinos.

Los *Chiricoas* y los *Guamos* son sucios, indómitos, andan siempre errantes. Los primeros vivían entre el *Vichada* y el *Guaviari*. Estos llamaron los primeros Misioneros *indios andantes*, para diferenciarlos de los que habitaban los bosques y son de mejor carácter y costumbres. La lengua de los indígenas *Llaneros* (Humboldt) es más dura, más concisa y más fuerte, y las de los *Bosques* más suave, y más difusa en sus expresiones.

Los *Azanenis*, viven sobre el *Aquio*, los *Macuenis* sobre las márgenes del río de su mismo nombre así como los *Guanais*.

Los *Airicos*, vecinos de estos, hablan un dialecto del *yaruro-betoye*.

Los *Curacicanas*, los *Maquiritares*, los *Piraos*, son agricultores, humildes y tienen grandes sembrados de yuca con preferencia al maíz, y con esa raíz hacen una bebida fermentada llamada *chiza*. Los *Maquiritares* viven entre la laguna *Carida* y el Orinoco.

Los *Macos* viven ya cerca de las fronteras del Ecuador. Estas tribus han sido siempre indómitas y feroces.

Los *Guahivos* son más esbeltos, tienen los ojos más grandes y aun alguna barba. Hablan, así como los *Macos*, un dialecto del maipure — el *guariken* ó *parení*.

Los *Guaipunabis*, hablan un dialecto derivado del *maipure*.

Los *Parenis* vivían en las orillas del *Mattaveni* (*veni* ó *oueni*, significaba río en su lengua).

Los *Marepizanas* y los *Manetivitanos* vivían en las orillas del Río Negro, en los confines del Brasil.

Los *Cabres* acampaban en los márgenes del *Cuchivero*.

Los *Tamas* habitaban las orillas del *Caquetá* y hablaban, así como los *Coreguajes*, la lengua *coora* (Humboldt).

Los *Guaipunabis*, sobre el Orinoco, son menos salvajes; usaban algun vestido y se defendían de las flechas envenenadas con rodela hechas con cuero de tigre.

Sobre el *Casiqniari* vivían los *Maisanas* y tribus de los *Marepizanas*.

Los *Guitotos* moraban entre el *Putumayo* y el *Caquetá*.

Los *Pacemonales* y los *Cheruwichahenas* se encontraban sobre las orillas del río *Tomo* y *Guainia*.

En las márgenes del alto *Apure*, y tambien en Venezuela, moraban los *Otomacos*. Estos se mantienen durante la época de las inundaciones en gran parte con bolitas de greda que llaman *poya*, é igual cosa hacen otros indígenas de los Llanos. Aspiran cierto polvo que llaman *niopo* y cuando se embriagan con ello, se enfurecen y matan á cuantos encuentran en su camino.

Entre el *Guaviari* y el *Caquetá* se encuentran los feroces *Guaquis* que se arrojan sobre sus enemigos para beberles la sangre antes de que se enfríe. Se cree que son una rama de los *Omaguas*, que tanto atormentaron á los primeros Conquistadores. Viven en las márgenes de los ríos en chozas levantadas sobre estacadas para escapar á tantas plagas que los persiguen.

Los feroces *Guaicas* moraban desde el río *Padama* por el Orinoco arriba. Eran muy pequeños, casi enanos, y de un color más blanco que el de las otras tribus.

Los *Atures* — nación extinguida desde el siglo pasado, — vivían en el Orinoco cerca de las Cataratas, hablaban una lengua que también se ha perdido.

Cerca de los confines del Brasil se hallan los *Cabacabos*.

Del río *Ventuari* al *Guaviari* habitaban los *Maipures* y los *Curacicanas*. Estos últimos siempre han cultivado extensamente el algodón.

Los *Vaupes* frecuentan el Río Negro. — Los *Yocuras*, *Mucas* y *Cabiunes* moran en las cercanías del *Apoporis*.

Sobre el río *Yupura* se encuentran los *Cafuanes*, *Moquenís* y *Moruas*. Entre el *Putumayo* y el Amazonas hay tribus de los llamados *Agustinillos*, *Orejones* y otros que llevan los nombres de los sitios en que moran.

Todos estos bárbaros son más ó menos antropófagos y enemigos declarados del hombre blanco. Aun los que viven en entera libertad, como sucede con todos los indígenas americanos, son siempre tristes y sombríos. Apesar de que en diferentes ocasiones se ha procurado que penetren hasta ellos Misioneros católicos, son tan salvajes que no se ha obtenido el fruto que se esperaba.

Aquellos desdichados acabarán por extinguirse y dejarán el campo libre ¿pero en semejantes climas podrá algun día vivir el hombre blanco? Este es un problema de difícil solución.

Los *Enaguas* de las orillas del Orinocotienen la particularidad de que cada tribu — de 60 á 100 personas, — vive en un gran *caney* ó tambo, cubierto de paja y sin paredes. Estos tienen el secreto de la fabricación de venenos violentos para los cuales no se conocía remedio. Los *Enaguas* los vendían á todas las tribus de los Llanos, que iban á buscarlos con empeño.

Desde el Descubrimiento de América han llamado mucho la atención de los sabios europeos los venenos que usaban los aborígenes del Nuevo Mundo. Parece que el primero que llevó á Europa la substancia con la cual los indígenas de la Guayana envenaban sus flechas, y que ellos llamaban *ourari*, fué el inglés Sir Walter Raleigh en 1595. Los cronistas españoles lo llamaban *curare*. Este es un veneno activísimo y fatal cuando se introduce en la sangre, pero no hace ningun efecto en los intestinos. Causa una muerte sin sufrimiento por medio de la paralización de las pulsaciones del corazón, pero no entorpece la inteligencia. Pero sí con tiempo se ligan los miembros para que no pase la sangre en las arterias puede eliminarse por medio de la traspiración. Cuando el *curare* ha penetrado en un sitio del cuerpo que no puede ligarse aconsejan que se arranque con un cuchillo el pedazo de carne en donde ha penetrado el veneno. El famoso conquistador Alonso de Ojeda logró escapar con vida en el Golfo de Urabá, despues de haber sido herido, porque se hizo quemar el sitio con planchas calientes; pero nunca volvió á recuperar su salud cabal. Otros se lavaban con agua salada y á veces curaban.

Humboldt que presenció la *fiesta de las juvias*¹, durante la cual se confecciona el *curare*, dice que, segun le informaron los indios, el veneno no es sino el producto de una planta de la familia de las que producen la estriénina. Los viajeros Roulin y Boussingault aseguran lo mismo, pero Goudot y otros dicen que al jugo venenoso de la planta los aborígenes añaden cierta cantidad de veneno animal, á saber: de hormigas y de serpientes. Gumilla, en el « Orinoco Ilustrado », refiere que el *curare* es el producto de una raíz que crece dentro del cieno de las lagunas, sin salir nunca al aire; pero añade que, fuera de éste, los pobladores de los Llanos conocen muchos venenos que extraen de otras plantas, así como de las hormigas y las serpientes que abundan en los enmarañados bosques de las orillas de los ríos que riegan esas llanuras inmensísimas.

« Este veneno, dice el sabio Claudio Bernard hablando del *Curare*, servirá con el tiempo, de la misma manera que los demás venenos violentos, como remedio heroico, puesto que la acción *medicamentosa* no es en el fondo sino un envenenamiento parcial ».

1. Época en que los indígenas entraban á los bosques á cosechar los frutos del *almendrán*.

La verdad es que los aborígenes americanos poseen secretos de la naturaleza realmente sorprendentes, que los sabios no conocen aún, ni quizás conocerán jamás, pues estos indígenas prefieren morir más bien que revelar los secretos legados por sus antepasados, y muchos ya han olvidado á medida que se han ido extinguiendo las tribus.

Entre las altas Cordilleras y el río Apure viven hasta el día los indios *Tunebos*. Segun un buen Misionero que los visitó hace tres ó cuatro años, éstas tribus, errantes siempre, ocupan una extensión de territorio de no menos de 30 leguas cuadradas. Apesar de que no son de índole belicosa sino más bien apacible, no se ha logrado convertirlos al cristianismo, pues son muy adictos á las creencias de sus mayores. Adoran el Sol y no quieren admitir otra creencia, persiguiendo y aun matando á los que han intentado convertirlos. Sin embargo parece que aun recuerdan con gusto la época en que sus antepasados tenían misiones de Jesuitas en su territorio. Usan flechas envenenadas con curare, y como contraveneno se echan un grano de sal en la boca cuando temen ser flechados. Imitan con tanta perfección el grito de los animales de los bosques que los atraen para cazarlos. Hacen mucho uso de la *coca* y casi no toman otro alimento; se refocilan tomando como rapé el polvo que hacen con la corteza de un árbol que llaman *Yopo* (acacia-niopo), con el cual se embriagan hasta enfierecerse.

Habiendo notado — dicen ellos, — que el boa que tanto abunda en aquellas llanuras, después de haber devorado gran cantidad de alimento buscaba cierta hierba que le servía de digestivo, los indios descubrieron que la raíz de ella — que llaman *Mato*, — es un poderosísimo digestivo. Por este tenor el Misionero dice que tienen medicamentos sumamente eficaces, pero cuyo secreto no revelan al hombre blanco. Se ungen el cuerpo con una substancia de olor tan nauseabundo que dejan el rastro de hediondez en las veredas de los bosques y á lo lejos se sabe en dónde están acampados por la nube de cuervos que se cierne sobre ellos atraídos por el olor. Esto lo hacen aquellos desdichados naturales para escapar de la plaga de mosquitos que los atormentan, pues parece que solo así no se ceban sobre sus cuerpos desnudos¹. Se cree que aquellas tribus no cuentan menos de 20,000 almas.

Al lado de los *Tunebos* se encuentran los *Betoyes*. Estos cada día menguan más y más, embrutecidos por el uso inmoderado del licor que extraen de la palma, del cazabe y del maíz; otro tanto sucede con los *Yaruros*, famosos cazadores de tigres.

Los *Guaraones* metían los muertos en sus hamacas ó chinchorros

1. Véase « El Instituto » N.º 43. Bogotá, 23 de Septiembre de 1888. Artículo sin firma.

dentro de la corriente de los ríos, con el objeto de que los voraces peces Caribes devorasen la carne, y en seguida sacaban el esqueleto limpio, lo pintaban de rojo y lo guardaban.

Entre las supersticiones generales de todas aquellas tribus es el odio á los niños gemelos. Cuando alguna mujer daba á luz dos niños al mismo tiempo, mataban uno y procuraban que no se supiese que aquello había sucedido; lo mismo hacían con los niños débiles y los contrahechos. Por lo demás, los padres no aman á sus hijos sino cuando les sirven, y ésta observación es general también entre los descendientes de los Chibehas.

Pero antes de terminar este capítulo, quiero hablar de los indígenas de los *Andaquies*, que no moran en las llanuras que limitan á Colombia con el Brasil y el Ecuador sino en las agrias laderas de los Andes en las cuales nacen los ríos llamados Fraguas y los cuales alimentan al Caquetá y al Orteguaza.

Son los *Andaquies* mucho más inteligentes que los de los Llanos, menos rehacios á la civilización y están mucho menos embrutecidos por los vicios. Estos, dicen los que los han frecuentado, poseen secretos acerca de la virtud de las plantas silvestres de los bosques que habitan aun más estraños y sorprendentes que otras tribus. Pero tampoco los confían jamás á los blancos. Su amor á la independencia y á su libertad es tan grande que viven siempre alejados de los centros civilizados, y no bajan de sus montañas sino aguijoneados por motivos muy serios é importantes para ellos.

Se ha dicho que los *Andaquies* no son naturales de los lugares en que viven sino de las orillas del Magdalena y del Suaza, en donde estaban establecidos á la llegada de los Conquistadores. El lugar en que se dice que moraban los *Andaquies* es el llamado hoy San Agustín. Allí se encuentra entre la maleza gran número de ruinas extraordinarias de templos, estatuas colosales y adoratorios que atestiguan una civilización avanzadísima.

Apesar de lo que se ha dicho, no está probado que fueron los *Andaquies* los constructores de aquellos restos arquitectónicos y de esculturas gigantescas que allí se encuentran. Es posible que allí vivieran cuando llegaron á América los Europeos, pero no es probable que fueran ellos los constructores de esos edificios. Allí habitan hoy, en un pobre caserío unas pocas familias de descendientes de europeos y eso no prueba que ellos levantaron esos templos. Estos estaban ya en ruinas cuando llegaron los Europeos; y sin duda es obra de aquella raza misteriosa y extinguida que ha dejado su huella desde la América del Norte hasta la América del Sur, y cuya existencia y desaparición ha interesado tanto en los últimos cincuenta años á los sabios arqueólogos.

Si me he extendido tanto al hablar de los naturales de los Llanos, es porque acerca de los demás aborígenes de Colombia, unos han entrado ya en el girón de la civilización europea, otros no han dejado de sí sino el recuerdo, las tradiciones, las noticias que de ellos dieron los cronistas de la Conquista, — no siempre bien informados, — mientras que estos han conservado su fisionomía, sus costumbres y su modo de ser tal como los encontraron los Descubridores. En estos, pues, se puede estudiar al indígena americano y sacar en limpio su verdadero carácter bajo el punto de vista etnológico y filosófico.

En medio de su presente barbarie hay tribus que guardan ciertas costumbres artísticas que prueban una anterior y adelantada cultura. Los *Maipuros*, por ejemplo, tenían grandes alfarerías en las cuales fabricaban una loza muy fina, con dibujos griegos por adornos, y de formas elegantes parecidas á las antiguas ánforas egipcias.

Casi ninguna de estas tribus errantes tienen ídolos, sino que creen en un espíritu bueno que llamaban *Cachimana* y en uno malo *Jolikiamo*. Sin embargo tenían un culto muy extraño á una larga trompeta que llamaban *Botuto* por medio de la cual imploraban buena cacería y abundantes sementeras á las espíritus. Esta no era permitida que la tocara sino sus sacerdotes y era prohibido que las mujeres la viesan. Si alguna desdichada, por casualidad ó por malicia, fijaba sus ojos en el sagrado *botuto*, al punto la mataban.

Como los naturales de Nueva Holanda comen ciertas arañas muy gruesas, los indígenas de los Llanos (y aún hasta el día en las provincias del Norte de la República de Colombia), comen con delicia cierta clase de hormigas fritas en manteca.

Las lenguas que dominan en el Alto Orinoco — segun Humboldt, — desde la Esmeralda hasta el río Chirari, son la *idapaminari*, la *catarapena* y el *maquiritano*. En el resto de aquellos pueblos errantes hablan dialectos más ó menos corrompidos del *caribe* y del *maipuro*. La multitud de dialectos que cambian de tribu en tribu es una señal más de decadencia entre aquellas gentes cuya raza toca á su fin, y si entre los salvajes vemos la imagen de los primeros pobladores del mundo, también deberíamos ver en ellos la imagen de lo que serán las hoy cultas y civilizadas razas cuando por medio de la corrupción, los vicios, el materialismo y la negación de Dios y del alma humana, hayan vuelto á sumirse en la barbarie.

CAPÍTULO SÉPTIMO.

LOS INDÍGENAS DEL ACTUAL DEPARTAMENTO DEL TOLIMA, PARTE DEL DE CUNDINAMARCA, BOYACÁ Y SANTANDER.

El Departamento llamado hoy del Tolima, se compone de las antiguas Provincias de Mariquita y Neiva y de varios distritos de los territorios vecinos. Encierra una área de 477 miriámetros cuadrados. Su situación es la del centro mismo de Colombia, regado de Sur á Norte por el magnífico río Magdalena. Posée los climas más variados y los terrenos más fértiles, las preciosísimas minas de plata de *La Manta* y *Santana* — de las cuales se extraen 22,500,000 pesetas por año —¹, fuera de cuarenta más que se han descubierto últimamente, y que se explotan con buen éxito. Sus minas de oro son también riquísimas y las pocas que se explotan de las muchas que se conocen dan un rendimiento de más de millón y medio de pesetas por año y darían diez veces más si las trabajaran todas.

Los pobladores pré-colombinos del Tolima, como los del Cauca y de Antioquia, conocían las minas de oro y sabían la manera de beneficiarlas. Aquellos territorios estaban muy poblados por numerosas tribus que hablaban diversos dialectos si no eran de diferente origen.

Los que llamaron *Pantágoras* los Españoles habitaban las orillas del río Magdalena y se subdividían en varias tribus, a saber: los *Guazquias*, *Gualies*, en los cerros, los *Tamanaes*, *Marquetones* y *Guarinoes* en las márgenes de los ríos de las tierras cálidas². En las orillas del Guali vivían los *Hondas*, más arriba los *Guaguas*, los *Doimas*, los *Panchíguas*, los *Lambies*, los *Chapaimas*, y *Calamoimas*; los *Coyaimas*, y *Natagaemas*, y los *Teporoyes*, en las márgenes del río Saldaña.

Todos estos tenían más ó menos las mismas costumbres y el mismo

1. Véase *Las minas de oro y de plata de Colombia*, por D. Vicente Restrepo, antiguo ministro de Relaciones exteriores.

2. Piedrahita. « Historia general del Nuevo Reino de Granada ». Cap. II.

aspecto físico. Eran altos de cuerpo, fornidos, fuertes y tenían la cabeza aplastada desde en infancia artificialmente como hemos visto entre otras tribus americanas. No adoraban el sol ni la luna y no se les vío ídolo ninguno. Sus creencias eran muy extrañas y extravagantes.

Durante cierto número de lunas tenían como su *dios* á algun infeliz de quien se apoderaban con ese objeto — el cual no debería pertenecer á su tribu ni tampoco á otra que fuera enemiga. Aquel *dios* duraba recibiendo el culto de la tribu hasta la hora en que los sacerdotes decretaban su muerte. Matábanlo entonces, y, aun que eran antropófagos, á este no devoraban, pues ese *dios* debería ir intacto al otro mundo, y desde allí proteger eficazmente á la tribu que le habíá rendido culto.

Sus armas eran las lanzas, y las piedras que arrojaban sobre sus enemigos desde lo alto de los cerros en donde se guarecían².

Los *Timanaes* presentaron á la invasión española 10,000 guerreros bajo el mando de una *Señora* que los comandaba, pero fueron vencidos. En San Sebastián de la Plata moraban los feroces *Yalcones* y *Canebies*, y más lejos los *Apiramas*, *Guanacas* y *Pinaos*.

Los *Pijaos*, — á quienes los Españoles no pudieron reducir, sino exterminando á la mayor parte, — eran, de todos estos aborígenes, los más valientes, inquietos y esforzados. Moraban en toda la serranía que limita hoy los Departamentos del Tolima y del Cauca y eran bastante numerosos: 120,000 almas en la época de la Conquista.

La familia de los *Panches* se subdividía en muchas tribus que tomaban los nombres de los lugares en que moraban: se extendían desde las faldas de las cordilleras en las orillas del Bogotá y del Magdalena, y de allí pasando por *Guaduas*, *Villeta* y *Rionegro*, llegaban hasta las inmediaciones de *Pacho*.

Estos indígenas se alimentaban con carne humana, y las guerras que declaraban á sus vecinos eran con la intención de conseguir con qué sustentarse. Sobre los campos de batalla bebían la sangre de los muertos antes de que se enfriasen, y mataban á los prisioneros uno á uno para alimentar la tribu. Apesar de ser tan feroces, parece que los *Panches* eran bien conformados y mucho más valientes que sus vecinos los *Chibchas*, los cuales les tenían gran miedo. Rara vez sembraban sementeras; vivían del robo; usaban armas envenenadas: adoraban la Luna pero el Sol nó; no se casaban con mujer de su misma tribu por que la consideraban hermana, pero si una hija desus padres nacía en otro lugar, ya podían unirse á ella. Como entre todas las tribus bárbaras, las mujeres eran poco ó nada consideradas, así es que si el primer fruto de un matrimonio era una niña, en el acto la ma-

6. Piedrahita. « Historia general del Nuevo Reino de Granada ». Cap. II.

taban, y así lo hacían hasta que nacía un varón. Al nacer éste, ya no mataban á las hembras que nacieran despues.

Los *Panches* de pura raza se extinguieron pronto: la civilización era para ellos tan contraria que no podían vivir al lado de ella y mucho menos aceptarla. La que esto escribe alcanzó á conocer, siendo niña, en las cercanías de la ciudad de Guaduas, al último vástago de aquellos aborígenes: era una mujer alta, esbelta, de un color cobrizo más claro que el de los *Chibchas* de las altiplanicies, de ojos vivos y de aspecto mucho más inteligente que los indígenas que aun se conservan en Cundinamarca y Boyacá de raza *Chibcha*.

Los *Sutagaos*, *Sumapaces*, *Doas*, *Cundayes* que poblaban las agrias serranías de *Fusagasugá*, *Pasca*, *Pandi*, etc. eran probablemente de la misma raza, pero de más pequeña estatura; usaban armas envenenadas; obedecían ciegamente á sus mohanes y hechiceros; adoraban ídolos de barro, oro y madera, á quienes sacrificaban parte de los bienes robados; pero, dice Piedrahita, si acaso llegaban á tener algo propio, no lo daban á los ídolos, es decir á los sacerdotes.

Todas las orillas del Magdalena estaban pobladas por indígenas salvajes, desnudos y feroces: pero cuando lograban conseguir oro del que sacaban de la Cordillera del hoy Departamento del Tolima, se adornaban con él, pues del otro lado del Magdalena no habíá minas auríferas.

Al Norte del Imperio de los *Chibchas*, del cual hablaré despues, vivían las tribus de los *Guanes*, los *Agataes*, los *Chitareros*.

Eran los *Guanes* valientes é indomables como todos los aborígenes de las orillas del Magdalena, pero menos bárbaros, puesto que andaban parcialmente vestidos: eran más blancos que sus vecinos: sus mujeres más hermosas, bien formadas, menos embrutecidas que las de otras razas americanas, y tan inteligentes que pocos meses despues de haber invadido sus territorios los Españoles, ya aprendieron á hablar la lengua de los Conquistadores. Sin embargo estos, así como los *Agataes* fueron exterminados casi por completo desde el primer siglo de la Conquista. Tan enemigos fueron siempre de los invasores que nunca se domaron: los que no morían en las guerras se daban la muerte antes de rendirse, y los prisioneros no se domaban jamás. Tenían las armas usadas por todos estos naturales: macanas, arcos y flechas, y arrojaban piedras desde lo alto de los cerros sobre sus enemigos.

Los *Guanes* vivían en las inmediaciones del distrito de Velez, en Oiba, y Charalá, y por junto dicen los cronistas que poseían como treinta mil casas, habitadas cada una por una familia.

Los *Guanes* tenían por vecinos las indómitas tribus del cacique *Macaregua* las del de *Sacrerque*, *Bocaré*, *Siscota*, *Choaquete*, *Cotisto*, *Carahete*, *Sancoteo*, *Cupianata*, *Sespainata*, *Surgla*, *Bocare*, *Gujaite*, *Cotisco*, *Caraota*, *Usamaea*, *Tiquitoque*, *Capa* y *Chebere*.

En los contornos de Pamplona vivían los *Condermendos*, *Chitagás*, *Bolegras* y *Cácotas*¹.

Los *Chitareros* fueron fácilmente domados por los Españoles, por ser estos, dice Acosta, los indígenas de más blanda índole de cuantos se hallaron en la Nueva Granada.

Los *Laches* moraban entre el río Sogamoso y Tunja. Eran tan amantes de combates que hasta muchos años despues de su completo sometimiento á los Españoles, aún conservaban ciertas costumbres belicosas; á veces salían á los campos por parcialidades y ataviados con plumajes luchaban unos con otros á puñadas hasta medio matarse. Estos juegos bélicos que llamaban Momas los entretenían tanto que los Gobernantes españoles se veían obligados á permitirlo para tenerlos contentos.

Tenían los *Laches* la curiosa creencia de que todos los hombres al morir se convertían en *pedras*, así es que tenían culto á las piedras, por que pensaban que todos habían sido hombres alguna vez. Decían que al fin de los tiempos las piedras se convertirían nuevamente en hombres. Adoraban su propia sombra por que la consideraban como su diostutelar, dios que el Sol les prestaba durante el día y la Luna durante la noche.

Los *Muzos*, que vivían en las serranías en donde se encuentran las minas de esmeralda consideradas como las más bellas del mundo, eran hombres fuertes, valientes y guerreros. Usaban flechas y pías envenenadas que enterraban en las veredas que conducían á sus pueblos. Eran tan independientes que no obedecían á ningun Señor, sino en tiempo de guerra cuando pedían consejo á los ancianos de la tribu, y les obedecían. Sus nombres patronímicos eran tomados de las plantas y de los árboles de los bosques; embalsamaban á los muertos con cierto betún aromático, despues de tostarlos delante del fuego; sus adoratorios se hallaban en dos peñascos que se encuentran á uno y otro lado del río Minero², llamado el uno *Fura* (mujer) y el otro *Tena* (marido). Decían los *Muzos* que ellos no eran oriundos de aquellas tierras, sino de las orillas del río Magdalena, en donde había formado á sus antepasados una sombra que llamaban *Are*. Esta sombra se reclinó una vez sobre la corriente del río y se entretuvo en formar rostros de hombres y mujeres con las arenas de la ribera y arrojarlos al agua, en donde se convertían en hombres y mujeres. Esta raza desapareció también á poco de haber llegado los Españoles a América, pues, como los *Guanes* y los *Agataes* preferían la muerte á

1. Véase « Tribus que habitaban el territorio colombiano » por E. Restrepo T. « Revista Literaria », página 120.

2. Se elevan á 1236 metros sobre el nivel del mar.

la civilización, y los que no murieron combatiendo por su independencia se suicidaron hasta que no quedó ninguno.

Los *Colimas*, que habitaban el Distrito de la Palma y eran vecinos de los *Panches*, hablaban así como los *Caparrapies*¹, una lengua diferente de la de los *Muzos*, que lindaban con ellos hácia el Norte. Tenían la tradición de que habían llegado con los *Muzos* de la banda opuesta del Magdalena, y se habían establecido allí á despecho de los *Chibchas* que imperaban cerca de ellos. Estos los habían apellidado *Colimas*, lo que en su lengua significaba *cruel*, *sanguinario*.

Los *Yaregutes* moraban entre el río Sogamoso y el Opón, y las tribus se dividían en muchos lugares y tomaban el nombre de los sitios en donde habitaban.

1. *Caparrapi* significaba en su lengua *habitantes de los barrancos*, y efectivamente no hay sitio en el mundo más escarpado que aquel.

CAPÍTULO OCTAVO.

EL IMPERIO DE LOS CHIBCHAS.

Bajo el punto de vista geológico, el llamado Nuevo-Mundo es el continente más antiguo de todos y hay quien crea que la primera civilización del mundo tuvo su cuna, no en Asia, no en las orillas del Mediterráneo, sino en la América Central, puesto que allí se han encontrado restos de monumentos extraordinarios cuyo origen se ignora, y que tal parecen como si existieran desde antes del Diluvio Universal. Pero esta hipótesis no puede ser aceptada por el que crea con fe verdadera en los Libros Sagrados de nuestra Santa Religión. Además es casi un absurdo dar una opinión fundada en hechos que tuvieron lugar hace millares de años.

Sin embargo parece ya cosa probada que en épocas remotísimas la América estaba probablemente unida al Asia por un lado y á Europa por el otro. Espantosos cataclismos la separaron después; hundieron bajo el Oceano el continente que se extendía al Oriente, desde México hasta cerca de Europa, convirtiendo las cimas de sus cordilleras en las islas que hoy llamamos de las Antillas, y sumergiendo por completo la famosa Atlántida de que hablan tantas tradiciones griegas y egipcias. Sea entonces ó en otra época, desaparecieron también en la mar los territorios que demoraban desde América hasta el Japón, dejando empero su huella en las innumerables islillas que forman como una cadena entre uno y otro continente.

¿Qué fué de los primeros habitantes de América en esa época de prueba? ¿Quién lo podrá decir jamás? Lo único que se presume es que la raza que habitaba el Mundo de Colón antiguamente era diferente de la multitud de diversísimas tribus que encontraron allí los primeros Deseubridores españoles. La prueba de ello es patente, pues desde Norte América los *Mound-Builders* y los *Cliff-Dwellers* hasta los que edificaron la multitud de ciudades que cubren con sus ruinas á Centro América y los que fueron dejando edificios estupendos á lo largo de Sur América, todos esos arquitectos extraordinarios ya habían desaparecido cuando Colón arribó á América.

¿Acaso los que fabricaron esos monumentos gigantescos fueron los mismos que estamparon su historia en jeroglíficos rojos ó negros sobre las rocas que se hallan esparcidas en toda América? Tampoco se sabe, pero no parece aquello probable, puesto que esos jeroglíficos no se parecen en nada á los diseños y cifras que se encuentran en los monumentos de las ciudades ruinosas de que nos hemos ocupado. ¡Misterio, misterio; aquí todo es extraño y desconocido! Además aquellos que han hecho estudios comparativos serios acerca de la arquitectura de las ruinas americanas y las de Egipto y Siria han encontrado que estas en nada se parecen á los antiguos monumentos del otro continente. Pero sí se ha notado que las ruinas de Centro América se asemejan en mucho á las de la India y el Japón, apesar de que no son iguales.

Otro tanto sucede con la apariencia física y las lenguas de los aborígenes de América en la época del Descubrimiento. ¡Cosa rara! Los Chibchas, — que habitaban las cúspides de lejanas altiplanicies Andinas, separadas del Oceano Pacífico por inmensos territorios, — son sin embargo por su aspecto físico y por su lengua los que más se asemejan á los Japoneses, entre los americanos. Un sabio francés que escribió varios folletos sobre este asunto, M. de Paravey, cuyas obras no hemos visto citadas entre los autores que han consultado con tanto provecho los modernos americanistas, demuestra esta verdad en un folleto escrito hace más de cincuenta años¹.

M. de Paravey se refiere á la lengua *chibcha* y la compara á la china y japonesa. Ya Humboldt había notado esa analogía rara y se había ocupado de ello. M. de Paravey presenta un curioso cuadro comparativo entre aquellas lenguas asiáticas y la *chibcha*, del cual vamos a entresacar unas pocas palabras. *Zaque*, Señor en Chibcha puede compararse á *Seike* (Gobernador) en Japonés. *Zipa* (Jefe) en chibcha puede venir de *Pa* (Virey) en chino. *Sugamuxi* (la ciudad sagrada de los Chibchas) se parece á *Sagamí*, una provincia japonesa. *Iracá* en chibcha se puede traducir de *gos-IRACA*, *-ivan-yn*, un Rey del Japón. *Funza* (un río de la sabana de Bogota que formaba grandes lodazales) puede venir de *Fun* ó *Foun* que en chino significa lodo ó lago barrialoso. *Bochíca* (el Legislador ó dios Chibcha), de *Fo* y *Che-Kia*, el célebre fundador del *budismo*. *Cha* (hombre en chibcha) de *sa*, hombre en chino. *Fa*, semillas, cosecha en chibcha de *Fa*, campos cultivados en japonés. Día tercero es *Mí-ca* en chibcha y *Mí-Ka* en japonés. Día quinto es *Illís-ca* en chibcha y *Ito-Ka* en japonés, etc. Sería largo transcribir aquí todos los nombres comparados que cita M. de Paravey y que se encuentran semejantes en ambas lenguas.

1. Mémoire de M. de Paravey sur l'origine des peuples du plateau de Bogotá. Paris, 1835.

De todo esto resulta que los chibchas fueron originalmente una colonia asiática, la cual de etapa en etapa, perseguida por otras tribus, fué internándose por aquellas tierras, cruzando ríos, penetrando por bosques vírgenes, trasmontando cordilleras hasta ir á parar á las altiplanicies andinas, en donde se estableció definitivamente llevando consigo vagos recuerdos de la lengua de sus antepasados.

Aunque mucho menos adelantado en civilización que los Mexicanos y los Peruanos, á la llegada de los Españoles el Imperio chibcha era el tercero en cultura de toda América, despues de aquellos. Comprendía, dice Acosta, las altiplanicies de Bogotá y de Funza, los valles de Fusagasugá, Pacho, Cáqueza, Ubaque, Chipaque, Tenza; todo el territorio de los cantones de Ubaté, Chiquinquirá, Moniquirá, Leyva, Santa Rosa, Sogamoso, hasta lo más alto de la Cordillera, de donde se divisan los Llanos de Casanare. Su longitud sería como de 45 leguas y su anchura de doce á quince, con una superficie de algo más de seiscientas leguas cuadradas. Todo aquel territorio estaba densamente poblado: había dos mil habitantes por cada legua cuadrada. Allí gozaban de un clima frío en unas partes, templado en otras y sano en todas partes. Rodeábanlos hordas de indígenas más ó menos salvajes, los cuales ya hemos visto, y con los cuales guerreaban casi siempre, pero en épocas de paz celebraban ferias muy concurridas en las cuales cambiaban los frutos de tierra fría por los de las tierras ardientes, y se hacían á las esmeraldas que les llevaban los Muzos, y el oro que negociaban los aborígenes del Norte y los de las orillas de los ríos que acarrearán este metal.

Según la tradición de los Chibchas, catorce siglos antes de la llegada de los Españoles á la sabana de Bogotá, los habitantes de todas estas tierras estaban sumidos en la más completa barbarie; como las tribus circunvecinas andaban desnudos; no tenían idea de ninguna arte, carecían de todo culto y eran verdaderos salvajes. Pero de improviso llegó entre ellos un hombre maravilloso que todo lo sabía, y empezó á predicar por todos los campos; los atrajo, los domó con dulces y sabias enseñanzas y los fué civilizando paulatinamente. Este hombre benéfico, decían, llevaba la cabellera larga atada con una cinta; vestía una túnica larga sobre la cual caía un manto que ataba sobre el hombro. Era este el mismo vestido que usaban los Chibchas cuando llegaron los Españoles. *Nemperequetiva*, ó *Xue* ó *Chinzapagua* ó *Bochica*, que todos estos nombres le daban los Chibchas, les enseñó á hilar el algodón y después á tejerlo en telares, á labrar la tierra y sembrar en las épocas convenientes: á levantar casas de madera abrigadas, cubiertas con paja y de una forma cónica; á fabricar esteras de esparto, á hacer toscos bancos y barbacoas para

acostarse; á ponerle cerraduras de palo á las puertas de madera; á trabajar las minas de sal; á labrar el oro que les llevaban de otros territorios, etc. Fundó las ferias que ponían á los pueblos en comunicación los unos con los otros; pero aun mejor que todo esto fueron las leyes que les dejó, la legislación completa y fija que debería enseñarles á regirse en todo tiempo; legislación que obedecían los Chibchas ciegamente cuando los cristianos invadieron el Imperio.

Concluida su obra de cultura Nemperequetiva, decía la tradición, desapareció en Sogamoso ó Sugamuxi, dejando en su lugar un Sumo Sacerdote que debería en adelante reemplazarle en el Gobierno religioso de aquel pueblo.

El pueblo Chibcha, decían, fué muy feliz mientras que conservó intacta la enseñanza de su Legislador, que representaba el bien y la moral; pero á poco se presentó en aquellas tierras una mujer que llamaron *Chia* ó *Yubecuyguay* ó *Heytháca*, la cual llevaba en sus brazos á un niño; esta enseñó una doctrina diametralmente diferente de la del Bochica, con ella corrompió al pueblo, y además produjo una espantosa inundación que cubrió la sabana de Bogotá y la convirtió en un lago, dentro del cual perecieron muchas poblaciones. Invocaron entonces al Bochica; este se presentó de nuevo; levantó el bordón que llevaba en la mano, tocó las aguas con él, las obligó á encajonarse; abrieronse dos cerros en seguida por en medio de los cuales se arrojaron las aguas, formando el magnífico salto llamado hoy de *Tequendama*. Salvadas las poblaciones de perecer todas ahogadas, el buen Legislador convirtió el cuerpo de la mujer funesta en lechuga y mandó su alma al cielo, en donde de noche tiene licencia de mirar á su pueblo. *Chia* significa luna en lengua chibcha.

Los Chibchas creían en la inmortalidad del alma; en un juicio final, cuando concluyeran los tiempos; en la resurrección de los muertos; en un Diluvio universal. Decían que el creador de todo el universo, á quien llamaban *Chiminiquagua* (grandeza) había formado el Sol (*Zuhé*) para alumbrar el mundo. A éste adoraban y le ofrecían sacrificios humanos. Cada cierto tiempo le inmolaban un joven inocente, criado en el templo, sin comunicación con el mundo. Adoraban también algunos cerros, ríos, lagunas y árboles corpulentos; tenían ídolos de oro, plata, esmeraldas, madera, en figura humana y de sol, luna, etc. Los Sacerdotes (*Jeques*) vivían en los templos, que eran especie de conventos; les era prohibido casarse; comían y dormían poco; se alimentaban casi por completo mascando *coca*, cuyas hojas les servían también para sahumar sus ídolos. En ciertas épocas se presentaban los indios en los templos á ofrecer sacrificios á sus dioses. Para ese caso tenían que ir en ayunas, pero se desquitaban ampliamente al regresar á sus casas, por qué entonces convidaban á sus

amigos á comer, á beber y aquellos banquetes se convertían en ruidosísimas bacanales.

El Gran Sacerdote, el representante del Bochica en la tierra, vivía en el gran templo de Sogamoso ó Sugamuix. Era éste tan respetado y acatado por todos los Chibchas, que los principales Señores, el Zaque, que reinaba en Tunja, como el Zipa de Bogotá, no podían emprender una guerra ó empresa importante sin pedirle licencia.

Dijeron los primeros Españoles que llegaron á Sogamoso que el templo del Sumo Sacerdote (Iracá) era muy grande y muy rico, pero los Conquistadores no alcanzaron á verle porque fue reducido á cenizas ántes de que lograsen entrar á él. Sin duda este no debió tener ningún mérito arquitectónico, puesto que los Chibchas no sabían construir edificios de piedra.

En los templos se hacían los matrimonios: aquella ceremonia era poco complicada; bastaba que el indio que quería desposarse se presentase delante de los Sacerdotes con la mujer que había escogido. Pero esto no lo hacían sino con la primera mujer: después podían llevar á su casa á cuantas quisieran sin dar parte á nadie.

Los Chibchas celebraban muchas fiestas religiosas: las cuales servían de pretexto para disfrasarse de animales, embriagarse, danzar y cantar. Iban en peregrinación á aquellos lugares en donde decía la tradición que había habitado su primer Legislador. Entre éstos había una calzada de cien leguas de larga, por la cual había partido Nemte-requeteva después de haberles dejado sus benéficas leyes¹.

El poblado más importante era el de Funza ó Bogotá, en donde

1. Cada laguna tenía su tradición, y las peregrinaciones á estos santuarios eran muy comunes entre los Chibchas.

« El cacique de Gualavita hacía cada año un sacrificio solemne, que por su singularidad contribuyó á dar celebridad á esta laguna aún en los países más lejanos, y que fué el origen de la creencia del Dorado, en cuya solicitud se emplearon tantos años y caudales. El día señalado se untaba el cuerpo de trementina y luego se revolcaba en oro en polvo. Así dorado y resplandeciente, entraba en las balsas rodeado de los Xequés, y en medio de la música y cantos de la inmensa multitud de gentes que cubrían las laderas que rodean la laguna en forma de anfiteatro. Llegado al centro depositaba el cacique las ofrendas de oro, esmeraldas y diversos objetos preciosos, y él mismo se arrojaba á las aguas para bañarse. En este momento sobre todo resonaban las montañas vecinas con los aplausos del pueblo. Terminada la ceremonia religiosa comenzaban las danzas, cantos, borrachera. En estos cantos monótonos y acompasados, se repetía siempre la historia antigua del país y cuanto sabían de sus dioses, de sus héroes, batallas y otros acaecimientos memorables que se transmitían así de generación en generación. En las puertas de los cercados de los caciques, que siempre presidían á las fiestas como á todas las funciones públicas, se mantenían, mientras que ellas duraban, dos Indios viejos desnudos, uno de cada lado, tocando chirimía que es un instrumento triste y desapacible, y cubiertos solamente con una red de pescar ó atarraya, que entre estos Indios era el símbolo de la muerte, porque decían que no debía perderse ésta de vista, sobre todo en tiempo de fiestas y regocijos. Había además carreras y apuestas entre los jóvenes, premiando el cacique á los más ágiles y ligeros ». — Acosta. Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada. — P. 199.

vivía el Zipa; contaba 20,000 casas muy aseadas y redondas, cubiertas de paja y rematadas en punta, siendo particularmente hermosa la del Señor. Allí tenía un harén de 200 mujeres que vivían con todo el lujo á que podían llegar sus sencillísimas costumbres, y este consistía en finas y vistosas mantas de algodón y esteras labradas con primor. Adornaban sus recámaras con ídolos de oro, plata y esmeraldas y cubrían sus brazos y cuello con sartaes de cuentas de los mismos metales y piedras.

Como en casi todas las tribus americanas, la corona del Zipa no la heredaba el hijo sino el sobrino, hijo de la hermana. A éste le criaban desde niño á la sombra del templo y no le permitían que viera el sol, ni era licito que se alimentara sino de ciertos manjares que mandaba la ley. A su mayor edad lo colocaban como Señor (*Usaque*) de Chia, que era el más importante después del de Funza. Apesar de que el gobierno de los Zipas era el más pacífico y humano de todos cuantos se vieron en América, sus súbditos no podían verle la cara jamás. Cuando salía era llevado en andas y cargado por los Señores de su corte, y entonces todos debían cubrirse los ojos para no verle pasar.

Fuera de su gran casa en Funza ó Bogotá, el Zipa poseía varias casas de campo en donde pasaba temporadas. Una de estas se hallaba en el risueño sitio en que después se fundó la ciudad de Santa Fe de Bogotá, hoy Capital de Colombia con una población de más de cien mil habitantes.

Las leyes de los Chibchas eran una curiosa mezcla de barbarie y de cultura. Por ejemplo, se castigaba al ladrón unas veces con la deshonra propia y la de sus hijos y otras le privaban de la vista, quemándole los ojos por medio del fuego. Había ciertos crímenes que castigaban obligando al delincuente á mirar la cara del Zipa, cuya consecuencia era no poder en adelante alternar con sus semejantes. El asesino pagaba la vida ajena con la suya propia; al embustero se castigaba con azotes; el que deshonraba una mujer recibía severos castigos, y al cobarde le vestían de mujer. En fin para todos los crímenes, para todas las faltas, tenían en su legislación señalado un castigo proporcionado al delito.

Los Señores Chibchas tenían organizada una milicia disciplinada, y cuando durante un combate alguno abandonaba su puesto, sabía perfectamente que en seguida recibiría la muerte.

Las leyes de los Zagues, que imperaban en Tunja ó Hunzá eran iguales á las de los Zipas. Estos delegaban su Gobierno á ciertos Señores subalternos que llamaban *Usaques*, los cuales estaban sometidos al Zipa ó al Zaque, pero sus cargos eran hereditarios, salvo que cometieran algún crimen, alguna mala acción ó que desatendiese las órdenes superiores.

El día en que se coronaba el Zipa ó el Zaque, ciertos *Jeques* (Sacerdotes) empezaban á cavar la tumba en que debería ser enterrado, siempre en algun lugar oculto que todos ignorasen, pues cuando moría el Señor le enterraban con gran parte de sus tesoros y era preciso conservar el secreto para que no fuese profanada la sepultura. El luto se guardaba vistiéndose con mantas de color rojo y tiñéndose la cara con *achiote*.

Ya hemos visto como se vestían los hombres, imitando el traje del Bochica; las mujeres se envolvían de la cintura hasta los piés en una manta que llamaban *chircate* (y hasta hace pocos años aun se veían en los mercados de las ciudades mujeres así ataviadas); esta manta las ceñía el cuerpo y la ataban con una ancha faja de algodón que llamaban *chumbe* ó *maure*. Cubrían los hombros y las espaldas con una *liquira* (manta pequeña), prendida con un alfiler de oro ó plata que llamaban *topo*. Tanto los hombres como las mujeres se ponían brazaletes y tobilleras de piedras y huesos formando sartales; en la nariz colgabanse medias lunas de oro y plata, así como de las orejas. Llevaban el cabello derramado sobre la espalda; y, como los antiguos reyes merovingios, se consideraba deshonra el que les cortasen los cabellos y aquel era uno de los castigos que más temían.

Las armas de los chibchas, nunca envenenadas como las de las naciones vecinas, eran hondas, macanas, dardos pequeños, que disparaban con un arco de forma particular.

Aunque los chibchas no tenían jeroglíficos sí poseían piedras grabadas que les servían de calendarios, los cuales supo descifrar y explicar con gran lucidez un sabio arqueólogo, humilde Cura de una aldea de las inmediaciones de Bogotá á fines del siglo pasado. En la época de la llegada de los Españoles á los Andes, los Chibchas no quisieron explicar el significado de sus piedras grabadas; después los indígenas olvidaron sus tradiciones, y el Doctor Duquesne tuvo que descubrir por sí solo el significado del calendario Chibcha. En estas explicaciones se fundó el Barón de Humboldt cuando habló de los conocimientos astronómicos de este pueblo semi-civilizado.

He aquí un corto resumen de la Memoria curiosísima del Doctor Duquesne. Los Chibchas, dice, contaban por los dedos; tienen nombres para los diez de las manos y después para los de los piés, anteponiendo á estos la palabra *Quichicha*, que significa pié. De aquella manera contaban de 20 en 20. El año era de 20 lunas y el siglo de 20 años. La semana era de tres días y estaba señalado el día de fiesta por un mercado que tenía lugar cada cuatro días; costumbre que aún se observa en el mercado de la ciudad de Zipaquerá, célebre desde antes de la llegada de los Españoles por las minas de sal que allí se encuentran.

Entre sus dioses los Chibchas adoraban al sapo, el cual señalan en sus calendarios en diferentes posturas, á saber: en acción de saltar significaba la entrada del año, y con cola ó sin ella, con patas ó no, significaba las diferentes épocas del año y las estaciones propias para las siembras ó la cosechas.

Estudiaban particularmente las faces de la luna; le rendían especial culto y todo lo hacían redondo como ella; sus casas, sus sementeras, sus cercados.

En la Memoria del Doctor Duquesne se encuentran muchas curiosas noticias acerca de las creencias, las costumbres y los conocimientos de los Chibchas; sería demasiado largo mencionarlas todas, aquí pero señalamos al que desee estudiar la materia que busque dicha Memoria en el « Compendio histórico » de Acosta, obra que varias veces hemos citado en este escrito.

Apesar de la vida bastante arreglada que llevaban los Chibchas, de lo numerosos que eran, de los ejércitos con que contaban sus Gobernantes, eran aquellos desdichados tan timoratos y de ánimo tan apocado que cuando llegó en medio de ellos Gonzalo Jiménez de Quesada á la cabeza de ciento sesenta hombres armados y acaballo, las tropas indígenas, que se consideraban aguerridas en los combates con sus vecinos, se convirtieron en humo, y *Zaques*, *Zipas*, *Usaques*, *Jeques*, todos cayeron postrados junto con sus subditos á los piés de los Conquistadores españoles!

Paris, Agosto de 1892.

FIN.

MEMORIA
SOBRE EL ESTABLECIMIENTO DE HEBREOS
EN EL
DEPARTAMENTO DE ANTIÓQUIA
(COLOMBIA)

Memoria presentada al Congreso IX de Americanistas, en Huelva. 1892.

INTRODUCCIÓN

Quizás se me tildará de presuntuosa por demás si vengo hoy á tratar de explicar un enigma, una cuestión etnológica que tantos escritores colombianos no han podido probar, que los historiadores no han dado luz ninguna sobre el problema, y que gran número de hombres cuerdos han tenido que dejar de ocuparse de ello por carecer absolutamente de datos fidedignos.

Me refiero á la manera como fueron á establecerse Hebreos á una colonia española, á despecho y sin conocimiento de los Gobernantes.

Pero antes de entrar de lleno en el asunto me veo en la necesidad absoluta de tratar aquí del pasado histórico de los Hebreos en Europa y sobre todo en España, sin lo cual quizá no se comprendería bien la tesis que quiero probar. Sin embargo haré todo esfuerzo para que esta introducción sea lo más corta posible.

Nadie ignora de qué manera se cumplieron las predicciones de N. S. Jesucristo con respecto de quel pueblo, y como fué éste perseguido, maltratado, arruinado y por último dispersado por el mundo entero. Todos sabemos que desde entonces hasta la época presente los Judios vagan sin descanso, y son más ó menos odiados y perseguidos en todos los países del mundo. Pero ¡ cosa rara ! si se han visto vilipendiados, despreciados y vejados mientras que han conservado su religión, una vez que entran en la corriente de los demás pueblos, una vez que se amalgaman á ellos haciendose cristianos, aunque siempre conserven las familias de origen judaico ciertos razgos característicos de su raza, en el trascurso de los tiempos se olvidan del motivo que han tenido para conservar aquellas señales hereditarias é indelebles siempre.

Segun lo rezan algunas tradiciones, los judios de España se habían radicado allí mucho antes de la era cristiana. Dícese que gran número de Hebreos se establecieron en la península hispánica seis

siglos ántes de la venida de Jesucristo, y que á ellos se debe la fundación de muchas ciudades antiguas, como Toledo, Sevilla y otras.

La crítica histórica moderna rechaza estas leyendas, así como aquello de que el nombre de Toledo le viene de la palabra hebrea *toledot*, que significa generación. Pero suele la crítica negar hechos que, así como pueden no haber sucedido, también es posible que en el fondo sean verídicos. Por otra parte nos preguntamos ¿qué objeto hay en arrancar de las páginas de la Historia ciertas relaciones y leyendas que la embellecen y la hacen amena y agradable, cuando no se ha hallado nada claro en contra? ¿Para qué despojarla de todo lo que puede agradar para presentarnosla desnuda, desprovista de toda gala y en un mundo helado y aridísimo?

Como nadie podrá jamás aclarar perfectamente esos puntos oscuros, mientras que se conserven los anales del pasado habrá quien niegue lo que no esté probado con documentos auténticos, y quien se agarre de las tradiciones para creer en ellas á pié llano.

Acercas de la llegada de los Judios á España solo se encuentran algunas noticias históricas en la Geografía del griego Estrabón, quien afirma que gran número de ellos pasaron la mar, después de la toma de Jerusalem por Tito y mientras que unos se establecían en Italia, otros se radicaban en la península ibérica.

Lo cierto es que cuando los Godos invadieron á España ya los Judios eran dueños de las riquezas de los habitantes allí establecidos, y aunque recibieron á los *Bárbaros* con señales de contento estos los miraron mal y los obligaron á vivir apartados de los cristianos en las *Juderías* que mandaron establecer en todas las ciudades. En breve los Hebreos se hicieron dueños de las riquezas de los invasores por medio de la usura, negocio favorito de la raza, y en el siglo VII eran ya odiados no solamente porque en sus manos estaban todas las fortunas del país, sino porque se propagaban tanto que los Godos temieron que los sobrepujasen en la población, y acabasen por ser más poderosos que ellos.

Con aquel motivo el rey Sisebuto mandó bautizar por la fuerza á todos los hijos de los Judios que aun estuvieran en la infancia, y obligó á los adultos á que recibiesen instrucciones sobre la fe cristiana. Enfurecidos los Hebreos con edicto tan tiránico se sublevaron en masa, pero fueron derrotados, y los cristianos se apoderaron de todos sus bienes. Para evitar el desastre muchos judios se declararon cristianos, mientras que los demás eran expulsados de la parte de España en que imperaba Sisebuto.

San Isidoro en sus « Crónicas » acusa á Sisebuto por su inhumanidad con los Judios, y no se sorprende de que aquellos nuevos y

violentados cristianos volviesen en breve la espalda á sus creencias y confesasen otra vez su antigua religión.

De allí para adelante la situación de los hebreos en España fué durísima, casi insoportable. Así fué que sin cesar conspiraban contra sus opresores, y si estos los trataban mal, los Judios que son propensos á la venganza, con sus maquinaciones lograron al fin, en el siglo VIII, abrir el camino á los Arabes para que invadiesen la Península.

La subsiguiente dominación árabe en España fué la Edad de Oro de los Judios. Los africanos los estimaban altamente y los trataban como hermanos, como lo eran en realidad ¿no son los unos descendientes de Isaac, los otros de Ismael, y ambos de Abraham?

Como los Arabes y los Españoles de raza goda ocupaban la mayor parte de su tiempo en guerrerar los unos contra los otros, los hebreos, enemigos de las revueltas públicas y ocupados nada más que en allegar dinero, se hicieron riquísimos, y con el tiempo hubieran sido una potencia en España; pero á medida que los Españoles recuperaban una á una las ciudades invadidas por los Africanos, los Judios perdían su preponderancia, se veían despojados de sus bienes y arruinados. El guerrero español, que no sabía trabajar, vivía de la labor de los Judios, los cuales veían que se les arrebatában los frutos de su industria á medida que los ganaban.

A más de la perspicacia y maravillosa disposición para los negocios que distingue á los hebreos, como son por lo general sobrios, económicos y de costumbres severas, no desperdician nunca sus caudales y los acumulan sin cesar; así es que en España durante la Edad Media, á despecho de las depredaciones de sus enemigos y las incessantes persecuciones de los Gobiernos, ellos reunían grandes tesoros de toda especie.

No solamente eran los Judios ricos en bienes materiales sino que lo eran también en los mentales. Mientras que los descendientes de los Godos desdeñaban la instrucción y solo apreciaban el valor personal y el honor del nombre, los hebreos estudiaban las ciencias y eran los maestros más hábiles en todas las industrias (aunque nunca han sido artistas estéticos). Como entre los Judios se encontraban los mejores médicos y los contabilistas más hábiles, los Reyes y los Principes se veían en la necesidad de emplearlos en altos puestos de su Corte. Como médicos no había quien los igualase en el mundo, y si hubiéramos de creer los anales de aquellos tiempos, las curaciones que hacían eran mucho más maravillosas que las de nuestros sabios del presente siglo tan adelantado, y á pesar de los nuevos descubrimientos que se hacen sin cesar en todos los reinos de la Naturaleza.

Como hacenditas los hebreos eran los únicos capaces de adminis-

trar el tesoro público, y arreglar las obscuras cuentas que presentaban los Capitanes y guerreros, los cuales solo entendían el arte de librar batallas, siendo completamente ignorantes en todo lo demás.

En pago de los servicios que solían hacer á los Príncipes cristianos los hebreos arrancaban á sus opresores permiso para levantar sinagogas y ejercer libremente sus industrias. Pero esas épocas bonacibles eran siempre cortas y precarias, y las interrumpían otras de persecución y de saqueos, después de las cuales los desventurados hijos de Israel quedaban postrados y en la miseria. Aquello sin embargo no los amilanaba ni abatía; con renacientes bríos emprendían otra vez sus labores, y en breve tiempo recuperaban cuanto habían perdido, y se multiplicaban y florecían con asombrosa celeridad.

La población más querida de los hebreos de España era Toledo, y sin duda hubiera esta acabado por pertenecerles por completo si al principio del siglo XV la voz inspirada de San Vicente Ferrer no convirtiese á la mayor parte de la población hebrea de aquella ciudad.

A mediados del siglo XV quedaban en España, dicen las crónicas, cuatro millones de Judios; se les encontraba en todas las poblaciones y se multiplicaban sin cesar; las riquezas públicas y privadas estaban en sus manos así como todos los caudales, todas las industrias. Alarmáronse los cristianos, como sucede actualmente en Rusia, en Polonia, en Francia, y en otras partes de Europa; y entonces (como ahora) se trató de buscar algún medio para defenderse de su crecimiento y prosperidad, la cual era siempre en sentido inverso á la de los nacionales. Mientras más florecían los Judios, más menguaban los españoles. A fines del siglo XV redoblaron las persecuciones contra los Hebreos, y menudeaban los Decretos y las Ordenanzas contra la absorbente raza de Israel. Pero todo era inútil: la influencia de estos no menguaba; las fortunas que habían acumulado eran inmensas; el odio, la envidia, la emulación y el sentimiento mismo de la conservación á todo trance y la lucha por la vida, armó con mayor empeño que nunca la mano de los Gobernantes cristianos. Las persecuciones llegaron á tal extremo que los industrioses y pacíficos hebreos no gozaban á ninguna hora de paz. No sabiendo como ocultarse á la vista de sus enemigos, encubrían su dinero en las entrañas de la tierra y sus ricas galas y joyas bajo los más ruines harapos; vivían como por milagro en medio de un pueblo que sin cesar los escarnecía, maltrataba y aborrecía, hasta saquear sus casas y almacenes con el menor pretexto y castigarlos con la muerte por la falta más leve.

No es pues de extrañarse que desesperadas algunas familias de raza judaica, que, apesar de conservar su fortuna no se atrevían á gozar de las más necesarias comodidades de la vida, empezaran, — desde 1481, — á salir, á emigrar de España. Llevaronse algunos sus

haberes, mientras que otros dejaban enterrados sus tesoros creyendo, con sobrada razón, que ganaban lo suficiente con salvar la vida; tanto más cuanto que bien sabían ellos que en cualquier otro país en breve allegarían una fortuna igual ó quizás mayor que la que abandonaban.

En 1492, y en los momentos en que Cristóbal Colón se preparaba para salir á descubrir el Nuevo Mundo, los Reyes Católicos firmaban un Decreto por el cual expulsaban de sus Reinos á todo Judio que no se hubiese convertido al catolicismo en el término de cuatro meses, contados desde la fecha de la Orden real¹.

Como se pensó que gran número de Judios preferirían confesar la fe católica más bien que expatriarse, como había sucedido otras veces, acudió inmediatamente el clero católico á instruirlos en la Religion de Cristo. Formando Misiones recorrían las poblaciones en que habitaban Judios, y por todos los medios posibles, con halagos ó amenazas, con palabras duras ó expresiones de cariño, procuraron convertir á los afligidísimos condenados á abandonar los lugares en donde durante varias generaciones habían vivido sus antepasados.

Entretanto los Rabinos y sacerdotes hebreos también trabajaban por su lado para conservar en la fe de sus padres á los atribulados hijos de Israel, y sin cesar les predicaban que resistiesen con entereza á las promesas de sus perseguidores. Para evitar que por necesidad se rindiesen á la elocuencia de los predicadores católicos muchos Judios ricos auxiliaban á los pobres y fletaban navios para que prontamente pudiesen abandonar la Península.

Más de treinta y cuatro mil familias Judias, algunas muy numerosas, salieron entonces de España, llevando consigo sus creencias y la lengua española, la cual introdujeron en todos los países de las orillas del Mediterráneo, en donde hasta el día la conservan muchos descendientes de los Hebreos, expulsados de España desde fin del siglo XV.

Sin embargo hubo muchos hebreos que se contentaron con pasar la frontera de Portugal, en donde el rey Don Juan II mandó que les diésen hospitalidad, á condición de que pagasen un crecido tributo, amenazando con la esclavitud á los que no lo hicieren.

Tres años apenas estuvieron en paz los asilados en Portugal. Habiendo muerto Don Juan II, el heredero de la corona, Don Manuel², resolvió expulsarlos en el término de tres meses si no se hacían cristianos. Codenábalos á ser vendidos como esclavos si en ese término no se habían hecho bautizar ó no abandonasen el país. Pero la crueldad

1. No era solo al hombre de una fé distinta, sino al *Semita*, al hombre de otra raza que perseguía la España de los Reyes Católicos. *Israel chez les Nations*, par Anatole Leroy-Beaulieu, 1893.

2. Que casó con una hija de los Reyes Católicos, y odiaba á los Judios.

y mala fe de aquel soberano estaba principalmente en que procuraba que los desdichados hebreos no encontrasen embarcaciones en los puertos y así poderlos negociar como esclavos. Gran número de aquellos infelices Judios se suicidaron más bien que abandonar su fé o verse esclavos, y, según aseguran fidedignos cronistas, otros se arrojaban al mar y procuraban nadar para alcanzar alguna embarcación que veían pasar á lo lejos, pereciendo muchos de ellos ahogados.

Los hebreos arrojados de España no podían consolarse con la expatriación y solían regresar á la Península con Judios franceses y alemanes que no estaban comprendidos en el Decreto de expulsión. Veiendo aquello los Reyes Católicos publicaron una nueva pragmática por la cual prohibían la entrada en sus Estados á todo hebreo de cualquiera nacionalidad que fuese. Esta prohibición no era solamente para España, sino también alcanzaba á las Colonias de Ultramar, — condenando á pena de muerte á los que infringiesen esa ley.

Apesar de aquella persecución todavía quedaban en España familias Judias, las cuales aterradas con los postreros Decretos reales resolvieron abandonar la Península; fletar barcos chicos y grandes, en los cuales se embarcaron y pasaron unos á Africa, otros á Asia, buscando asilo contra sus perseguidores en la antigua cuna de su raza.

¿Vinieron acaso á América, punto y mira de la curiosidad universal en el principio del siglo XVI?

Con el objeto de tratar de aclarar este problema es que me he tomado la libertad de extenderme tanto en esta Introducción, pues era preciso recordar la situación peligrosa en que se hallaban los Judios en todas las posesiones españolas del mundo, para poder comprender la hipótesis de que vamos á ocuparnos.

PARTE PRIMERA.

EL EXTRAÑO DESCUBRIMIENTO DEL HEBREO ANTONIO DE MONTESINOS.

Desde la época en que Colombia era regida por el Gobierno español existe una tradición (cuyo origen siempre se ha ignorado) de que en uno de los primeros siglos de la conquista fueron á establecerse al hoy Departamento de Antioquia¹ muchas familias de raza hebrea. Esta tradición ha sido corrientemente aceptada en Colombia, porque los habitantes de ese departamento han conservado de una manera asombrosa los caracteres físicos y morales de la raza judaica.

Apesar de las indagaciones que han hecho los historiadores hasta el día no se había encontrado indicio ninguno histórico del porqué de dicha tradición.

Pero hace poco tiempo cayó en mis manos un libro muy curioso, reimpresso en Madrid en 1881, el cual á primera vista parece como si no tuviese otra cualidad para el lector sino el de ser curioso. Pero meditando en él he sacado en limpio lo que á continuación se verá.

El libro tiene un título muy largo: helo aqui:

1. Cargando el acento en la segunda sílaba, con lo cual se diferencia de las Antioquias del viejo continente.

ORIGEN DE LOS AMERICANOS

מקזת ישראל

ESTO ES

ESPERANZA DE ISRAEL

REIMPRESION A PLANA Y RENGLON

Del Libro

DE MENASSEH BEN ISRAEL

THÉOLOGO Y FILÓSOFO HEBREO

sobre el origen

DE LOS AMERICANOS

Publicado en Amsterdam 5410 (1650)
Con un preámbulo, una noticia bibliográfica de las principales obras que sobre los orígenes, historia y conquistas de América y Asia se han impreso y el retrato y la biografía del autor,

por

SANTIAGO PEREZ JUNQUERA



MADRID. 1881

Salud 14

LIBRERIA DE SANTIAGO PEREZ JUNQUERA

El título dice el objeto del libro, y según el prólogo del reimpresor, (D. S. Perez Junquera) *Menasseh Ben Israel*, el autor del libro, era de raza y de religion hebrea, de origen portugues, nacido en Lisboa en 1605: pero estando aun muy niño su padre fué expulsado de Portugal por la Inquisicion y se habiá establecido in Amsterdam. Manasseh hizo allí sus primeros estudios y se entregó a comentar los libros sagrados y los del Talmud. Era un sabio y conocía muchas lenguas antiguas y modernas; no solamente fué predicador de fama en las Sinagogas sino autor de varios libros, que publicó él mismo en una imprenta que le pertenecía.

Entre las obras del sabio judío está la que acabo de mencionar: « *Orígen de los Americanos, esperanza de Israel* », libro que escribió en latín y dedicó al Congreso de los Príncipes, Jefes y Magistrados de la Congregación ó *Kahal* de Israel, — encargados de explicar la Ley á los hebreos — los cuales entre los talmudistas equivalen á nuestros Obispos en la Religión cristiana.

Menasseh Ben Israel empieza su tratado refiriendo en estos ó parecidos conceptos lo que contaba un hebreo llamado Aharon Leví, conocido entre los cristianos con el nombre de Antonio de Montesinos, el cual hacía poco que había llegado de América á Amsterdam.

Estando Montesinos en 1642 en la recién fundada villa de Honda¹, sita sobre la ribera occidental del río Magdalena, quiso continuar su marcha hacia Popayán con las mercancías que llevaba para negociar. Alquilóle algunas mulas un arriero Francisco, el cual era llamado *el Cacique* por sus compañeros. Con este y otros peónes Montesinos arregló su viaje con dirección al Cauca.

Yendo de camino el hebreo español oyó pronunciar á Francisco y á sus peónes ciertas palabras misteriosas y extrañas en boca de estos hombres ignorantes, que le dieron mucho en qué pensar. Pero en breve los trabajos de aquellos fragosísimos caminos y la preocupación de sus negocios hicieron olvidar á Montesinos lo que le había llamado la atención. Estando meses después encerrado en las prisiones de Cartagena de Indias por orden de la Inquisición — que tuvo sospechas de que era judío, — le vino de repente á la memoria las palabras que había oído pronunciar á los arrieros de Honda. Meditando en aquellas cosas en la soledad y el silencio recapacitó una á una las frases de los indios arrieros, y acabó por persuadirse de que deberían ser hebreos, ó que al menos habían tenido comunicación con los hijos de Israel. Pero ¿ cómo podía ser aquello posible en un rincón de América y en una colonia española en que era prohibido que entrasen judíos?

Resolvió entonces que apenas saliese de su prisión regresaría á Honda y pondría en claro aquel enigma. Hizolo efectivamente como había pensado cuando fué puesto en libertad, merced á que la Inquisición no logró descubrir la verdad de la nacionalidad del falso español, pues se fingía mercader peninsular, y guardaba el secreto de su verdadero nombre, el cual era Aharon-Leví y no Montesinos, como ya hemos visto.

De Cartagena se encaminó á Honda: buscó al *Cacique* Francisco: entabló con él conversación y le recordó las palabras que le había oído pronunciar algunos meses antes. El Indio al principio fingía no entender lo que quería decirle Montesinos. Este entonces siguió pla-

1. En Colombia, Departamento del Tolima.

ticando de otras cosas, pero repentinamente dirigiéndose al arriero exclamo :

— Escucha, amigo, yo soy hebreo, de la tribu de Leví, y mi Dios es Adonay¹ el verdadero, todos los demás son falsos.

Sorprendiose el Indio con aquellas palabras y se inmutó.

— ¿Como se llaman tus padres? dijo al cabo de un momento.

— Abraham, Isaac y Jacob, repuso el Montesinos.

— ¿Y no tienes otro padre! preguntó el arriero con agitación.

— Si; á mi padre le llaman Luis de Montesinos.

— Ah! no me entiendes! respondió el Indio. Por algunas cosas que me has dicho me has dado mucho gusto, pero al mismo tiempo no me atrevo á creer lo que me dices, pues no me sabes decir quienes fueron tus padres.

Montesinos le aseguró que le decía la verdad.

— Dime, pues, entonces, dijo Francisco, si realmente eres hijo de Israel.

— Lo soy!... y como te he dicho de Abraham, Isaac y de Jacob ó Israel que es lo mismo.

— ¿Y qué deseas de mí?

— Deseo saber si aquí en estas montañas hay otros hombres de mi misma raza.

Largo rato estuvo meditando el arriero en silencio.

— Si eres hombre de ánimo, contestó al fin, y de valor y esfuerzo varonil; si no te arredra el caminar á pié; si te atreves á venir conmigo solo, se te dirá lo que deseas saber.

— A todo me atrevo! contestó el hebreo; lo que me digas haré, pero es preciso saber ¿qué debo hacer?

— En primer lugar, replicó el Indio, irás conmigo á un viaje largo, á pié, y no podrás comer otra cosa que el alimento del país, maíz tostado, y harás solamente lo que yo te diga.

Convino Montesinos en todo; y al día siguiente el arriero se presentó en la posada del hebreo y le preguntó si estaba preparado para acompañarle al lugar que había dicho.

Como le contestase que sí.

— Quitate el calzado, repuso el Indio; en su lugar átate estas alpargatas; quitate las ropas que te puedan estorbar; toma este bordón y sígueme.

— ¿Debo dejar acaso la capa y la espada?

— Si; vendrás enteramente escotero.

1. Adonay es uno de los 70 nombres que los Judios daban á Dios; este significa *mi Señor*.

El hebreo obedeció, y tomando el bordón echó á andar detras del arriero, y en breve estuvieron lejos de la población.

Llevaba el arriero cargado un tercio de maiz tostado, y en las manos dos cuerdas: una de ellas llena de nudos tenía atada en una punta un gancho de dos garfios, y la otra era lisa y más delgada.

— Una de estas, dijo el Indio, la que tiene el garfio, nos servirá para agarrarnos de las peñas y riscos de estas montañas escarpadísimas que vamos á transitar, y á la otra te ataré par atravesar los rios á nado.

Además Montesinos notó que su compañero llevaba un machete atado al cinto para abrirse camino por entre el monte y un par de alpargatas de remuda.

Subiendo y bajando por los encrespados cerros, vadeando rios, atravesando torrentes, continuaron su marcha los dos caminantes durante una semana y dos días, sin descansar más que el Sabado, como buenos judios. El martes de la siguiente semana llegaron á las orillas de un caudaloso río. ¿Cual sería aquel río? No podriamos decirlo con certeza, pues no sabemos sino que se dirigieron hacia la cordillera, pero se ignora la vía que tomaron los dos viajeros; sin embargo bien pudo ser el río La Miel, que hoy sirve de límite entre el Departamento del Tolima y de Antioquia.

Estando en la orilla de aquel río, que se debería pasar en barca en ese punto, el arriero se quitó un paño blanco que llevaba ceñido al cuerpo y pidió á Montesinos uno igual que también usaba, y atandolos á una caña hizo una señal con ellos.

A poco vieron levantarse en la opuesta ribera una espesa nube de humo.

Francisco se dirigió entonces á su compañero :

— Pronto verás á tus hermanos, le dijo, ya saben que aquí estamos.

Momentos despues hicieron del otro lado del río una señal con un lienzo blanco, y al mismo tiempo tres hombres y una mujer se metieron en una canoa que estaba en la orilla, la soltaron, y remando atravesaron el río y se acercaron á la playa en que se hallaban nuestros dos caminantes. La mujer saltó á tierra mientras que los hombres permanecieron dentro de la embarcación.

Francisco se acercó á la recién venida y haciendose á un lado estuvo hablando con ella largo rato en voz baja. Entonces ella se dirigió á sus, compañeros de la canoa y les dijo algo que Montesinos no entendió; pero de resultas del coloquio saltaron á tierra dos de los hombres y volviendose á Montesinos le abrazaron con señales de alegría. Concluido esto Francisco quiso arrojarse á los pies de los hombres, pero no se lo permitieron, sino que le acogieron con cariño y conversaron

con él: hasta que por orden de ellos el arriero dijo al Hebreo estas palabras.

— No te asombres, ni temas nada; ten confianza, habla y contesta á lo que te digan estos tus hermanos.

Se hizo entónces á un lado y los de la canoa se le pusieron á uno y otro costado, y levantando la voz dijeron con gran solemnidad un versículo del Deuteronomio (Cap. VI, v. 4°).

« *Oye Israel, el Señor Dios nuestro, es el único señor.* »

Al oír la lengua hebrea en los labios de unos hombres que parecían á primera vista naturales de aquellas partes, Montesinos se sorprendió, pero inmediatamente les contestó recitando en hebreo el siguiente versículo del mismo libro sagrado:

« *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón.* »

Después con alguna dificultad y haciendo más señas con los dedos que palabras decían con los labios dijeronle los otros:

« *Mi padre es Abraham, Isaac, Jacob, Israel y Reuben.* »

« *A los que quisieren venir á vivir como nosotros les daremos tierras.* »

« *Josef vive en medio de la mar.* »

« *Saldremos unos pocos á ver y á pisar tierras.* »

« *Un día hablaremos todos, y saldremos como que nos brotó la tierra.* »

Pero como se les escaseaban las palabras concluyeron diciendo que Francisco le acabaría de explicar algo de lo que deseaba saber, aunque no mucho, porque el Indio no tenía noticia de todo.

Montesinos no pudo sacarles otra cosa, y á pesar de que iban y venían hombres y mujeres en la barca, los cuales atravesaban el río para ir á verle, estos le repetían poco más ó menos la misma cosa. El viajero quiso entonces pasar él también al otro lado del río, pero no se lo permitieron, y como pretendiese meterse en la canoa á despecho de sus dueños cayó al agua y estuvo á punto de ahogarse. Sacado á tierra firme por los hebreos le repitieron que no tratase de atravesar el río á pesar de ellos por que le iría mal.

Tres días permanecieron los caminantes en aquella orilla, y sin cesar les visitaban los colonos de la opuesta ribera, renovándose de cuatro en cuatro hasta contar como trecientos hombres y mujeres.

Apesar de que estaban tostados por el sol, la intempérie y las faénas campestres, aquellos hombres eran altos, fornidos, robustos, algunos llevaban el cabello largo hasta la rodilla, pero otros le tenían corto. Aunque Montesinos no explica como vestían sí hace notar que llevaban un paño sobre la cabeza en lugar de sombrero. Además el viajero se sorprendió mucho al ver que unas gentes que vivían retiradas en el fondo de aquellas montañas parecían gozar de comodidades de que carecían en muchas partes los colonos españoles, tanto

de comer como de vestir, de manera que cuando el viajero se despidió de ellos le regalaron para el avio de regreso á Honda, carne de vaca y legumbres de hortaliza bien cultivadas.

Como Francisco había ofrecido referirle cuanto sabía acerca de aquellos hijos de Israel durante su regreso á Honda, no bien se pusieron en camino cuando Montesinos empezó á instarle para que hablase.

El guía se resistía al principio, diciendole.

— No me apures tanto, que presto llegará la hora en que sepas todo.

— ¿Pero no ves que muero de impaciencia y curiosidad?

— Así lo veo, replicaba el Indio, y comprendo que no me dejarás descansar hasta que no te diga cuanto sepa.

— Empieza, pues.

— Bien quisiera yo referirte la verdad y solo la verdad, pero me afanas tanto, que acabaré por decirte mentiras para que me dejes en paz....

Después de haber reflexionado un rato empezó así:

— Tus hermanos los hijos de Israel los trajo Dios á esta tierra haciendo con ellos grandes maravillas, muchos asombros, cosas que si te las dijera no las creerías, apesar de que son ciertas y así me lo referían mis padres. Años atras vinimos los Indios de mi tribu á estas montañas de otras más lejanas y ya encontramos aquí á los hijos de Israel; les hicimos la guerra y en un principio los maltratamos y matamos á muchos; pero ellos al fin se retiraron á un lugar inaccesible en donde no era fácil perseguirles; sin embargo nuestros *Mohanes* (sacerdotes ó hechiceros) nos mandaron que entrásemos detrás de ellos á aquellos lugares, pero de los que iban allá ninguno salía vivo. Enfurecidos los jefes de mi tribu resolvieron vengarse y todo varon se preparó para acometer á los israelitas. La tribu entera se puso en camino en masa, no dejando en los pueblos sino á las mujeres y á los niños á cargo de los *Mohanes*. Pero estos, como los primeros, también fueron exterminados por los Hebreos. Los pocos que lograron salvarse regresaron al pueblo y quisieron matar á los *Mohanes* que los habían metido en aquella tan desastrosa jornada. — « No hagais, tal dijeronles nuestros hechiceros, » pues se nos ha revelado que por nuestra boca oireís la verdad. Esos hombres que tan malamente hemos perseguido sin saber quienes eran son unos hombres fuertes y muy buenos. El Dios que ellos adoran es el verdadero Dios, el Dios de Israel, y tienen unas piedras sagradas en que han escrito cosas estupendas y muy verdaderas. Vendrán despues á estas tierras unas gentes que os traerán muchas cosas y cuando esté el pais bien abastecido estos hijos de Israel saldrán de donde hoy se ocultan y se enseñorearán de toda la tierra. Si quereis ser venturosos, en lugar de hacerles la guerra, pegaos á ellos. »

— ¿Y qué hicieron tus padres? preguntó Montesinos.

— Creyeron en la profesía de los Mohanes, y se vinieron á vivir por estas partes deseosos de comunicarse con los sabios hebreos; sin embargo, aunque hicieron muchísimos esfuerzos para propiciarlos, jamás lograron que les permitiesen entrar adonde ellos vivían, ni siquiera pudieron hablar con ninguno de ellos. Cuando algun indio pasaba el río, sin duda lo mataban, pues jamás se le volvía á ver.

— Pero ¿cómo ahora te veo tan amigo con ellos?

— Con el trascurso del tiempo, contestó el guía, y los buenos oficios de aquella mujer que vino á verte primero, la cual se ofreció á servir de intermediaria entre ellos y nosotros, se consiguió que solo cinco de nosotros, hijos de Caciques, podriamos venir a verlos aquí cada setenta lunas y que guardaríamos secreto absoluto con todos.

— ¿Se habrán cumplido las setenta lunas puesto que me trajiste hasta aquí? preguntó Montesinos.

— No; pero tenemos también licencia para llamarlos á esta playa si ocurriére alguna novedad.

— ¿Y otras veces los has llamado en los intermedios?

— Yo no; mis padres sí, cuando vinieron los Españoles por la mar del Sur y cuando se supo que venían barcos por el río Grande que hoy llaman de la Magdalena. Tanto esta vez como las anteriores han festejado mucho esos sucesos porque dicen que se cumplían ciertas profesías que ellos esperaban.

El Indio siguió hablando, según aseguró Montesinos, pero repetía una y cien veces la misma cosa. En Honda Francisco le presentó tres caciques más de los que habían obtenido permiso para hablar con los Hebreos de la orilla del río, y si no iba el quinto, dijeron, á saludarle, era por ser tan viejo que no podía caminar. Todos le abrazaron y le aseguraron que aun tenían esperanzas de acabar con los Españoles, y que entonces se unirían á los Hebreos é irían á buscar á los hijos de Israel de todo el mundo para sacarlos del cautiverio.

El relato de Montesinos no pasa de aquí, y en la segunda parte veremos lo que de todo aquello saca Menasseh en consecuencia, y lo que yo humildemente me atrevo á opinar en este asunto.

PARTE SEGUNDA.

LA VENIDA DE LOS HEBREOS Á ANTIÓQUIA.

De todo aquel relato de Montesinos que Menasseh refiere con muchos pormenores, deduce el autor hebreo que los primeros pobladores de América fueron los miembros de las diez tribus de Israel que salieron cautivas de Palestina como 721 años ántes de la era cristiana, subyugadas por los reyes de Asiria. Menasseh (como muchos otros historiadores del tiempo de la Conquista y aun algunos en la época moderna) cree que esas tribus israelitas, después de atravesar el Asia pasaron á América por aquella série de islas que hoy se encuentran entre el Antiguo y el Nuevo continente, probablemente mas numerosas entonces, ó por el estrecho de Bering y aun dice que por la Groenlandia.

No me atrevería á disputar sobre punto tan obscuro y tan difícil de probar, y (de resto) nada tendría de extraño que herederos de esas tribus de Judá, mezclados con cien tribus más de otras razas, hubiesen atravesado los mares para venir al Nuevo Mundo, en donde se encontraron pueblos de tan diversos colores y costumbres. Pero le que sí niego rotundamente es que aquella colonia oculta que vió Montesinos, á diez días de distancia de Honda — en la primera mitad del siglo xvii — fuese compuesta de Hebreos pertenecientes á tribus que se habían perdido y sin duda apostatado siete siglos antes de la era cristiana.

Segun muchos etnógrafos modernos la raza *caribe* tiene razgos semejantes a los del tipo judaico. He aqui lo que dijo el sabio alemán Pablo Ehrenreich en una memoria presentada en el Congreso de Americanistas que tuvo sus sesiones en París en 1890. « Los *Bakairis* del Brasil son el tipo el más original y primitivo del grupo caribe. Su lengua es la llave de las lenguas caribes de la Guayana. El centro de la América del Sur es la cuna verdadera de esta gran familia caribe. Tiene la piel amarillosa, los cabellos finos, la nariz encorvada, la barba

corta. No es el tipo Mogol sino el Judío... a veces su tipo se parece al caucaso ».

Si los Caribes fueron descendientes de los Hebreos debieron de haber pasado á América por el Océano Atlántico, porque su raza se encuentra en las Antillas y en todo el litoral que mira hacia Europa y África; pero al haber tenido lugar alguna emigración Judaica hacia el Nuevo Mundo esto tendría lugar muchos siglos antes del arribo de los Españoles á América, pues sin duda los Caribes eran restos salvajizados de una raza mucho más civilizada antes, talvez de aquella que edificó las grandes ciudades cuyas ruinas se encuentran en Centro América y en otros sitios de Sud América.

No han dicho los cronistas que los *Caribes* tuviesen tradiciones Judaicas y mucho menos que hablasen la lengua hebrea, como los que vió Montesinos.

Es claro pues, que los que se escondían en esas montañas no hacía tantos años que allí estaban, puesto que junto con el miedo á los Españoles, — sus inveterados enemigos y perseguidores, — aun conservaban algunos restos de la lengua y de las tradiciones hebraicas.

¿ De donde habían venido estos, y cuanto hacía que se habían aposentado en medio de aquellos riscos?

Diré lo que me parece.

Como se recordará los Judíos fueron definitivamente expulsados de la Península ibérica á fines del siglo xv y principios del xvi, cuando ya se tenía noticia de los primeros descubrimientos de las tierras desconocidas del Nuevo Mundo, y cuando aun se las consideraba como una parte del Asia.

Nada de imposible es y aun es muy probable, que mientras que muchos de los míseros expulsados se refugiaban en medio de las otras naciones cristianas de Europa — en donde su posición era siempre precaria, — ó en el África, en donde con frecuencia eran sacrificados al fanatismo de los mahometanos, — pudo ocurrirse á algunos ricos hebreos, fletar uno ó más buques y dirigirse con sus familias y haberes en busca de mejor fortuna y mayor libertad en un mundo nuevo, en el cual podrían vivir sin trabas y sin persecuciones.

Se me dirá quizás que el Gobierno español era muy zeloso de su autoridad: vigilaba sin cesar sus Colonias y no permitía que entrasen á los puertos en que ellos imperaban sino embarcaciones que llevasen permiso expreso del Consejo de Indias para que pudiesen llegar á sus posesiones de ultra mar; de manera que si en alguna de estas maliciasen siquiera que algún buque llegaba con Judíos ó moros ó personas de otras nacionalidades, de seguro los sacrificaran á los odios de su raza, devolviéndolos á España, en donde con seguridad los castigarán de una manera severísima.

Eso es verdad, y los hebreos sabían mejor que nadie las consecuencias de una imprudencia semejante.

Pero bien sabido es que en el litoral de Tierra firme no se fundaron establecimientos coloniales sino de 1510 para adelante, y esto en el Golfo de Urabá y en el Istmo de Panamá en un principio. Santa Marta y Cartagena no fueron pobladas sino de 1529 para adelante y Pizarro no navegó en el Océano Pacífico sino en 1525; así, pues, antes de que se fundasen aquellos lugares en las orillas de los mares al Norte y al Sur ¿quien hubiera podido impedir que llegasen uno ó más buques á las costas desiertas o pobladas entonces solamente por tribus de indígenas salvajes que tan fácil era asustar y obligar á que les permitiesen entrar al interior de la tierra? Nadie puede negar que era fácil desembarcar ocultamente en algún puerto del mar que hoy baña las orillas del Departamento de Bolívar, y sin grandes dificultades dirigirse hacia las montañas de Antióquia, llevando consigo cuanto pudieran necesitar ¿No trajeron hasta la sabana de Bogotá Federmann las gallinas — por los llanos inundados y despues de tres años de marcha, — Belalcázar los cerdos, caminando desde Quito por entre naciones enemigas — y Jimenez de Quesada los caballos desde Santa Marta?

Una tropa ó más bien una tribu de Judíos en busca de su libertad é independencia, bien podía hacer lo que hicieron los Conquistadores que solo buscaban oro y aventuras que contentaran su natural inquieto y ambicioso.

Cuando se leen las aventuras de los primeros conquistadores que á América vinieron, á quienes no arredraban climas mortíferos, hambres, fieras humanas é irracionales, vias al parecer inaccesibles etc., bien se puede creer que lo mismo hicieran los hebreos, gente fuerte, sufridísima, á quien es sabido que no atacan las enfermedades con la misma virulencia que al linaje caucáseo; raza inteligente, que sabía acomodarse en todos los climas, que tenía maña para amistar con todas las naciones y sacar partido de ellas en su propio provecho¹.

¿Pero, direis acaso ¿por donde entraron los Hebreos hasta internarse en los más recónditas montañas de Antióquia? ¿Quien lo podrá decir con fijeza? Nadie absolutamente; pues se comprende que aquellos desdichados y desheredados que habían tenido que abandonar sus hogares en la Península, debieron de extinguir toda constancia de su entrada á una tierra que sus perseguidores consideraban como suya propia, y á la cual tenían expresa prohibición de introducirse. Mas aún, procurarían borrar toda huella de su paso, toda señal de su exis-

1. Una de las señales características, que se explica por sus emigraciones sucesivas, es la facultad que tienen para aclimatarse en todas partes. *Israël chez les Nations*, par Anatole Leroy-Beaulieu. 1893.

tencia, todo indicio de su pasada, cualquier vestigio, aunque leve, que pudiese descubrir su escondite á los Españoles.

Irian buscando por esas tierras, vírgenes las más de ellas, lugares propios para librarse á la agricultura, en climas en que nacieran las semillas que llevaban consigo, y en donde tuviesen no lejos tribus de indígenas que les fueran propicios. ¿ Cuantos combates libraron á los salvages aborígenes que moraban desde las orillas del mar de las Antillas hasta el rio La Miel?... Misterio; todos lo ignoran, y el recuerdo de esas extrañas aventuras permanece y permanecerá oculto para siempre.

Cuando en la primera mitad del siglo xvii el hebreo Montesinos visitó aquella recóndita colonia de sus *hermanos*, estos habían olvidado en gran parte la lengua de sus antepasados, pero aun conservaban sin duda los ritos de su religion; probablemente en sus viajes y dificultosa emigración por aquellos países salvages debieron de haber perdido sus libros y manuscritos. Separados además hacia más de cien años del mundo civilizado y de toda comunicación con sus compatriotas; entregados á una vida material, en medio de esos riscos, aquellos hombres no mucho tiempo después perderían la memoria de las tradiciones de sus mayores, pero conservarían siempre el conocimiento de su raza, muchas de las costumbres de sus padres, y la indole y carácter de estos.

Como es probable que los Judios llegasen á Antioquia antes de que la invadiesen los Españoles¹, al tener los fugitivos la noticia de aquel suceso tratarían de ocultarse más y más de sus inveterados enemigos, y para lograrlo procurarían rodearse de misterios, despues de prohibir á los aborígenes que conocían su existencia, que revelasen jamás el lugar en que se escondían, y aun los amenazarían sin duda con castigos sobrenaturales si llegaban á venderlos.

Los indígenas que no podían amar á los conquistadores, sino todo lo contrario, mientras que de los hebreos recibían regalos y cariñosa acogida, nunca descubrieron la existencia de aquellas gentes.

¿ Que sucedió despues? De qué manera se amalgamaron los Judios con los pobladores españoles sin que estos lo supiesen? Cómo se mezclaron esas familias hebreas con los colonos peninsulares? Tampoco lo sabe nadie.

Hasta ahora no he podido encontrar documentos ni el menor indi-

1. Recuerdense las palabras del indio Francisco á Montesinos. Los padres de este, dice, fueron á avisar á los Hebreos primero cuando supieron que habían pasado Españoles por la mar del Sur (en 1525), y más tarde cuando llegaban barcos por el rio Magdalena. Eso prueba que los prófugos judios habían pedido á sus amigos los indios que les avisasen cuando esto sucediera, suceso que tenían previsto.

cio claro y preciso que nos dé luz sobre ese suceso curiosísimo. Pueda ser que algun día se halle algo que nos lo revele.

Lo cierto es que los pobladores de Antioquia son diferentes en mucho de los habitantes del resto de Colombia; es esa una raza trabajadora, activísima, frugal, inteligente, muy dada á economizar, amantísima de la propiedad hasta sacrificar vida y comodidades para conseguir riquezas, de las cuales no disfruta jamás, pues, con poquísimas escepciones el antioquiño rico vive casi como el pobre, y nunca deja de trabajar en los negocios más penosos y fuertes para ganar un duro más. Aunque sus arcas rebozen en dinero y posea ricas haciendas, minas de oro, dilatadas tierras. — si se le ofrece una corta ganancia no tiene empacho en trabajar personalmente para hacerse á ella.

Los antioqueños se casan muy jóvenes. Una niña de 14 años ó un joven de 20 que no tiene casamiento arreglado era hasta hace pocos años un fenómeno. Otro tanto sucede actualmente entre los Judios que han conservado en Europa las leyes rabínicas¹.

La vida del antioqueño es patriarcal, y como entre los israelitas las familias son ó numerosísimas (contando un solo matrimonio frecuentemente más de treinta hijos), ó no tienen ninguno. Las mujeres son prolíficas hasta lo inverosímil ó son estériles como Sara ó Santa Isabel.

Por lo general los antioqueños tratan á sus mujeres, como todos los orientales, es decir más como á siervas que como á compañeras. El tipo fisionómico de los habitantes de Antioquia es muy semejante al judaico: nariz encorbada; ojos negros, brillantes pero duros; cabello ensortijado y abundante; sus pasiones son violentas y al parecer son pacientes pero aguardan siempre la ocasión de vengarse de sus enemigos. Las mujeres son quizás las más hermosas de toda Colombia y podían servir como modelos para pintar una Judit, una Rebeca, una Ester. Excelentes y abnegados conservan en sus hogares las costumbres más sencillas del pueblo de Abraham, y aunque pertenezcan á las familias mas acomodadas no desdeñan trabajar á la par de sus sirvientas en los oficios domésticos más serviles. Otra costumbre hebrea es la de usar afeites y colorete, y es esto tan general y tan reconocido por todos que en muchas poblaciones venden colorete en los mercados públicos y las mujeres lo compran sin recatarse. Desde la hija del rico magnate antioqueño hasta la última fregona todas las mujeres se pintan con la misma naturalidad que en otras partes se laban el rostro. En el

1. Véase una obra que acaba de publicarse de M. Anatole Leroy-Beaulieu: *Israël chez les Nations*. 1893. Este mismo caballero dice que los judios no sufren nunca de coto o bosio, enfermedad de la garganta tan comun en Suiza y en muchas partes de Sur-América. Se ha descubierto que eso proviene de la estructura de la garganta. En Antioquia el coto es casi desconocido.

Antiguo Testamento se encuentra señalada aquella perniciosa costumbre de la mujer hebrea.

Hasta pocos años ha la mujer antioqueña no se atrevía á sentarse á la mesa al lado de su marido, sino que ella le servía humildemente y comía de los restos que él dejaba; jamás había reuniones en donde se vieran los juvenes de uno y otro sexo, y aunque se casaban las niñas antes de los quince años y los hombres poco despues de cumplir los diez y ocho, se casaban casi sin haberse visto. « El baile, escribe Emiro Kartos¹, está vedado á las niñas como diversión pecaminosa », y no se usa convidar á comer á los amigos en las casas de familia, en donde se guardan las mujeres como tesoros ocultos.

Sin embargo en los campos y en los caminos reales, en las casas que se encuentran á su orilla, los viajeros son recibidos como en los antiguos desiertos de Palestina, con mucha hospitalidad. « Como en la tienda del beduino árabe, dice el autor que cité arriba², ó en la casa del mufti turco el huesped, en la habitación del antioqueño es inviolable. Aunque seá criminal se le defiende y respeta. El viajero siente un placer indefinible al llegar á una de esas habitaciones de las montañas, donde las gallinas picando la hierba, las vacas bramando en el corral, la huerta perfectamente cultivada, el patio sembrado de flores, el aseo y la compostura por todas partes le revelan que allí reina el trabajo y la abundancia, la familia y la mujer. Luego el placer sube de punto al ver la acogida franca y hospitalaria que recibe. Para obsequiarle se mata la gallina más gorda, se arrancan las mejores legumbres, se le prepara el más cómodo lecho. Como en la tiendas de Isaac y de Jacob, las Rebecas de la familia le presentan el aguamanil y la toalla, y le sirven la comida con toda cordialidad y gentileza ».

Como el hebreo, el antioqueño deseoso ante todo de hacerse á dinero, y amante apasionado de la fortuna que casi siempre le sonrie, no toma cariño á la tierra; si su trabajo no es bien remunerado en una parte pasa de un pueblo á otro, ó sale de Antioquia, se radica allí en donde puede negociar á su gusto y en breve se hace rico, porque es incansable en el trabajo y sumamente negociante.

También como sus antepasados los Israelitas, el hábitante de Antioquia nada tiene de artista y carece enteramente del sentimiento estético; salvo la poesía (en la cual han obtenido grandes triunfos algunos de sus inspirados poetas), y la música (que el pueblo cultiva con buen éxito en cantos populares) los antioqueños no son artistas, ni comprenden el sentimiento de lo bello como un arte.

Por lo que acabo de exponer me atrevo, pues, á decir que al fin se

1. Juan de Dios Restrepo, ilustrado escritor antioqueño.

2. Véase: Artículos escogidos, p. 266.

tiene alguna idea, aunque seá vaga y conjetural, acerca de la venida ál país que hoy se llama Antióquia, de esos hebreos que la poblaron en gran parte, que le dieron sus virtudes, sus yerros, sus defectos, su fuerza, su energía y las cualidades buenas ó malas que caracteriza á ese pueblo.

APTITUD DE LA MUJER PARA EJERCER TODAS LAS PROFESIONES

Memoria presentada en el Congreso Pedagógico Hispano-Lusitano-Américano
reunido en Madrid en 1892

¿Cuál es la misión de la mujer en la época actual? Hé aquí una de las cuestiones más debatidas en los últimos cincuenta años, y una de las que más han apasionado los espíritus, sobre todo entre las razas sajonas y anglo-sajonas, en donde la mujer manifiesta más independencia, y es también más perita y más capaz de hacer uso de ella.

La mujer española-americana ha heredado aquel sentimiento de dependencia semi-oriental, que es indudablemente uno de los principales atractivos que tiene el bello sexo con respecto al fuerte, cuando este prefiere la belleza á la inteligencia. Pero ya con las luces que se han difundido al fin de este siglo es preciso que la educación que reciba la mujer sea mas adecuada á las necesidades de la época, al grado de civilización de que se disfruta y á las obligaciones que nos impone la patria.

« El porvenir de la sociedad (dice un escritor¹ que se ha ocupado de estas materias) se halla en manos de *la mujer*, y ella será el agente de la revolución moral que hace tiempo empezó y que aún no ha concluido. »

Se trata aquí de averiguar si la mujer es capaz de recibir una educación intelectual al igual del hombre, y si sería conveniente darla suficiente libertad para que pueda (si posee los talentos necesarios) recibir una educación profesional.

La mujer del siglo que expira ha transitado por todas las veredas de la vida humana; ha sabido dar ejemplos no solamente de virtud, de abnegación, de energía de carácter, sino también de ciencia, de amor al arte, de patriotismo acrisolado, de heroísmo. Pero aun le falta mucho por cumplir la misión salvadora que la tiene señalada la Divina Providencia, y si deseamos hacerla comprender é instruir la en lo que se aguarda de ella, conviene enseñarla el camino que han llevado otras para que sepa escoger el que concuerde mejor con el carácter especial de cada una.

La educación es en el fondo una série de ejemplos que se da al hombre cuando su cerebro se halla como un libro en blanco, sobre el

1. Aimé Martin.

cual se puede escribir lo que se desea no olvide jamás. Pero allí mismo está el peligro: las enseñanzas no deben ser ni demasiado adelantadas, ni demasiado atrasadas, de manera que se hallen en armonía con el espíritu de cada nación, para que las fuerzas morales no se desequilibren, y los jóvenes lleguen hasta el ideal que ha hecho nacer en ellos la instrucción que reciben.

Tan impropio es despertar en el alma de los jóvenes una ambición de glorias y conocimientos que no podrán alcanzar, como es funesto dejar á las generaciones que se levantan en una completa ignorancia de los adelantos y progresos del siglo; debería graduarse el calor intelectual que necesita cada pueblo para que germine en él una sana y verdadera civilización, y por consiguiente saberse de una manera evidente hasta que punto debe llevarse la educación de la mujer, en cuyas manos se encomendará la enseñanza de las generaciones venideras.

En los países hispano-americanos las costumbres son tan diferentes de las francesas, alemanas é inglesas que es preciso que el sistema de educación sea adecuado á sus necesidades morales y á los elementos físicos de que dispone. Así como sería una empresa absurda edificar en la helada Siberia una ciudad cuya construcción fuera propia solo para los ardientes climas de la India, así sería locura procurar aclimatar en Hispano-América sistemas de educación que solo han tenido buenos resultados en Alemania, en Suiza, en Inglaterra.

Todas las naciones no se encuentran — aunque lo parezcan en la superficie, — igualmente maduras para recibir la misma educación: su situación geográfica, su historia, su sistema de Gobierno, sus costumbres, las fuerzas físicas y morales de los individuos que las componen, todo en ellas es diferente; y se necesitaría una gran perspicacia y conocimiento íntimo de todas las capas sociales que componen la población de cada país, para lograr plantear en cada uno de ellos la clase de educación que le conviene. Aun mayor delicadeza demanda el sistema de enseñanza que se debe dar á la mujer española y americana. Para dar fuerza, valor y emulación á las mujeres cuyas madres y abuelas han carecido casi por completo de educación, en mi humilde concepto creo que debería empezarse por probarles que no carecen de inteligencia y que á todas luces son capaces de comprender lo que se les quiera enseñar con la misma claridad que lo comprenden los varones. Además se les debería señalar con ejemplos vivos y patentes que, en el presente siglo al menos, muchísimas mujeres han alcanzado honores, y distinguidose en todas las profesiones á las cuales se han dedicado con perseverancia y ánimo esforzado; debería demostrarseles que si hasta ahora las de raza española son tímidas y apocadas en las cosas que atañen al espíritu, la culpa no es de su inteligencia sino de la insuficiente educación que se les ha dado.

Centenares de mujeres se han distinguido en este siglo por los servicios de toda suerte que han prestado á la humanidad, á saber: desde la Reina en la excelsitud de su posición hasta la artista en su taller; desde las Bienhechoras que han legado inmensas fortunas á los pobres, hasta las abnegadas Hermanas de la Caridad, que encierran en sí mismas las tesoros de su alma; desde la gran Señora hasta la humilde sirvienta; desde la dama de educación más culta, hasta la sencilla labriega. En todas las naciones las mujeres han señalado su huella haciendo el bien en todas las carreras, de manera que las niñas desde su más temprana edad podrían escoger alguna de ellas, según se sienta con más ó menos fuerza, con mayor ó menor disposición, para tal ó cual carrera.

Si el buen ejemplo es el arma más poderosa para promover el progreso ¿porqué no se ha de hacer uso de él señalando á la presente generación cuales han sido en este siglo las mujeres que más bienes han hecho á la humanidad? Podríamos nombrar á aquellas que activas siempre, y animosas, han sabido abrirse campo por sí solas hácia la fama; dar á conocer á las que se han distinguido en el camino de una virtud benéfica para la sociedad; señalar á las que se han hecho notables en las profesiones y artes liberales, en los oficios remunerativos y sobre todo en las obras que tienden á aliviar y mejorar á sus hermanas.

Desearíamos, pues, inculcar á las jóvenes que la mujer es capaz de transitar por todas las veredas que conducen al bien; que se han visto en el siglo que concluye ya miles que han desempeñado brillantemente todas las profesiones, todas las artes, todos los oficios honorables; que en todas partes se han manifestado dignas del respeto y de la estimación general, sin que por eso hayan tenido que renunciar á la Religión de sus mayores, á las dulces labores de su hogar, al cuidado de sus familias y a la frecuentación de la sociedad.

« Ah! me dirían acaso, todo eso es imaginario y teórico, una cosa es decir que las mujeres se han distinguido en todas las profesiones y que son capaces de elevar su inteligencia hasta las ciencias y las bellas artes, y otra es probarlo con hechos; se ha reconocido ya que ellas carecen de ánimo y valor personal; de perseverancia; de juicio; de seriedad en las ideas; que la imaginación las arrastra siempre; que no saben dominar las situaciones difíciles, sino que al contrario se dejan llevar siempre por las impresiones del momento, y que con el vaivén de sus sentimientos cambian sin cesar, y nunca tienen fijeza sino cuando obedecen á su capricho. »

A estos cargos me limitaré á contestar con ejemplos recientes, fundados en hechos llevados á cabo por personas vivas actualmente, lo que prueba hasta la evidencia que el talento no es patrimonio exclu-

sivo de los hombres, como quieren creer en España y en algunas de sus hijas de ultra mar.

Sería imposible citar a todas las mujeres distinguidas que mencionan las historias, las artes y los anales científicos de los últimos cien años; necesitaría escribir muchos libros para hablar de una parte de las obras importantes en que han dejado huella las inteligencias femeninas. Permitaseme, empero, estampar los nombres de las más notables.

I.

A los que pretendan probar que las mujeres son de ánimo apocado siempre y que carecen de valor personal, bastará recordarles la multitud de mujeres que arrostraron con más serenidad que los hombres este la heroica conducta de la mujer española y americana durante las guerras llamadas de la Independencia. No es preciso citar nombres, cada cual recordará á la santa hermana de Luis XVI, á María-Antoñeta, á las mujeres de las familias más aristocráticas de Francia que murieron unas como heroínas cristianas, y combatieron otras personalmente en la Vendea para defender su causa; y qué dirémos de las Españolas en la época de la invasión francesa, y de la magna guerra de la Independencia! ¿Se olvidarán jamás los nombres de Agustina Zaragoza, y de Mariana Pineda, y de las muchas que se distinguieron en hispano-américa en las guerras allí habidas? Todas estas, inspiradas por el patriotismo se condujeron con un ánimo, un valor sereno digno en todo de las virtudes de su raza.

Ahora, si queremos recordar á las mujeres que se han distinguido por sus dotes administrativas, podriamos citar á muchas que han hecho fortuna en Francia, en Inglaterra, en todas partes del mundo; pero no quiero aquí ocuparme sino de las que han dedicado sus talentos y su fortuna á grandes obras de Caridad. De paso mencionaré á la Baronesa Burdett Coutts en Inglaterra, á la Marquesa de Pastoret y á otras muchas en Francia; en Italia á la Condesa de Bellini, a la marquesa de Barol, la primera protectora de Silvio Pellico y ambas fundadoras de los principales establecimientos de Caridad de Turín y de varias otras ciudades de Italia; y en España cuantas grandes damas de la Corte y cuantas Señoras no se han constituido en Mayordomos de sus haberes para distribuirlos juiciosamente entre los pobres!

Muchas mujeres que no poseen rango, influencia ni riquezas las

vemos dedicarse en cuerpo y alma á alguna reforma social, como Isabel Fry, Dorotea Dix y Florencia Nightingale en Norte América é Inglaterra. Estas pasaron largos años visitando una á una las prisiones, las casas de locos y los hospitales del Antiguo Mundo y de los Estados Unidos para estudiar lo bueno y lo malo de ellas. Propusieron en seguida Memoriales á los Parlamentos y Congresos y trabajaron en todo sentido hasta cambiar la legislación de los establecimientos de corrección y de caridad en pro del desgraciado y del ignorante. Otras han seguido estas huellas, cuyas nombres no menciono por no alargar demasiado este escrito, pues me falta mucho que decir en honor de la mujer útil y benéfica.

¿Y qué me direís de las mujeres Misioneras? Mujeres realmente misioneras apostólicas que han recorrido los países salvajes del mundo para llevar la luz del Evangelio entre los paganos. Algunas han muerto en Africa (como las Hermanas Josefina Fabriani y Magdalena Caracciani) en el ejercicio de la misión que se habían impuesto; otras han perecido en la China, en el Japon, en la India, en la Oceanía á manos de los infieles que ellas procuraban convertir. Quiero citar á una más, á la brasilera Damiana Cunha, quien se dedicó en su país á mejorar la suerte de los indios salvajes de la provincia de Goyaz.

Hoy mismo existe en Londres un establecimiento llamado Escuela Médica y Zenana, en la cual se preparan las mujeres que quieren dedicarse á cristianizar á las Indianas y á enseñarles practicamente artes y oficios. En la época en que Lady Dufferin, esposa del actual Ministro de Inglaterra en París, era Virreina de la India, protegió y fundó nuevas escuelas para llevar á cabo esa empresa de civilización.

Quisieramos citar algunas siquiera de las muchas damas inglesas que han pasado á la India con el objeto de dedicarse á la enseñanza de las mujeres asiaticas, así como de las que han fundado establecimientos filantrópicos para moralizar al soldado, al marinero, al obrero inglés. Aunque en menor escala, muchísimas mujeres de todas partes del mundo han dedicado su tiempo, su fortuna y sus desvelos á moralizar al pueblo de su país. No alcanzaría por cierto un grueso volumen para referir siquiera una parte de lo que han hecho las mujeres en esta vía.

Cuántas mujeres han dedicado su pluma á influir sobre las cuestiones sociales que tanto se discuten en el mundo! La más conocida entre todas y la que llevó á cabo una de las obras más transcendentales de este siglo, fué Enriqueta Beecher Stowe, la autora de « La Cabaña del tío Tom ». La lectura de ese libro produjo una impresión extraordinaria en los Estados Unidos y en todo el mundo civilizado. Jamás escrito alguno de mujer tuvo una popularidad semejante. Tradujose en todos los idiomas y en los últimos cuarenta años se han vendido millones de ejemplares.

Por no alargarme demasiado no cito á muchas otras que han imitado á esta americana, en todos los países cristianos en donde las mujeres escriben para la prensa. Solo haré una escepcion en honor de una española, la digna señora Doña Concepcion Arenal de Garcia Carrasco quien de un salto se puso á la cabeza de todas las escritoras filántropas y moralistas. Ella ganó con un brillo extraordinario, en 1873, el primer premio que la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid habia ofrecido al autor de la mejor Memoria acerca de los caracteres de la Beneficencia, la Filantropía y la Caridad. Bien sabido es que después la señora Arenal ha escrito varias obras cuyas tendencias elevadísimas y moralizadoras la han dado uno de los primeros puestos entre los escritores españoles del presente siglo¹.

Lo he repetido hasta la saciedad: las mujeres de la época actual han ejercido todas las profesiones y se las ha visto brillar en todos los puestos que antes eran reservados á los hombres no más.

En las grandes capitales europeas y de Norte América encuentranse apesar de la repugnancia de los aferrados á las ideas antiguas, multitud de *Doctóras* en medicina que tienen numerosa clientela y ganan una renta más ó menos crecida. La primera que en este siglo se entregó públicamente al estudio de la medicina fué una americana hija de padres ingleses: Isabel Blackwell. Podría citar á otras muchas, como Isabel Garret, Ana Kingford, Isabel Morgan Hoggan, Marta Putnam, Raquel Littler, la belga Van Drest, la española Doña Martina Castillo, la colombiana Doña Ana Galvez, la rusa Nadeejda Souslowa, la polaca Tomasrewiez Dobrska, la austriaca Rosa Welt, la señorita Verneuil, francesa, etc. Pero sería imposible alcanzar á citar las más notables siquiera: mayor número aún contarían las ciencias en su seno si no fuera por la guerra que en las familias se le hace á toda niña que pretende salirse del camino trillado.

En Londres las mujeres tienen una Escuela de medicina propia y un Hospital que rigen solas, con grande éxito.

Doctoras en leyes las hay en los Estados Unidos quienes ejercen la profesión de Abogados, y en el presente año se graduó en París una señorita que alcanzó con particular brillo los honores universitarios. Y que son capaces de seguir esa carrera las mujeres de raza española lo han probado algunas que se han dedicado á esos estudios: no solamente en la Madre Patria, sino también en Hispano América.

1. Cuando esto escribíamos aun no había muerto esta notabilísima escritora gallega.

II.

No hay nada que alargue tanto la vida como una existencia consagrada á las ciencias naturales: parece como si la Naturaleza premiase á sus admiradores dandoles largos años sobre la tierra para que tengan tiempo de estudiar á fondo las maravillosas creaciones de Dios. Gran número de sabios contemporáneos han vivido más de 80 años y otro tanto ha sucedido con la mujer de más ciencia que ha brillado en este siglo, á saber, María Fairfax Sommerville. Era astrónoma y matemática de primer orden, miembro de la Academia de Astronomía de Londres y de otras muchas sociedades científicas. Murió en 1872 á los noventa y dos años de edad.

Una norte americana María Mitchell, tenía á su cargo en los Estados Unidos un Observatorio astronómico. Desde allí descubría cometas y hacía calculos astronómicos que llamaban la atención de los sabios europeos.

Dos rusas, las señoras Kovalevsky y Litonova también se han dedicado con provecho al estudio de la astronomía: la primera de estas es profesora de matematicas en una Universidad de Suecia.

Muchas mujeres europeas y de Norte América se han dedicado al estudio de la botánica. Entre otras la inglesa Mariana North quien recorrió toda Europa, Asia, Australia, Norte América etc. con el objeto de formar una colección botánica la más completa que se conoce, á la cual añadió una serie de 600 paisajes hechos por ella á la aguada. Hoy se encuentra esta colección en Kew-Gardens, cerca de Londres. Febe Lankester ha escrito libros y dado conferencias con el objeto de demostrar que los conocimientos de botánica y de las virtudes de las plantas puede mejorar el estado sanitario de las ciudades y de la clase pobre, proporcionando á esta medicamentos baratos.

Una holandesa, Emy de Leeuw, es redactora de un periódico científico y además ha escrito una obra de mérito sobre botánica.

La Real Sociedad de Agricultura de Londres cuenta entre sus más afamados profesores á Leonor Ormerod la cual estudia á fondo los insectos y sus costumbres para enseñar á los agricultores la manera de precaverse de ellos.

Arabela Buckley fué durante once años secretaria del famoso geólogo Carlos Lyell, y es autora de varias obras de Historia Natural. Las austriacas Von Enderes y Ostoie se han dedicado también al estudio de la Historia Natural; á la Arqueología; y á las lenguas orientales.

Amelia Edwards, inglesa, miembro de muchas sociedades sabias,

se ha dedicado à la arqueología. Il viajado en Oriente con el objeto de hacer descubrimientos en los monumentos antiguos, cuyos secretos sabe interpretar, y al mismo tiempo escribe interesantes novelas que le han proporcionado una notable fortuna.

Todas estas damas no son aficionadas no más á estudios serios, sino profesoras cuya opinion es acatada por los sabios.

La políglota más notable del sexo femenino que se conoce actualmente es una rusa Elena Blavatsky, parienta de dos escritoras conocidas en el mundo de las letras, de Madama de Witt (hija de M. Guizot, y de la condesa Hahn-Hahn). La señora Blavatsky conoce á fondo 40 ó más lenguas antiguas y modernas.

Varias mujeres contemporáneas se han dedicado al estudio de la Economía Política y de la marcha de la cosa pública en la actualidad: á saber: las francesas Clementina Royer, y Julieta Lamber (Madame Adam), la inglesa Garret Fawcett, la española Emilia Pardo Bazan y otras no menos importantes en los países más civilizados de Europa y América.

Entre las más notables viajeras es preciso contar á Ida Reyer Pfeiffer, la cual recorrió casi todo el globo terráqueo, sin compañero masculino que la protegiese. Durante toda su juventud y parte de su edad madura estuvo atesorando ciencia y dinero para llevar á cabo su deseo de viajar. Contaba ya cerca de cincuenta años cuando empezó á recorrer el mundo. No regresaba á Europa sino á dar á la estampa los libros que escribía para dar cuenta de sus aventuras, y con el producto de aquellos emprendía nuevos viages. Varias veces dió la vuelta al mundo hasta que rendida con tantas fatigas murió á los 63 años de edad en Viena, su ciudad natal. Ya sabemos cual es entre las inglesas el amor que tienen á los viajes: encuentranse estas en todas partes del globo y las librerías estan llenas de los libros que escriben refiriendo sus aventuras. Una rusa, Lidía Paschkoff, ha paseado su original talento por el Oriente, Japón, China y América y sus obras han sido publicadas en París. Una española, la señora Baronesa de Wilson, ha recorrido la América, escrito sus impresiones en libros interesantes y ha hecho graficas descripciones de lo que ha presenciado.

Y que diremos ahora de las mujeres políticas!

En esta época de transición de una faz de la civilización á otra que aun no podemos entender, en que, como en una vacija llena de licor efervescente — como lo ha dicho no recuerdo que escritor elocuente, — se encuentran todos los elementos de lo futuro reunidos y mezclados; en que el bien y el mal aparecen enlazados; en que no es posible preveer si el mundo podrá regenerarse ó si se perderá por entero en el caos de ideas que suelen obscurecer hasta los espíritus más claros; en esta sociedad actual tan llena de contradicciones hase levanta-

tado una voz que ha hecho estremecer á muchos hombres, ha movido á risa á unos, á odio á algunos y á generosa defensa á unos pocos: hablo de la decantada emancipación política de la mujer. Hoy esta idea nos parece absurda, — quizá no sea sino prematura, — y nos parece absurda porque las mujeres que la han patrocinado se han puesto en ridículo por sus exageraciones, sus malas ideas morales y religiosas, sus discursos extravagantes y el fervor temerario de que han hecho alarde.

Muchas mujeres inglesas, francesas, alemanas, rusas, italianas han enarbolado la bandera su la emancipación política: pero en los Estados Unidos es en donde aquel partido ha tomado cuerpo: hay allí un semillero de mujeres que piden á gritos libertad completa, recorriendo calles y plazas, teatros y salones y levantando en torno suyo una espesa polvareda dentro de la cual desaparecen todas las cualidades más delicadas de la mujer. Inutil será mencionar nombres, pues son muchísimos, y en un Congreso femenino tenido en este año en París se habló abundantemente sobre el asunto de la emancipación política de la mujer sin que se lograra convencer á nadie de la actual necesidad de ello.

Ya hemos visto que hay oradoras públicas, pero también hay en los Estados Unidos predicadoras religiosas, las cuales tienen á su cargo sectas protestantes que las acatan y las siguen.

Siempre que se trata de la facultad artistica de la mujer se dice que hasta ahora no ha habido ni un Mozart ó un Rossini femenino, ni entre las pintoras y escultoras descuella ninguna mujer que pueda compararse á Murillo, á Rubens, á Thorwaldsen. Pero si hasta ahora no se señala ninguna mujer maravillosa como artista, las ha habido y las hay famosísimas, cuyas obras no son las menos apreciadas entre las de los artistas modernos. De ello pueden ser testigos cuantos han visitado las últimas exposiciones artísticas de las Capitales europeas.

En una Revista del último Salon de los Campos Elíseos en París, leemos las siguientes lineas: « Uno de los retratos de cuerpo entero más completos que se admira allí por su ejecución viril, es el de *Kosuth*; lo ha ejecutado una mujer, una Hungara, la señora Parlaghy... Esta dama no es una aficionada á la pintura, entendida y habil no más, como las hay en las escuelas de pintura de Austria-Hungria, sino una artista llena de originalidad y de mérito¹. »

El autor del artículo menciona á otras muchas artistas que han brillado en la Exposición de Paris de 1892, así como en todas las que ha habido en los últimos cincuenta años. En Madrid se han distin-

1. *Revue des Deux Mondes*, 1^{er} juin 1892.

guido también varias artistas de mucho mérito, en Belgica, en Berlín, en todas partes las mujeres dejan su huella en las artes.

En cuanto á música también han brillado las mujeres en ese ramo.

Luisa Bertin, hija de un notable periodista francés, compuso tres operas que fueron representadas en París á mediadas de este siglo y otras han compuesto operetas que se han representado con aplauso. En 1885 se representó en Moscovia una opera « Uriel Acosta », obra de una dama rusa.

En cuanto á Oratorios, Sonatas, Nocturnos, y otra clase de comparsaciones musicales podriamos presentar una lista crecida de obras compuestas por mujeres de varios paises. Entre las naciones europeas Suecia es una de las más privilegiadas por el amor á las artes que profesan hombres y mujeres, y multitud de estas se han dedicado á la música y al canto. Entre las Republicas americanas descuella Venezuela por el sentimiento músico que se ha desarrollado allí hace algunos años. Una señorita de Caracas, Teresa Carreño, se hizo aplaudir por su ciencia musical en salones europeos. Entre las Bogotanas aficionadas al arte de Euterpe debemos mencionar á la señora Teresa Tanco de Herrera, que es autora no solamente de piezas musicales sino también de operetas.

Entre las Españolas mencionaremos de paso unos pocos nombres como los de la hija del Duque de la Torre, de Margarita Hevia, de Clotilde Cerda y de otras muchas.

Críticas de música notables también las hay en la falange artística femenina. Entre otras una discípula de Liszt, Maria Lipsius (que firma La Mara), la cual ha escrito libros que se consideran como obras clásicas de crítica musical.

¿ Sería preciso probar que hay mujeres que en España se han distinguido en las letras, en las artes y en todas las ciencias, cuando en este recinto no más se encuentran tantas damas que se han coronado unas con la aureóla de Clio, y otras con las de Melpómene y Caliope?

Y si esto es en España, en donde, según el dicho de Don Juan Valera, se hace guerra cruda a las mujeres que se dedican á la literatura, y en donde, asegura la distinguida escritora Doña Concepcion Gimeno de Flaquez, los lanseles que alcanzan las literatas están rociados de lágrimas ¿ qué diremos de los otros paises europeos y americanos en donde la carrera literaria es honorífica y respetabilísima, pero llena de abrojos y de espinas?

Se cuentan por docenas, por centenares, las mujeres literatas de nombre conocido que publican sus obras en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Suecia, en Dinamarca, en Bélgica, en Italia, en España, en la América del Norte y también en la del Sur. Las hay en Oriente y en la China, en todas partes en donde una conveniente

educación ha desarrollado los talentos latentes en los cerebros femeninos.

III.

No se puede negar, pues, que la mujer es perfectamente capaz de seguir las carreras profesionales, así como todas aquellas en que se necesita ejercitar el entendimiento.

Si con frecuencia hemos visto á muchas mujeres extravagantes que se han puesto en ridículo cuando han abrazado las carreras literarias científicas y artísticas, esto no probará jamás que la mujer carece de aptitud para consagrarse á ellas. No ; no debemos juzgar á todas por unas pocas que en lugar de ser realmente doctas son presuntuosas, bachilleras y marisabidillas, y que, ignorantes en el fondo, estan llenas de tontas pretenciones. Pero ya esa epoca ha terminado ; las *preciosas ridículas* no son de este siglo ; en adelante la mujer española é hispano-americana sabrá situarse con dignidad en el lugar que le tiene señalado la Divina Providencia. Las mujeres que se encuentren con fuerza para ello se podrán entregar á estudios serios, y si poseen dotes adecuados seguirán carrera en las profesiones al igual de los hombres. Entretanto la gran mayoría continuará dedicada á las labores femeninas, al cuidado de su hogar y á hacer la dicha de la humanidad, ejerciendo las cualidades que le son propias. Así como no todos los hombres han nacido para las carreras profesionales, literarias y artísticas, no todas las mujeres pueden abrazarlas con buen éxito ; pero la educación pone en evidencia las inclinaciones naturales de cada ser humano ; ninguno debe carecer de aquello que lo permita cultivar su entendimiento, dejandolo después en libertad para consagrarse á la carrera que más le incline.

Queda pendiente ahora la cuestion de si será conveniente, si será justo, si será razonable, si será discreto, dar á la mujer la libertad suficiente para que ejercite sin trabas la inteligencia que Dios la ha concedido.

Muchos preguntan si la mujer que se pone en la misma linea con el varón no perderá acaso los privilegios escepcionales de los que ha gozado hasta el día. Creo que lo justo, lo equitativo será abrir las puertas á los entendimientos femeninos para que puedan escoger la vía que mejor convenga á cada cual. Ellas podrán entonces elegir entre dos caminos igualmente honorables sin duda, pero muy diferentes. Unas continuarán bajo la dependencia casi absoluta de la voluntad del varon, y en cambio cosecharan aquellas consideraciones, aquel res-

peto que rinde el Caballero á la mujer y al niño, con la generosidad con que todo ser fuerte trata al debil.

Otras penetrarán á los recintos científicos que hasta el día sólo frecuentaban los hombres, y allí al igual de ellos ganarán las palmas del saber humano. En cambio, empero, de ese privilegio, de esa independencia de acción, perderán indudablemente las prerrogativas que en premio de su sumisión y humildad habían gozado en el mundo civilizado desde la Edad Media.

En el siglo que en breve empezará la mujer tendrá libertad para escoger una de esas dos vías, pero jamás será respetable; nunca será digna del puesto que debe ocupar en el mundo, si renuncia á ser *mujer* por las cualidades de su alma, por la bondad de su corazón, y si no hace esfuerzo para personificar siempre la virtud, la dulzura, la religiosidad y la parte buena de la vida humana.

Paris. — Agosto de 1892.

EL PERIODISMO EN HISPANO-AMÉRICA

Memoria presentada en el Congreso Literario Hispano-Americano. Reunido en Madrid en noviembre de 1892.

Invitada particularmente por el Exe.^{mo} señor D. Gaspar Nuñez de Arce, — Presidente de la *Asociación de Escritores y Artistas Españoles* así como del *Congreso Literario Hispano-Americano*, — me atrevo á tomar parte en esta « fiesta de familia », aun que por cierto no soy digna de semejante honor. Pero en una « fiesta de familia » hay siempre un puesto reservado para cada uno de los miembros de ella: grandes y chicos, excelsos y humildes. Como es justo, me colocaré entre estos últimos. Consideramos que todo americano debe, á la medida de sus fuerzas, manifestar su entusiasmo en estas lides literarias abiertas en la Madre Patria para celebrar el 4.^o centenario del Descubrimiento de América; agradecer en el alma la acogida benévola que se le hace con el objeto de estrechar los lazos que unen las Repúblicas de Ultramar con la Monarquía española, y además llevar su contingente de luces, cual más, cual menos, al antiguo hogar de sus mayores.

Es intención de los fundadores del presente Congreso que esta confederación literaria tenga por objeto no solamente aumentar la amistad que une á todos los miembros de nuestra raza y que es hija de la comunidad de sangre, de carácter, de aspiraciones y de Religión, sino también acrecentar los beneficios espirituales y materiales de nuestras respectivas nacionalidades.

Una liga como es esta, fuerte, sincera y verdaderamente útil, debe tener un resultado practico de grande trascendencia.

De seguro los ilustrados miembros del « Congreso Literario Hispano-Americano » deben de haber preparado trabajos importantísimos, los cuales arrojarán una luz bien clara sobre la actual situación de las naciones que aquí representamos; así pues, en medio de este concierto de voces autorizadas suplico encarecidamente que perdonen la mía que vale menos que todas las demás.

Pero al prometer ser breve en mis observaciones, espero ganar vuestra benévola indulgencia.

I.

El Periodismo es hoy — como nadie lo ignora, — la potencia intelectual que tiene mayor influencia en la civilización del mundo: pero en las Repúblicas americanas esta influencia es mayor aún que en Europa, porque allí, por lo general, se considera la palabra impresa como una verdad irrefragable.

La prensa es una arma ofensiva, que puede ser peligrosísima, no solamente entre las manos del perverso, sino también en las de aquellos que no comprenden el valor, la fuerza que tiene la palabra publicada en hoja volante; la prensa es un instrumento defensivo excelentísimo y de gran provecho para aquellos países recientemente organizados que necesitan dar alcance á otras naciones más avanzadas en la vía del progreso; Y sin embargo en ninguna parte del mundo se ha descuidado tanto este elemento, bueno y malo al mismo tiempo, como en las Repúblicas Hispano-Americanas!

Después de la magna guerra de la Independencia (la que puede decirse que fué una guerra civil, puesto que combatían gentes de una misma raza) alloxaronse las cadenas que nos unían á España y se rompieron también las ligaduras que ataban á aquellas nuevas naciones al principio de autoridad y al respeto por las Leyes, sin lo cual no puede haber jamás orden, ni familia organizada ni verdadero progreso.

Nuestros antepasados europeos nos habían legado su carácter, sus tradiciones, su vida intelectual. Esta última estaba apoyada en dos principios fundamentales, entonces preponderantes en España, á saber: la lealtad á su Religión y el amor á su Soberano. Con los odios que engendró la guerra entre los criollos americanos, pretendieron éstos arrojar de sí todo lo que viniera de la Madre Patria, y buscaron con ahinco los libros franceses que fueran enemigos de la Religión católica y partidarios de la Revolución. En la escuela de los Enciclopedistas franceses y en las obras de Rousseau, de Volney, etc., nutrieron su inteligencia, lo cual debilitó su fé religiosa y también el sentimiento de autoridad. Arrancadas de su corazón aquellas dos anclas que sostenían su conciencia ¿qué sucedió entonces? Que por largos años lucharon en nuestro suelo la anarquía con el espíritu de la justicia, entretanto que una libertad de imprenta ilimitada derramaba su corrosivo veneno en todas partes, obscureciendo la noción del deber que todo ser humano debe profesar á las Leyes de Dios y de la Justicia. Aquella era de « confusión de ideas » empieza, sin embargo, á pasar en nuestras Repúblicas, y si frecuentues revoluciones y cambios poli-

ticos suelen estremecerlas, ya se vislumbra la aurora del orden y del amor á la rectitud y al derecho.

La reflexión, el contacto con el mundo exterior, y aquel fondo de honrada conciencia que se encuentra en el carácter de nuestra raza, ha producido en la mayor parte de las Repúblicas americanas un marcadísimo movimiento contra las doctrinas subversivas que en un tiempo preconizaron los fundadores de ellas.

Pero ahora que aquellas naciones, después de tantos años de enfermedad moral, principian á convalecer, es preciso nutrirlas con alimentos adecuados á su estado intelectual. El pueblo bajo, que hasta hoy no había sido sino un instrumento inerte entre las manos de los que se disputaban el poder, empieza á contar en la máquina social. Con el progreso de la instrucción pública las luces han bajado de las altas capas sociales á las inferiores: es preciso, pues, que su educación sea adecuada á la parte que le toca desempeñar en la nueva misión que se le señala, y la prensa es sin duda la grande educadora de este siglo.

Segun la opinión de sabios estadistas, — opinión fundada en documentos incontestables, — la sociedad es la que prepara los crímenes y el culpable no es sino el instrumento ciego que los ejecuta. La sociedad está personificada en el periodismo: éste es el encargado de formar la opinión del público, puesto que el público cree á puño cerrado cuanto encuentra impreso. Empero los periodistas no comprenden con claridad el papel que tienen que desempeñar, y muchos se gozan en descarriar la opinión del camino de lo justo para inducirla al mal; y entonces en lugar de dar luz á los espíritus, é iluminar la inteligencia de las masas, las ofuscan, las obscurecen y con frecuencia las corrompen. Las corrompen por medio de los malos ejemplos, nutriendolas con narraciones inmorales, con relaciones de hechos escandalosos ocurridos en otras partes del mundo, que á nada conducen, sino á sustentar aquel apetito malsano que se halla siempre entre las gentes vulgares y desocupadas.

Aun en los periódicos fundados con el exclusivo objeto de combatir las ideas subversivas y el progreso de los vicios, encontramos reproducidas noticias, historietas, causas criminales, que despiertan las pasiones y enseñan prácticamente á cometer toda suerte de delitos.

« Es preciso para vivir, dicen los escritores, contentar al público, y si este pide escandalos ¿no se los hemos de servir? Tenemos miles de rivales, añaden, y hoy día para ser escuchados debemos gritar muy alto, llamar la atención, referir con mayores pormenores el crimen de mayor trascendencia: poco importan las consecuencias que aquello pueda tener entre los lectores inexpertos. »

¡ Cuantos delitos atroces no se han cometido por que las hojas volantes de los periódicos han enseñado prácticamente á cometerlos !

Todo crimen estruendoso que se comete en Europa, — hijo por lo general de una civilización avanzada, madurada hasta la putrefacción, — inmediatamente tiene eco en América. Allí se publican con descaro los hechos más perversos que se pueden ejecutar de este lado del Océano ; y ésa es la lectura favorita de la juventud, de las damas y de los niños de escuela !

¿ Qué objeto hay en que se impongan en América de aquellos actos que no pueden tener lugar sino en los centros de una civilización que toca ya á su apogéo ? ¿ Para qué referir hechos horribles, que en Europa se comprenden y que allí realmente no tienen nada de extraño, puesto que son el resultado de un orden de cosas que solamente en el Viejo Mundo se encuentran ? Obras son éstas de una miseria desconocida en América ; y que llevan al hombre á hacerse reo de delitos casi increíbles, en medio de una sociedad ya al disolverse, gastada por una cultura exagerada, un refinamiento artístico extremado, una corrupción de ideas completa.

Europa se halla actualmente en una situación delicadísima, rodeada de peligros, amenazada por la anarquía que difícilmente logran los Gobiernos refrenar. Si aquellos principios disolventes llegaran á triunfar, esta tan decantada civilización se vendría abajo como una torre carcomida por los estragos del tiempo. En Hispano-América no hemos llegado á ese extremo, apesar de lo mucho que han trabajado los demagogos para hundirnos también en una completa anarquía ; apesar de los esfuerzos inauditos de los enemigos de la Religión, del orden y de la autoridad para trastornar las ideas del pueblo, por lo general éste ha conservado las ideas sanas de sus mayores. Si se lograra en el Nuevo Mundo inculcar el amor al trabajo y á un progreso racional, muy en breve las Repúblicas Hispano-Américas serían naciones respetables y honradas, ricas é ilustradas. El peligro para ellas está en el contagio de la prensa europea que difunde en todas partes el veneno que mana de sus heridas sociales y el insano prurito de imitar lo malo que les señalan.

Ah ! ¿ qué valen los maravillosos descubrimientos modernos ! ¿ Cuáles serán los bienes que de la ciencia obtendremos si al mismo tiempo se falsea el espíritu, si los corazones se han pervertido ? Todavía en América sabemos sufrir ; el progreso no nos ha llevado hasta el punto de solo desear la vida regalada de los refinados europeos, que no tienen otra aspiración que eliminar el dolor á todo trance ; olvidar los sufrimientos ; gozar de todas las comodidades posibles ; vivir para este mundo no más ; materializarse ; impedir que el alma se manifieste jamás, y así poder negar su existencia !

No se crea que mi deseo sería convertir la América en una Trapa, ni impedir la comunicación entre los dos Mundos hermanos ; si me atreviera á avanzar semejante deseo se me consideraría, con razon, incapaz de comprender el progreso, las luces, los adelantos indispensables á una sociedad que moriría sino hiciera progresos por la via de la civilización, sino se moviera, si no luchara. No, lo que humildemente propongo es que se procure formar una liga para que la prensa seria de Hispano-América, la prensa honrada, la prensa que comprende el sagrado deber con que la revista la opinión pública, se comprometa solemnemente á evitar la reproducción de los artículos en que se relatan acciones perversas, hijas de una completa corrupción de costumbres ; una liga racional para mejorar el espíritu del periodismo en lo tocante á relaciones de crímenes escandalosos. Que todos resuelvan de comun acuerdo evitar entre nosotros el mal ejemplo ; de manera que el periodismo hispano-americano no continúe haciendose eco de todo lo malo que sucede en Europa. Que en lugar de referir los horrores cometidos por desdichados arrastrados á ello por la envidia, el amor á un lujo desenfrenado, el deseo de gozar sin trabas de las pompas y del esplendor que ven en torno de los ricos ; que en lugar de discutir sobre cuales fueron los móviles que impulsaron á los autores de los crímenes (hijos de una perversión completa del sentido moral, que convierte al ser racional en un bruto) en cambio de esas investigaciones malsanas el periodismo se haga eco de las acciones de alta virtud, de heroísmo, de infinita caridad que á cada paso se llevan á cabo en los centros de civilización del Viejo Mundo. Solamente así lograra la prensa honrada ser la salvaguardia y no la pérdida de los pueblos candorosos todavía que habitan la América española.

Los Gobiernos nada pueden hacer en este caso ; la prensa debe tener una libertad suficientemente grande para que el pueblo no se considere oprimido : en este particular no hay otra esperanza sino en la buena fé que debemos encontrar en los Directores de los periódicos que no quieran especular con la moralidad del ignorante, del inocente, del sencillo.

Si — como suele suceder con las pestes que nos vienen de Asia — lograsemos impedir que en adelante penetrase entre los pueblos de Hispano-América aquel virus social, que puede causar su ruina moral, sería este uno de los mayores triunfos que pudiera obtener el presente Congreso, congregado bajo el generoso amparo de la Madre Patria.

Lo ha dicho un notabilísimo hombre público de mi patria ¹ : « La grande influencia que ejerce Francia en todo el mundo civilizado,

1. El doctor Rafael Nuñez, actual Presidente titular de Colombia.

inclusive los pueblos hispano-americanos, es un hecho histórico. » Es la verdad: como al principio dije, que desde la época de la Independencia venimos en Sud-América imitando en todo y por todo á Francia, tanto en la política como en la literatura, y, como sucede siempre, rara vez es lo bueno que tomamos como ejemplo sino lo malo, lo que hace ruido, lo que brilla. ¿Podremos impedir esto acaso? De ninguna manera: hay simpatías populares que se imponen y que nada ni nadie puede detener; están en la naturaleza de las razas, en la inconsciente selección de los pueblos que buscan en los demás aquello que les falta; proviene de la atracción que ejerce sobre naciones en estado de formación una civilización adelantada, cuya esencia corruptora no comprenden y en la cual, por lo mismo, se esfuerzan en empaparse.

No sucede lo mismo con respecto á España, nuestra madre, nuestra progenitora, la que nos dió vida intelectual, la que nos formó á su semejanza. No, salvo entre los literatos, lo que allí sucede no llama la atención del vulgo hispano-americano ¿Por qué? Porque nos asemejamos demasiado, y poco nos puede enseñar ya ella que no lo sepamos en ultramar. Así, pues, la prensa hispano-americana está calcada sobre la francesa, y á excepción de la lengua que manejamos con más ó menos pureza, no imitamos en nada á la Madre patria.

Las fiestas del IV centenario del Descubrimiento de América que, por primera vez despues de su separación de España, reunirá á los representantes de todas las familias americanas de raza española en el hogar materno ¿cambiará en algo esta situación de espíritu? No lo podríamos ciertamente decir, pero esperamos grandes bienes de estas reuniones amistosas. En ellas se podrán discutir los problemas que más nos importan, y en paz completa, con cariño hermanable, en medio de asambleas compuestas de lo más granado de la sociedad española, podremos investigar las causas de los males que nos aquejan en América.

En este terreno hospitalario y neutral nos reuniremos todas las hijas de una misma madre, las cuales siempre hemos vivido separadas por la naturaleza de los países en que vivimos, y de comun acuerdo trabajaremos para hacernos mutuamente el bien.

España con esto nos proporcionará un favor tan grande que indudablemente en adelante su influencia se sentirá en Hispano-América; hará un benéfico contrapeso á la influencia de las ideas dissociadoras que nos van de Francia: ideas desolventes que nos han contagiado con aquel gérmen de corrupción que nos llevará á la ruina si continuamos recibiendo sin corrección ni tasa.

Pero no quiero alargarme más, no debo por cierto abusar por más tiempo de vuestra benevolencia. Volviendo, pues, al objeto de esta Memoria suplico á los miembros del ilustrado Congreso, que, si con-

sideran mi proposición digna de alguna atención y favor, la honren nombrando entre ellos una Comisión que se ocupe en dar su opinión sobre lo que humildemente me he atrevido á manifestar ante tan selecta asamblea.

FIN

Paris Julio de 1892.

ÍNDICE

	Pages.
Los aborígenes que poblaban los territorios que hoy forman la República de Colombia en la época del Descubrimiento de América. — Memoria presentada en el Congreso de Americanistas en Huelva.	
<i>Preámbulo.</i>	1
<i>Capítulo Primero.</i> — <i>Los indígenas del litoral de Santa Marta.</i> . .	3
<i>Capítulo Segundo.</i> — <i>Los habitantes de la Provincia de Cartagena.</i> . .	9
<i>Capítulo Tercero.</i> — <i>Indígenas del Istmo de Panamá.</i>	13
<i>Capítulo Cuarto.</i> — <i>Indígenas del Departamento de Antioquia.</i> . . .	17
<i>Capítulo Quinto.</i> — <i>Los aborígenes del Departamento del Cauca.</i> . .	23
<i>Capítulo Sexto.</i> — <i>Los aborígenes de los Llanos del Caquetá, Casanare y San Martín.</i>	28
<i>Capítulo Séptimo.</i> — <i>Indígenas de los Departamentos del Tolima, Cundinamarca, Boyacá y Santander.</i> . . .	37
<i>Capítulo Octavo.</i> — <i>El Imperio de los Chibchas.</i>	42
Memoria sobre el establecimiento de Hebreos en el Departamento de Antioquia (Colombia). — Presentada en el Congreso de Americanistas en Huelva.	
<i>Introducción.</i>	54
<i>Parte Primera.</i> — <i>El extraño descubrimiento del Hebreo Antonio de Montesinos.</i>	57
<i>Parte Segunda.</i> — <i>La venida de los Hebreos á Antioquia.</i>	65
Aptitud de la mujer para ejercer todas las profesiones. Memoria presentada en el Congreso Pedagógico Hispano-Americano en Madrid.	73
El Periodismo en Hispano-América. — Memoria presentada en el Congreso Literario Hispano-Americano en Madrid.	85

OBRAS PUBLICADAS POR SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Biografías de hombres ilustres y notables. — Relativas á la época del Descubrimiento, Conquista y Colonización de Colombia — Adoptada por la Instrucción pública de Colombia. — Un tomo.

Biografía del General Sucre. — Obra premiada por la Academia de la Historia de Caracas. — Un tomo.

Estudios históricos de la mujer en la Civilización.

Biografías de hombres notables de la antigua Colombia.

Viaje a Suiza.

Novelas y Cuadros de la vida Sud-América. — Un tomo.

Los Piratas en Cartagena. — Crónicas Histórico-Novelescas. — Un tomo.

Una Holandesa en América. — Novela de costumbres. — Un tomo.
Episodios novelescos de la Historia, Patria, etc. — Un tomo.

Algunas de estas obras se venden en Madrid, Librería de FERNANDO FE, calle de San Jerónimo.

SE PUBLICARÁN

Historia del Istmo de Panamá.

La mujer en la Sociedad moderna.

Cincuenta hombres ilustres de la Historia de América, desde el Descubrimiento hasta nuestros días.

Historia Universal abreviada. — Para las escuelas y colegios de niños.

Una serie de Novelas históricas y de Costumbres.

Biografía del General Joaquín Acosta, Procer de la Independencia, Diplomático, Naturalista, Historiador, etc.

Un viaje a España en 1892.

Etc., etc.

BIBLIOTECA
Universidad Eafit



62000001627145

L
980.461
A185
1893

UNIVERSIDAD
EAFIT

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental



UNIVERSIDAD
EAFIT

Biblioteca
Sala de P...